F. García Godoy.

Guanuma

Novela Histórica.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

SANTO DOMINGO.
IMP. "LA CUNA DE AMERICA."-VIUDA DE ROQUES Y CIA.
1914.

GUANUMA.

7032
Ley

Biblioteca Nacional
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
EXLIBRIS

MARTÍNEZ BOOG
COLECCION

17472-10

BNPHU
PÀ-RV
RD 863.3
G216g

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTO DOMINGO, R. D.

ABR. 7 1972

BN
RD 863.[illegible]
G216g

BN
[illegible].3
G21ega
c.1

Del mismo autor:

Recuerdos y Opiniones	Agotado
Impresiones	Id.
Perfiles y Relieves.	Id.
Rufinito	Id.
La Hora que pasa	Id.
La Patria y el Héroe (folleto) .	Id.
Alma Dominicana.	Id.
Rufinito (2ª edición)	Id.
Páginas efímeras	Id.

En preparación:

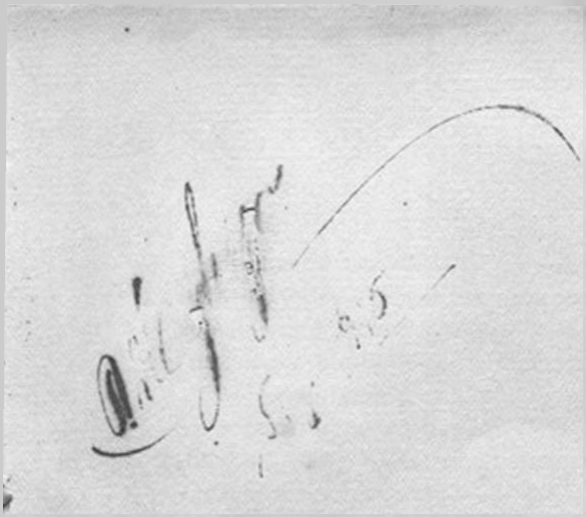
De aquí y de allá (crítica).
El general Luperón (boceto histórico.)
Vida del general Mella.

Reg. No. 001004

Compra Martin Boog - 7-4-72

BNPL

PARRAFOS.



No entiendo la vida sino iluminada e intensificada por el resplandor de un ideal. No se vive realmente cuando no se tiene continuamente ante sí la visión llameante de una convicción muy arraigada o de un idealismo de suprema excelsitud moral. Ese estado de alma nos hace siempre erguirnos por encima de muchas tristes y decepcionantes realidades del momento para intentar ascender, cayendo aquí, levantándonos más allá, por el espinoso y abrupto sendero que conduce a la encendida cúspide en que

irradia de continuo el magnificente ideal que determina todas las fulguraciones de nuestra inteligencia y todos los arrestos de nuestra voluntad exaltada y engrandecida por la fiebre permanente de la lucha. La inmensa mayoría, el rebaño, no *vive* en cierto sentido. Vivir fecundamente, vivir de verdad, es llevar al punto máximo de intensidad nuestras energías espirituales. La vida intensificada se manifiesta en un continuo don de sí. No debemos economizar, ahorrar fuerzas mentales y volitivas que pueden ser de alguna utilidad para el mejoramiento individual y colectivo. Si hay egoismo verdaderamente repugnante es ese egoismo intelectual que no se traduce en continuas manifestaciones de lo que cada cual posee en ese sentido con el propósito de iluminar más o menos brillantemente el ambiente moral de la sociedad en que se vive. Lazos muy íntimos, de perdurable fuerza, unen nuestra vida individual a la vida colectiva. Todo lo que tienda a dar a ésta, fuerza, cohesión, idea-

les, debe siempre merecer nuestro aplauso. En buen número de estos pueblos hispano-americanos, la existencia colectiva se desliza lánguida, monótona, *abúlica*, sin horizontes, encerrada en un círculo más o menos estrecho de resaltantes prejuicios mentales y de seculares preocupaciones. Ultimo eslabón de una cadena de generaciones educadas en una limitación asfixiante de pensamiento y en una acción individual y social de permanente uniformidad, el actual hispano-americano, producto en su inmensa mayoría de la integración de unidades étnicas harto diferentes, no puede sino muy difícilmente reaccionar contra la formidable herencia moral que vincula su pasado para modificar muchos de sus aspectos actuales visiblemente contrarios a principios i procedimientos de la civilización contemporánea. Bajo la acción de su mezcla con sangre indígena o africana y de la continua influencia de las condiciones físicas del territorio, la raza conquistadora ha sufrido notables modi-

ficaciones en muchas de sus principales cualidades; pero no es posible negar que sus descendientes conservan actualmente algo de ella que imprime sello característico a nuestra psicología personal y social. La facultad de evolución en el hispano-americano que no ha perdido del todo esas primitivas cualidades determinantes de una manera especial de ver e interpretar la vida, se desarrolla muy lenta e irregularmente, necesitando de continuo de bien encaminadas y fecundas iniciativas, de ideales precisos y definidos que den finalidades prácticas a la vida colectiva y le sirvan de apropiada norma de conducta para la gradual asimilación de formas del progreso moderno sin perjudicar ni menoscabar en lo más mínimo lo que hay en estos organismos nacionales de propio y de castizo . . .

Cerrado el ciclo heróico, enmudecido el resonante clarín de las viejas epopeyas, tienen algunas repúblicas latino-americanas, incoherentes, levantiscas, de muy deficiente estructura social, la ine-

ludible necesidad de encararse resueltamente con los dos trascendentales y correlativos problemas de cuya acertada orientación depende su porvenir, su misma vida autonómica. Toda la actividad social de algunos pueblos de Hispano-América debe en ostos momentos encaminarse de modo principal al afianzamiento del sentimiento nacional y a un acentuado movimiento de avance en su manera de ser económica que dé vigoroso impulso a la explotación de las mil riquezas que poseen, lo que influiría decisivamente en la creación de un orden de cosas estable refractario cada vez más al caciquismo, al personalismo humillante, a la política de campanario, a los pugilatos sangrientos ocasionados generalmente por mezquinas ambiciones individuales, a cuanto en todo sentido ha contribuido a malograr muchas esperanzas de mejoramiento y muchas altas y prolíficas iniciativas. Nacionalismo vigoroso y consciente y activa y bien encauzada existencia económica se compenetran,

tienen entre sí, nexos muy estrechos y muy íntimos. No es posible vivir en el desdeñoso aislamiento del Paraguay en la época sombría de los Francia y los Solano Lopez. Todos los demás factores de la vida social se subordinan actualmente al factor económico. No quiere decir ésto que hayamos parado, como forma exclusiva del adelanto social, en el materialismo histórico de Marx, sino que las condiciones de la época presente convergen a producir un orden de cosas en que lo económico aparece en primer término como base de un desenvolvimiento colectivo coherente y definido. No hay en realidad positiva vida independiente si no tiene por fuerte sustentáculo un gradual y oportuno desarrollo de la riqueza pública. Necesitamos presentarnos con decencia ante el mundo. Un pueblo de mendigos no puede realizar los múltiples fines que vincula un organismo nacional. Corre inminente riesgo de ser presa fácil de otra más civilizada y próspera toda colectividad que

no sepa o no pueda enderezar su actuación al fomento científico de lo que forma las fuentes de su riqueza agrícola e industrial. No hay otra vía de salvación. Depender económicamente de otro pueblo cuando se cuenta con elementos propios que bien explotados bastarían para libertarse de tal sujeción, es casi tan vergonzoso como estar directamente bajo su dominio político . . .

A la oportuna realización de un ideal de nacionalismo sereno, amplio, comprensivo, exento por entero de esa estrechez de miras que pára por lo general en un exclusivismo siempre deprimente, vengo consagrando desde hace tiempo casi todas las modestas actividades de mi pensamiento y de mi pluma. El sentimiento nacional, fraccionario e incompleto todavía en ciertos aspectos, ha florecido muy dificultosamente en estas asendereadas democracias hispano-americanas. Embrionaria y confusa, la conciencia de una personalidad nacional despierta en ellas en los albores de la

BIBLIOTECA BN

pasada centuria, y va, al traves de miles dificultades, cobrando fuerza, afirmándose en los campos de batalla y en actuaciones de asambleas políticas hasta alcanzar las formas de relativa estabilidad que presenta actualmente. Pero aun en medio de los azares de la epopeya emancipadora salta a la vista que sólo una parte de la población dirigida por una *elite* simpatiza con el magno ideal de la independencia y le presta su ardoroso concurso. Concluida la gran obra, la conciencia de una personalidad nacional capaz de realizar determinados fines jurídicos va desenvolviéndose lentamente hasta arribar a cierta satisfactoria urdimbre por la convergencia de resaltantes factores de diversa índole. De una unidad étnica, algo compleja, de la misma lengua, de idénticas peculiaridades sociales, va saliendo un sentimiento nacional determinado en ciertas porciones de territorio por accidentes geográficos e históricos hasta constituir sólidamente el ambiente moral de las veinte repúblicas

de civilización latina esparcidas desde México hasta las extremidades patagónicas. La mayor fuerza intensiva de ese sentimiento vibra y palpita de continuo en la historia de cada una de ellas. El movimiento literario en estas nacionalidades de reciente formación y de vida precaria, debe encauzarse, de modo principal, en el estudio de lo que históricamente las particulariza y distingue. Material fecundo de semejante movimiento literario—estancado casi siempre en propósitos de servil imitación o de imposible asimilación de modalidades de vida extranjera que en nuestra embrionaria mentalidad resultan pueriles o ridículos—existe en la observación de resaltantes peculiaridades de nuestra vida social, en el colorido local de algunas de nuestras ciudades, en lo típico de ciertas costumbres urbanas y rurales, y sobre todo en nuestra historia desde los tiempos relativamente lejanos del descubrimiento y de la conquista hasta la grandiosa epopeya de la independencia. Lo nuestro,

lo que nos rodea, la tierra que pisamos y en lo que duermen el eterno sueño nuestros progenitores, el ambiente moral en que vivimos, deben constituir para nosotros en primer término la síntesis luminosa de toda bien comprendida finalidad estética. Eso no significa en manera alguna—sólo los miopes de espíritu pueden pensarlo—la exclusión sistemática de motivos de creación artística que no sean de nuestro ambiente nacional. No tiro en modo alguno a encerrar nuestra vida literaria en un cauce único que a la larga la haría monótona y cansada. Lo que quiero es que consagremos parte, la mayor posible, de nuestra actividad creadora a vigorizar y prestigiar el sentimiento nacional hoy tan decaido y maltrecho que cualquiera a primera vista lo creería en vías de próxima y dolorosa extinción . . . Lo que deseo es que frente a la constante amenaza del imperialismo yanki unamos nuestros esfuerzos para crear una atmósfera de radical nacionalismo en absoluto refractaria a

cuanto se dirija a lesionar o extinguir lo que integra y precisa nuestra autonomía política. Venga de donde viniere, recibamos con los brazos abiertos al progreso moderno en todas sus formas y manifestaciones culturales, pero sin consentir jamás que de ello se derive nada que pueda mermar o herir de muerte la herencia gloriosa que recibimos de los excelsos fundadores de la nacionalidad dominicana . . .

—

Con *Guanuma*, con este libro de deficiente evocación histórica, se termina la trilogía patriótica que comienza en *Rufinito* y continúa en *Alma Dominicana*. Esos tres libros se inspiran en el ideal de fecundo nacionalismo que sustento con fe de convencido sin desalentarme concediendo exagerada importancia a aspectos en extremo desconsoladores de la realidad circunstante. Una ola de negro pesimismo, arrollándolo todo, ame-

naza cubrir las cimas mismas en que se han refugiado los idealismos más ingentes y luminosos de la vida. El culto de un utilitarismo burdo y grosero tiende a ahuyentar de muchas almas el amor mismo de la patria. Sólo hay simpatías y genuflexiones para el becerro de oro. Va siendo cada vez más reducido el número de los que sin mira de interés mezquino laboran tesoneramente por la realización de un propósito de verdadera grandeza nacional. El instinto del rebaño, cada vez más acentuado, tiende a justificar al superhombre nietzcheniano. Como serpiente que va lentamente comprimiendo su presa, un criterio de refinado escepticismo, de acerba y cruel negación, priva en casi todas las esferas reduciendo el espacio en que aun se yerguen excelsos principios de libertad, de derecho y de justicia. Como si hubiésemos perdido el rumbo, parece que vagamos al azar, completamente extraviados, como el personaje de una leyenda fantástica, por una selva sombría, pisando

indiferentes los cadáveres de las cosas que más ennoblecen y justifican la vida... No importa. Ante el indiferentismo y el pesimismo imperantes, que amenazan no dejar en pie ninguna creencia, alzo mi voz serena apacentada constantemente en un ideal de encendido amor patrio. En esta obra, defectuosa sin duda como mía, prosigo en forma novelesca, sin pretensiones, para que así pueda llegar más fácilmente al alma del pueblo, la narración de los hechos de inmarcesible heroismo que contiene nuestra última epopeya libertadora. Un espíritu de serena y amplia mirada crítica, el cultísimo escritor Pedro Henríquez Ureña, dice refiriéndose a mi anterior volumen de propaganda nacionalista: «Obras como *Alma Dominicana*, en que el interés narrativo y episódico sirve para difundir un concepto sintético y superior de la historia nacional, son los más útiles en nuestros países...» Bajo formas más o menos acentuadas de ficción novelesca, he querido evocar aspectos

interesantes de nuestra historia con el fin de revivir lo más intensamente posible cuanto en los trágicos períodos de formación y de consolidación de nuestra nacionalidad fulguró como suprema condensación de puro patriotismo en el alma indómita de nuestros antecesores. Es necesario, hoy más que nunca, vigorizar y exultar el sentimiento nacional. Si no lo consigo por ningún lado, me quedará en mi retiro por lo menos la honra y la satisfacción íntima de haberlo intentado . . .

Para cierto retoricismo que aun colea quizas haga mal en llamar novela a este libro. Si lo califico de tal es por la parte de ficción que he juzgado conveniente introducir en él, sin pretender por ello sentar plaza de novelista en el sentido estrecho y retórico que para muchos tiene esta palabra. Ha llovido bastante desde que Emilio Zola en sus *Nuevos estudios literarios* exponía a ese respecto lo siguiente: «La novela no tiene ya marco especial, puede tocar todos los géneros.

Lo aborda todo, escribe la historia, trata de filosofía y fisiología, se remonta a la poesía, estudia las cuestiones más diversas, la política, la economía social, la religión, las costumbres. La naturaleza entera es su dominio. Entra en ella libremente adoptando la forma que mejor le place sin reconocer ni detenerse ante ningún límite. Estamos muy lejos de la novela tal como la entendían nuestros padres, como una obra de pura imaginación, de pura distracción. Esta opinión sigue todavía en provincia y en ciertas esferas académicas».

El elemento imaginativo tiene en *Guanuma* más importancia que en mis anteriores libros nacionalistas, sin que por eso, en lo esencial, salga menoscabada la realidad histórica. El conjunto de ciertos hechos de alta resonancia constituye en sus páginas una especie de visión sintética de un pasado no muy remoto, pero por la generalidad bastante mal conocido y apreciado. Sin conseguirlo seguramente, he intentado reconstruir esos mo-

mentos álgidos de nuestra existencia histórica con su propio y peculiar colorido. Claro está que esa verdad no se contrae a puntos insignificantes de detalle, a pormenores de mayor o menor cuantía, sino a la realidad integral, a la visión sintética del conjunto que es lo que debe avalorar y abrillantar toda serena y fructuosa investigación histórica. Al estudiar atentamente las fases principales de la campaña restauradora, échase de ver, sin ningún esfuerzo mental, la importancia que en ella tiene el célebre campamento de Guanuma. En ese nefasto sitio, mucho mejor que en ninguna otra parte, se patentiza con vivos colores el rápido desgaste del inmenso prestigio del principal autor de la Anexión. Allí se consumieron estérilmente las cualidades de heróico valor y de tremenda energía que dan peculiarísimo relieve a la personalidad histórica del Marques de las Carreras. Allí principia la fase definitiva del descenso del reciente poderío colonial. El campamento de Guanuma no tiene el es-

plendor y el atractivo de una leyenda épica, sino una resonancia que evoca la visión fúnebre de un campo desolado y frío, poblado de sombras dolientes, en que a toda hora escúchanse imprecaciones y gemidos... Ante el historiador aparece como un vasto cementerio en que reposan para siempre los tremendos errores, las concupiscencias, las ambiciones de la hora más crítica de nuestra actuación histórica. Tengo para mí que la guerra restauradora hubiera tomado diferente sesgo desde un punto de vista exclusivamente militar, si Santana, en lugar de emprender su marcha al Cibao el 15 de Setiembre justamente al principiar las lluvias torrenciales que iban a convertir las vías de comunicación en verdaderos lodazales, hubiera iniciado su movimiento de avance diez o quince días antes, secos por completo los caminos y en momentos en que podía cruzar sin el más leve impedimento los peligrosos desfiladeros de la cordillera central y darse fácilmente la mano con las fuerzas

españolas que aun permanecían en Santiago y con los refuerzos que indefectiblemente recibiría por vía de Puerto Plata. Así se hubiera podido formar un núcleo muy respetable, cinco o seis mil hombres por lo menos, que, bajo la experta dirección del general Santana aun dueño de un gran prestigio militar, habría sido capaz de arrollar hasta las mismas fronteras las colecticias y mal armadas fuerzas dominicanas que, sólo dos días antes de salir Santana de la Capital, adueñábanse con formidable empuje de la incendiada capital del Cibao. Felizmente para nosotros perdieron los contrarios un tiempo preciosísimo, y en la guerra, como en todas las cosas, el tiempo bien aprovechado es quizas el principal de los factores que determinan el éxito. No quiere esto decir que, a la larga, el resultado definitivo hubiera sido distinto. El triunfo hubiera al fin coronado los esfuerzos de los patriotas vista su indomable decisión de sacrificarlo todo antes que seguir en el rango hu-

millante de colonos; pero la guerra hubiera sido seguramente más larga, costosa y sangrienta . . .

En el primer momento tiene cierta justificación el acantonamiento de Santana en la llanura de Juan Alvarez. Desde allí podía conservar su linea de comunicaciones con Santo Domingo, centro principal de los recursos militares de la colonia, oponerse con éxito a la invasión de las huestes cibaeñas y resguardar del contagio revolucionario las comarcas orientales donde principalmente radicaban sus bienes personales. Con su conocimiento del país, comprendió a tiempo que perdida Santiago e insurreccionada toda la gente belicosa de aquel extenso territorio, su expedición al centro del Cibao sería un solemne fracaso. Las circunstancias eran demasiado adversas para tal propósito. Nadie tenía tanto interés como él en apresurar la pacificación de la flamante colonia, pero discernía claramente que aun forzados los desfiladeros de la hilera central el resultado

definitivo le sería harto funesto. No merece a mi juicio censura por haber desistido de tal idea; aunque si es acreedor a justas acusaciones por su larga permanencia en Guanuma cuando ya las chispas de la hoguera revolucionaria habían principiado a incendiar el Este y sólo a duras penas podía con sus huestes horriblemente mermadas por las enfermedades mantener seguras sus comunicaciones con la capital de la colonia. Las causas de todo género que aniquilaban a aquellos sufridos soldados españoles sólo empleados en intermitentes y sangrientas expediciones a los cantones vecinos sin ningún resultado que diese indicio de próxima pacificación, iban en los sostenedores de la causa peninsular labrando un sentimiento de desconfianza respecto del desenlace definitivo, pesimismo que se traducía en múltiples hechos; mientras que producía en los que en montañas y en llanuras tremolaban la bandera dominicana la creencia de que tal estacionamiento y continua merma de fuerzas,

contribuiría de modo poderoso, moral y materialmente, al triunfo definitivo de la causa restauradora. El campamento de Guanuma contiene los gérmenes que fructificando copiosamente más tarde inician el descenso que luego circunstancias de diversa índole precipitaran rápidamente. Tal nombre cuadra, pues, bien a este libro como título, por más que sólo una parte de su argumento se desenvuelve en aquel lugar tan desastroso para la causa española. Visto de cierta manera, Guanuma es un nombre sintético que comprende y resume la segunda parte de la campaña que puso fin a la obra anexionista con la retirada de las tropas españolas del territorio dominicano independiente otra vez por la tenacidad y el heroismo de sus hijos.

—

He escrito estas páginas de acendrado amor patrio en horas de dolor y de espanto, en los momentos en que la guerra

civil, una de las más prolongadas que registra nuestra historia, pasea su negro estandarte por las ciudades y campos de la República. Un soplo de violencia y de locura parece haberse infiltrado en todas las almas. Hasta mi cuarto de estudio, ensordecedores, llegan los ecos de la lucha sangrienta en que se consumen las últimas energías de un pueblo noble y perpetuamente extraviado. Vivimos, desde hace meses, sumergidos en una atmósfera enrarecida de recelos, de suspicacias, de rencores y de odios. Ciudades, montañas y llanuras se cubren de muertos y de heridos, sangrientos despojos que arrancan de las almas angustiadas exclamaciones de dolor y vibrantes anatemas. Y horrendo, incesante, macábrico, prosigue el tumulto de la feral contienda, sin que por ningún lado del horizonte ensombrecido despunten los signos precursores de próxima bonanza. Por causas de complejidad étnica y de probada incapacidad dirigente, nuestra vida política, ayer como hoy, se ha des-

envuelto en un ambiente donde, salvo contados momentos de respiro, se ha oido solamente el estridor de las armas, el vocerío del combate, el ruido de fratricidas contiendas en que rarísimas veces ha asomado la bienhechora fulguración de un ideal. En el hibridismo de nuestra sangre, principalmente, reside el veneno cuya persistente acción, aun no modificada o extinguida por la irrupción de otros factores étnicos, nos impulsa a tales barbaridades y demencias. Nuestro característico fondo de insubordinación, nuestro temperamento levantisco, rebelde a todo bien encaminado control, a toda necesaria sujeción jurídica, herencia acumulada de siglos y aun no corregida por una dirección capaz de encauzar por rumbos más civilizadores tales formas de nuestra manera de ser, explican nuestras frecuentes guerras civiles, los caudillos engreidos y soberbios, los dictadores que durante períodos más o menos prolongados han contenido con mano de hierro los desbordamientos anárquicos de una

democracia incoherente e ignorante para erigirse en verdaderos señores feudales de horca y cuchillo y dueños absolutos de vidas y haciendas . . .

La conquista de un justo medio en que pudieran armonizarse jurídicamente formas en apariencia antagónicas para el afianzamiento en el orden de una libertad cada vez más progresiva y fecunda, parece cosa superior a nuestros esfuerzos, concepción de vida política incapaz de aclimatarse en nuestro ambiente anárquico y confuso, mientras este no se modifique por la fusión con otros elementos étnicos de allende el mar y por un paralelo y eficaz desarrollo de la riqueza pública . . . Antaño *azules* y *rojos* se disputaban sañudamente el poder incurriendo en extremos aterradores de violencias y de odios. Pero en esas banderías políticas existía siempre un fondo de fanatismo personal en que la pasión, encendida y desbordada, prestaba al sangriento pugilato formas de cierto colorido romántico en que no había asomos de lucro in-

dividual, y que, desde cierto punto de vista, atenuaban las crudezas del tremendo choque partidarista. Ya no se ve nada de eso. Hoy no se lucha sino por el mendrugo, por la ración, por el empleo. No se cree en nada ni en nadie. Las palabras resonantes de paz, patria, libertad, progreso, organización y tantas otras, son términos convencionales, especie de epitafios puestos sobre cosas ya muertas en el ánimo de muchos, etiquetas o rótulos con que caudillos de segundo o tercer orden y escritores de cierta laya encubren vanidades pueriles, bastardas ambiciones y menguados apetitos. Quien, en estas horas de tristeza, explorase serenamente ciertos rincones de nuestra psicología política retrocedería espantado viendo en ella solo fructificar los gérmenes morbosos precursores de un fatal y completo desquiciamiento. En la vesania colectiva que en estos momentos dolorosos pone acerbo duelo en las almas que tenazmente aspiran a la implantación gradual de un régimen de urdimbre

civilista, cabe una gran responsabilidad tanto a los de arriba como a los de abajo. Parecenme tan culpables los que siempre se han aferrado al poder como si lo gozasen por juro de heredad como los que sin pararse en barras tratan de arrojarlos de las alturas para ponerse en su lugar. En la injustificable lucha actual que unos y otros en patriótico acuerdo pudieran haber evitado; frente a las pasiones políticas exacerbadas y corriendo atropelladas por cauces de inaudita violencia, lo que más duele es que se dé ese vergonzoso espectáculo en momentos de amarga incertidumbre, de dolorosa expectación para los pueblos latinos de América y muy particularmente para los que en el riente archipiélago antillano conservan una independencia más o menos vacilante y precaria. Parecemos como un pueblo prematuramente envejecido que, indiferente, en plena inconsciencia, espera su extinción entregándose con fruición bizantina a algaradas sangrientas que apresuren el inevitable resultado.

La sombra inmensa que proyecta el coloso del Norte va lentamente avanzando...

Aun es tiempo de salvarnos. Hagamos un alto estable en la luz. Detengámonos al borde del abismo, del negro abismo en que vamos a precipitar impiamente la patria de nuestras glorias y de nuestros amores. Que cada cual sacrifique algo de sus particulares ambiciones para llegar a una situación de relativa estabilidad de todos y para todos a fin de restañar heridas y hacer reinar una paz moral, una paz espontánea a cuya sombra puedan tener vida efectiva las instituciones republicanas y desarrollarse todos los inmensos veneros de riqueza que oculta nuestra tierra en sus fecundas entrañas. . . Aun podemos, si lo deseamos sinceramente, alcanzar un próximo mejoramiento en todos los aspectos de la vida nacional. . . Levantemos un altar a la diosa esperanza. No nos dejemos vencer por un torpe y disolvente pesimismo. . . Bajo el cielo incendiado por la ira desatada de la tempestad, la tierra,

hondamente conmovida, se estremece como si sobre ella pasara el soplo del dios sañudo e iracundo de las leyendas bíblicas . . . El viento desencadenado amenaza desarraigar los árboles centenarios de la selva en que en días de trájica desolación encontró momentáneo refugio el perseguido indio quisqueyano. El rayo fragoroso abate las cimas de las palmeras que se alzan, como mástiles de verdura, en la sabana pintoresca . . . El río, el viejo río, se desborda rugiente cubriendo con el raudal impetuoso de sus aguas los arbustos que festonean sus orillas y los terrenos circunstantes en que el labrador levantó su choza y cultivó su predio. La tempestad, ave de negro e inmenso plumaje, extiende sus alas gigantescas llenando de sombras el cielo y la tierra. . . Pero, aun en medio de la borrasca, las fuerzas en apariencia interrumpidas que actúan en el laboratorio inmenso de la naturaleza continúan su obra de perpetua renovación. . . La selva antigua recobrará su prístina lozanía;

el río tornará a correr majestuoso y sosegado por su viejo cauce, y sobre las almas y las cosas perturbadas flotará nuevamente la divina serenidad de una vida luminosa y perdurable. . .

16 de Agosto de 1912.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

AL CIBAO.

Toques repetidos de cornetas, relinchos de caballos, frecuentes y vibrantes voces de mando, escúchanse desde el amanecer en el amplio patio de la Fuerza. En correcta formación, las tropas se extienden en líneas paralelas a todo lo largo del extenso recinto. Diáfana y riente despunta la mañana. Los primeros lampos solares encienden las vetustas piedras del histórico Homenaje en cuya cima acaba de izarse, saludada por cornetas y tambores, la gloriosa bandera española. Es incesante el traginar en el extenso patio.

Mil rumores distintos se confunden en un ruido ensordecedor que se amortigua o crece por momentos. En los raros instantes de silencio, óyese, distintamente, el monótono murmullo de la corriente del Ozama que va a confundir sus turbias aguas con el mar cercano, con el azul Caribe que muge airado convirtiendo sus ondas en caprichosos arabescos de nívea espuma al chocar con los arenales y arrecifes del sinuoso contorno de la costa . . .

Era una hermosa mañana estival de mediados de Setiembre de 1863. A medida que alzaba el día íbase desvaneciendo el suave frescor matinal, presagio seguro de que seguiría reinando el mismo intenso calor de hacía muchas semanas. Aunque ya no podían tardar las lluvias, ninguna ráfaga refrescante de agua había venido, desde hacía algunos meses, a atenuar el intenso bochorno de aquella estación canicular. En la comba sidérea, apenas manchada por una que otra caprichosa nubecilla, resplandecía un azul

intenso, magnífica pincelada de cobalto... Los corceles de los escuadrones españoles piafan impacientes. De un lado, irreprochablemente alineadas, aparecen las tropas peninsulares listas para emprender la marcha. Son batallones de veteranos, cuerpos ungidos por la gloria, que llevan nombres de inmortal resonancia épica. ¡San Quintín! Bailen! San Marcial! . . . Esos nombres resuenan como los cantos de un poema de insuperable heroismo. Evocan leyendas de fúlgido ardimiento bélico. . . Como trofeos de victoria llevan los recientes laureles de la guerra de Africa y abrigan la esperanza de reverdecerlos con nuevos resonantes triunfos en la brava tierra quisqueyana . . . Detrás, en el fondo, cerrando el pintoresco cuadro, las reservas de San Cristóbal, infantería y caballería, cubren una ancha porción de terreno . . .

Aun se espera la orden de romper la marcha. Aguárdase por instantes al general Santana, quien se encuentra en ese momento en íntima conferencia con Ri-

vero, el Capitán General. Bajo bajo se susurra que ambos tutumpotes están en desacuerdo. La columna puesta bajo la experta dirección del Marqués de las Carreras consta de más de dos mil hombres de las tres armas, gente toda avezada al combate, curtida ya en recias andanzas bélicas. En la oficialidad española, que desconocía por completo la gravedad de los sucesos ocurridos en el Cibao, circulaban los rumores más optimistas, predominando una ciega confianza en el rápido éxito de las operaciones. Aquella salida resultaría indudablemente un paseo militar. ¡Qué fuerza tendrían aquellos desarrapados mambises para enfrentársela a una columna de tal número y calidad mandada por el mismísimo general Santana, el invencible caudillo, azote y espanto de sus enemigos! Mal año para los facciosos cibaeños. Ya sabrán cuantas son cinco. Bastará presentarse Santana para que echen a correr como galgos los despavoridos insurrectos.

Y esta vez el castigo va a ser rudo. Quedarán escarmentados para mucho tiempo.

Firme, firme. . . Las cornetas esparcen con insistencia sus bélicas vibraciones. Resuena cercano un clarín anunciando la llegada del general en jefe. Ginete en un soberbio caballo negro, como deslumbrante aparición, surge el general Pedro Santana acompañado de un lucido grupo de generales y oficiales. Antes que se inicie el desfile quiere revistar las tropas que bajo su mando van resueltas a ahogar su sangre la nueva rebelión del levantisco Cibao. El Marqués de las Carreras pasa rápidamente por delante de los batallones que presentan armas. De las filas de las milicias criollas parten algunas aclamaciones. Y comienza la salida. Lentamente, marcando el paso, de cuatro en fondo, desfilan las compañías con gesto marcial por el amplio y monumental portón que forma la principal entrada del vastísimo cuartel de La Fuerza, uno de los más grandes de América . . . Afuera, en las

calles vecinas, bulle, se agita impaciente la muchedumbre congregada desde muy temprano para presenciar la marcha de la columna. Por la larga calle del Conde hormiguea la gente estacionada en esquinas, calzadas, puertas, ventanas, balcones. . . En la acera del Vivac y en la esquina de Plateros, algunos curiosos, en rápida charla, echan afuera sus impresiones. Se ven caras sombrías reveladoras de hondo sufrimiento; caras de gente patriota que, impresionada por tal alarde militar, se deja ganar por el desaliento juzgando perdida toda esperanza. Como curioso contraste, resplandece en algunos semblantes una gran alegría. En su mayor número son de dominicanos españolizados. En el gentío, salvo contadas excepciones, parece imperar la creencia de que nadie podrá contener el formidable empuje de la columna que manda el caudillo vencedor en Azua y las Carreras . . .

Locura y locura, exclama un viejecito de tez algo obscura, de ojos saltones, ves-

tido con cierta elegancia, que no deja un solo instante de la mano el dije de una gruesa cadena de oro. . . Obra de locos y no otra cosa, dice con acento de convencido, es sublevarse contra los blancos. Ya se sabe que son unos vagamundos, cuatro gatos que no tienen nada que perder. . .

El comandante Arroyo le dijo a mi comadre Mercedes que el bochinche no tenía ninguna importancia; que a esta hora ya Buceta le habría sentado duramente la mano a los revoltosos. . . Es necesario acabar de una vez con esa gente que lo que quiere es vivir sin bajar el lomo. . .

Batimos a los haitianos porque sus fuerzas eran poco más o menos como las nuestras; pero a los blancos, quiá! . . . Cuándo! Si son millones y con muchos cuartos. Pensarlo solamente parece cosa de chiflados. Y con un turpén como el viejo. Santana tiene la mano pesada; no se anda con chiquitas. Ya oiremos pron-

to el trueno. A quien le caiga encima el general, Jesucristo lo favorezca! . . .

Al escuchar tales pronósticos, los simpatizadores de la revolución fruncen el ceño, sin atreverse a decir ni una jota en contra. Si tal hicieran seguramente irían a parar, a algún obscuro calabozo del Homenaje, a Colón o al *pañuelo* . . . Tales pronósticos solo pueden salir de bocas de impenitentes santanistas. Y lo peor del caso es que surgen con tal fuerza de lógica y de exactitud que aun los más fervorosos sienten el frío del desaliento hasta en lo más íntimo de sus almas. . .

Pasan, pasan los batallones. . . El sol, un sol abrasador de estío, arranca chispas, pone deslumbrantes reflejos en los sables desenvainados, en los contenares de bayonetas que pasan como una fulmínea visión guerrera . . . De pronto, con rapidez eléctrica, cunde entre el gentío el rumor de que se aproxima el general Santana. Mil miradas convergen al punto por donde aparece el temible caudillo. . . . Sereno, adusto, deja de

cuando en vez caer una mirada como distraida sobre el compacto gentío. Viste pantalones de dril obscuro que comprimen unas botas altas y lustrosas, chaquetilla azul cerrada con botones dorados y cubre su hasta cabeza un fino sombrero panameño en cuyo lado izquierdo luce una vistosa escarpela española. Pasa altivo, desdeñoso, con el mismo ademán displicente que en los días ya lejanos de sus grandes ovaciones triunfales... De pronto parece su rostro haberse tornado más adusto, más sombrío! En la mirada que, al cruzar, clava en él la muchedumbre, el gentío que le contempla ávidamente, habrá atisbado irradiaciones de cólera, de temor, de odio? Habrá, acaso, avizorado algo que por natural asociación de ideas le rememore el luctuoso pasado de su vida histórica, ese pasado tormentoso, trágico, en que yacen confusamente amontonadas las infelices víctimas de su implacable rencor de mandatario engreido? Habrá conocido en aquel hormigueo humano algún pa-

riente de los que, segados en flor, cayeron bajo la hoz de su implacable dictadura?..,

La visión va lentamente desvaneciéndose. . . En aquel instante nadie parece tener fe en el movimiento insurreccional que hacía un mes había estallado en la frontera Noroeste. Casi todos suponían, y muy fundadamente por cierto, que era imposible, de toda imposibilidad, soñar en vencer a la poderosa España. La vuelta definitiva al estado colonial, era ya, según la frase vulgar, clavo pasado. ¿Para qué obstinarse en luchar contra el destino? . . .

La columna ha pasado ya por la sacra puerta del Conde donde aun retumban las entusiastas aclamaciones de los próceres febreristas y tomado la dirección del Norte. En el cielo empiezan a agolparse negros nubarrones. Una espesa nube de polvo oculta ya la columna a la mirada de los últimos curiosos. Los grupos estacionados en plazas y calles han ido lentamente dispersándose. El abejeo de la colmena humana va poco a poco

extinguiéndose. Bajo el incendio solar, Santo Domingo de Guzmán yace nuevamente en la cotidiana paz, en la uniforme tranquilidad de una vida de vieja urbe medioeval, de una vida sin perturbaciones que tiene mucho de conventual y de solemne. . .

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

EN SANTIAGO.

BN PH

En Santiago se sabe ya que las tropas españolas se encuentran al amparo de las fortificaciones de Puerto Plata después de haber sufrido grandísimas pérdidas en su desastrosa retirada.* En aquel momento la revolución impera con absoluto señorío en las comarcas cibaeñas. Pero carece de unidad de dirección, de un centro que imprima la posible organización a todos los ramos administrativos y dé vigoroso impulso a la guerra acabada de principiar puede de-

* Véase *Alma Dominicana*.

cirse y que hay que continuar a todo trance y por todos los medios hasta vencer o morir. . . Como testigos elocuentísimos de su heroismo legendario, la gloriosa ciudad cibaeña, bajo la pompa de un sol ardientísimo que pone en las cosas como reverberaciones de incendio, exhibe con patriótico orgullo sus numerosas casas calcinadas, sus ruinas todavía humeantes. . . A trechos, aquí y allá, en irregularidad pintoresca, paredes ennegrecidas por el humo, edificios en parte destruidos, sin techo, que por los huecos de sus puertas y ventanas dejan ver los departamentos interiores que ofrecen el aspecto de la más sombría desolación y en los que de continuo penetra afanosa la chiquillería rastreando joyas o monedas perdidas; conjunto de cosas que hablan intensamente, con soberana elocuencia, de los días tremendos y trágicos que acaban de transcurrir, de los días en que Santiago, en sublime holocausto lo ofrendó todo en aras del ideal grandioso de la restauración de la República. Esca-

sísimos son los edificios que quedan en pie, que han logrado salvarse de las llamas. En uno de ellos, una casa de alto de bastante apariencia ubicada en la calle de las Rosas se ha congregado, el 14 de Setiembre, el pueblo santiagues para por medio de un solemne documento manifestar al mundo su irrevocable decisión de recobrar la perdida autonomía. Y ese mismo día, por indicación unánime del pueblo, se nombra, en medio de ruidosas manifestaciones de entusiasmo patriótico, el gobierno provisional que regirá los destinos del país mientras duren las presentes azarosas circunstancias. Ciudadanos de acrisolado amor patrio, de relevante probidad, de acentuado mérito intelectual, son los escogidos para constituir el gobierno que en aquella hora de suprema expectación va a consagrar todas sus iniciativas y energías, todo el caudal de su abnegación, toda su incontrastable decisión a la obra de restaurar la nacionalidad dominicana torpe y ale-

vosamente destruida por los liberticidas del 18 de Marzo.

José Antonio Salcedo, el general Pepillo como cariñosamente le llamaban sus amigos, figura con unánime aquiescencia como presidente del recien instaurado gobierno provisional. Visto serenamente, a cierta distancia, sin sombras de pasión o de rencor como conviene mirar estas cosas, el general Pepillo resulta, como lo fué en su vida, una figura eminentemente simpática, ennoblecida por el martirio, que evoca el recuerdo de muchos viejos paladines ungidos por inmarcesibles glorias de resonantes proezas legendarias. Noble, sencillo, tolerante, generoso, humano, débil en sus afectos, sus errores, que no fueron pocos, sus intermitentes explosiones de violencia, su misma intemperancia en la bebida, no alcanzan a menoscabar sus sobresalientes cualidades de caudillo estructurado para ejercer influencia casi decisiva aunque poco durable en el instante álgido de un tormentoso periodo histórico. De un va-

lor rayano en la temeridad, brilló notablemente en las penosas campañas contra los haitianos hasta ganar con sus no interrumpidos servicios el grado de coronel. De él se cuentan hechos prodigiosos. Especie de Paez dominicano, magnífico ginete, cabalga días y días sin que sus músculos de acero sientan por un momento la natural impresión del cansancio. Por su debilidad con ciertos amigos, toleró, inconscientemente, que a su alrededor se urdieran intrigas protervas que atisbaban los ojos escrutadores de sus enemigos para explotarlas como armas mezquinas contra el incauto mandatario. «De corta estatura, dice en sus *Memorias* Manuel R. Objío, su fuerza física no estaba en relación con su tamaño; de un tajo de su sable rendía muerto a un hombre, derribaba un toro sin dificultad o lo paraba en su carrera teniéndole por el rabo». Víctima inocente sacrificada a destiempo por implacables rencores partidaristas, cruzó como rauda aparición por el ensangrentado

horizonte de nuestra dramática historia dejando tras sí fulguraciones de perdurable memoria. Cayó cobardemente atravesado por el plomo de sus mismos compañeros de armas, en un triste día de Noviembre, en una playa solitaria, pegado á unos uveros, de cara al mar, confundiéndose el ruido de la descarga asesina con el rumor del oleaje del Atlántico que se estrellaba impetuoso y mugidor en los arenales y acantilados de la costa bravía . . .

La primera atención del nuevo gobierno concretóse naturalmente a establecer por el Norte y por el Sur las correspondientes líneas de defensa a fin de estar en situación de rechazar ventajosamente posibles agresiones españolas y de llevar el espíritu revolucionario, por todos los medios a ello conducentes, a las regiones del país aun libres del contagio insurreccional. Las operaciones marchaban viento en popa por el lado de Puerto Plata. El sitio de la ciudad será cada vez más estrecho. Se conoce con relativa exacti-

tud el número de hombres que la guarnecen y los preparativos que hacen los españoles para la defensa tenaz de aquella plaza dueña de un fuerte poco menos que inexpugnable por su excelente situación topográfica. Pero no se pretenderá, cosa punto menos que imposible, tomarlo a viva fuerza. Los españoles tienen a Puerto Plata como base de operaciones para invadir nuevamente el interior secundando vigorosamente un posible avance de los suyos por el lado del Norte . . . En Santiago, en aquel momento, se ignora todo, o casi todo, lo que está acaeciendo en el Sur y en el Este. De Santo Domingo, particularmente no se sabe absolutamente nada. Con la premura que exige el caso, se han expedido ya las órdenes oportunas para establecer fuertes cantones en determinados puntos estratégicos a fin de impedir decididamente y hasta donde sea dable que el ejército español, salvando con un movimiento vigoroso de avance los pasos más difíciles de la cordillera, haga irrupción

en el Cibao poniendo en inminente peligro la flamante República. Han pasado algunos días. De pronto, vagamente, sin conocerse la procedencia, como traida por el aire, empieza a esparcirse la noticia, poniendo espanto en algunos espíritus pusilánimes, de que el temido y temible Santana al frente de numerosa y aguerrida tropa española y de un fuerte contingente de milicias del país viene a marchas forzadas resuelto cueste lo que cueste a apoderarse de Santiago y a asestar con ello golpe de muerte a la causa restauradora. Será cierto? Cómo se ha sabido? Aun pudiendo ser una propaganda echada a volar por los simpatizadores del régimen colonial que no escaseaban, el rumor aquel nada tenía de extraño o sorprendente, pues parecía lo más natural que las autoridades españolas con el decidido propósito de quebrantar seriamente la revolución por medio de un golpe fulmíneo y resonante proyectasen una gran operación militar combinando para un ataque a Santiago

las fuerzas estacionadas en Puerto Plata con las numerosas que podrían salir de Santo Domingo con el objetivo de forzar resueltamente los desfiladeros de la cordillera y con un impetuoso movimiento descender a las fértiles comarcas cibaeñas. El gobierno provincial, insuficiente y aun contradictoriamente informado, sin saber a qué carta quedarse, deseaba vivamente poseer datos fidedignos y completos para tomar con seguridad las medidas que se creyesen necesarias para rechazar la brusca acometida.

Era intenso el bochorno en aquel día estival. Arriba, en la extensión infinita, escalonábanse negras nubes semejando amenazador ejército que iba presto a descargar torrentes de copiosa lluvia. Cárdenos, de vivísima fulguración, los relámpagos se suceden intermitentemente. El tableteo del trueno semeja a ratos como lejanos disparos de formidable artillería. En la sala de la casa de gobierno, en la semiobscuridad reinante por el fuerte viento y la lluvia que trae ha ha-

bido que cerrar casi todas las puertas que dan al balcón al rededor de una ámplia mesa en que se ven confusamente esparcidos numerosos papeles, los directores de la cosa pública deliberan desde hace más de dos horas . . . Benigno Filomeno de Rojas, uno de los más conspicuos miembros de aquel gobierno, con voz clara, sonora, distinta, precisa, encarece la urgencia de conocer cuanto antes y con la mayor exactitud posible los planes del enemigo. El Presidente Saleedo lo escucha atentamente sin apartar de él la mirada serena de sus ojos azules. . .

Desengañémonos, dice pausadamente Don Benigno, la agresión más fuerte tiene que venir del Sur, de la Capital, pues Rivero querrá utilizar el prestigio de Santana todavía intacto en lo militar dígase lo que se quiera. Si como político lo ha perdido todo, como hombre de guerra, preciso es confesarlo, no ha perdido ni pizca. Hay mucha gente que cree que el Marques es el mismo diablo en persona, y que su estrella brilla todavía vi-

vamente. No faltan majaderos que creen que bastará baje con mucha tropa para que todo se lo lleve pateta. Yo pienso distinto; los tiempos han cambiado mucho. No es lo mismo ahora que cuando atemorizaba a los mañeses y ponía espanto en los enemigos de su batuta. Pero eso que veo yo y que ven sin duda ustedes, no lo ve ciertamente una gran mayoría. Lo importante, repito, es saber donde está Santana, lo que hace en este momento para que podamos prevenirnos y buscar la manera de darle en la cabeza un golpe contundente. Hay que buscar un hombre resuelto, inteligente, astuto, capaz de meterse donde esté el Marques, llegar hasta el mismo Santo Domingo si es posible y comunicarnos noticias positivas. Pero no veo ese hombre; ninguno de los que tenemos a la mano me parece bueno para el caso...

Reinó un instante de silencio. Afuera, monótono, continuábase oyendo el ruido de la lluvia que caía. De pronto, insinuante, escuchose la voz del general Pe-

pillo. ¿Qué piensan ustedes de Fonso Ortiz? . . . Por un movimiento rápido, espontáneo, todos parecieron manifestar su asentimiento. Dos o tres felicitan por su acierto al general Salcedo asombrándose de no haber pensado en la persona indicada. Ni mandado hacer expresamente, dice Detjeen. Y sin perder momento el presidente despacha un oficial en busca de Fonso Ortiz.

FONSO ORTIZ.

Fonso Ortiz era un mozo alto, apuesto, bien proporcionado, de un blanco algo obscuro como quemado por el sol, de facciones bastantes correctas y expresivas aunque algo deslucidas por una nariz ciranesca, con ojos negros de intenso brillo y un vistoso mostacho que a cada rato se retorcía cuidadosamente. Poseía en alto grado ese don de agradar desde el primer momento, de insinuarse fácilmente inspirando viva simpatía, cosa que es privilegio de muy pocos y que explicaba sin mayor exfuerzo el ambiente de

general estimación en que se movía y sus éxitos resonantes en asuntos de conquistas amorosas. Era indudablemente un tipo de verdadera prestancia varonil, pleno de natural seducción que, acaso sin que él mismo pareciese percatarse de ello, ejercía una especie de tiranía personal en el círculo de sus amigos íntimos a quienes en todas las materias imponía su criterio casi sin que ellos se diesen cuenta de semejante cosa. En los días en que comienza este relato estaba próximo a cumplir ventiocho años. Hijo único de un ricacho, comerciante de profesión, que en todo le complacía, parecía cifrar los principales objetivos de su existencia en vestir conforme a los cánones más exigentes de la moda imperante, en montar excelentes caballos y en inscribir una nueva conquista en el ya extenso catálogo de su proezas amorosas. Algunos, envidiosos, o rivales por él derrotados, decían poco piadosamente que de tales hazañas había que rebajar algo y aun algos, pues tenía el pecado de ser

un tanto alabancioso. Había estado muy joven en Alemania, de pensión en un colegio de Hamburgo. Contaba horrores de lo que había sufrido en la larguísima travesía zampado en el estrechísimo camarote de un buque de vela que llevaba la bodega atiborrada de serones de tabaco. Pasó dos o tres años de incompleta inconformidad oyendo hablar sin entenderlo jamás un idioma que le parecía algo así como una jerga diabólica, y sintiendo intensamente la nostalgia de los días en que hacía novillos bañándose a sus anchas en el Yaque y correteando por Nibaje, los Chachases, Gurabito y demás sitios en que la chiquillería campaba por sus respetos a veces dividida en bandos que se apedreaban incompasivamente resultando alguno o algunos de los valerosos contendientes con golpes y descalabraduras. . .

Su saber era bastante escaso. Desconocía lo que hoy sabe con perfección cualquier mocoso de catorce años; pero estaba dotado de mucha disposición na-

tural, de clara inteligencia, y, en muchos casos, por rápida intuición acertaba a discernir con la necesaria exactitud lo que algunos de sus camaradas reputaban como obscuro o embrollado. En todo lo que se propouía, su imaginación, fértil en ardides, le proporcionaba siempre los medios de salir avante. En sus conversaciones íntimas se jactaba, con mal disimulado orgullo y quizás exageradamente, de no haber perdido nunca en ningún negocio ni de haber experimentado una derrota en su vida de Tenorio provinciano. Su infancia corrió suavemente entre halagos y caricias de una madre, muerta hacía seis años, que lo idolatraba, y de un padre que creía a pie juntillas que su único retoño era un pozo de ciencia capaz con el tiempo de dar lustre y brillo a su nombre. El padre, Don Alfonso, era hijo de un matrimonio de catalanes establecido en Santiago desde los tiempos de la España boba, y con su actividad había realizado una pingüe fortuna en especulaciones de tabaco, nego-

cio que conocía a maravilla. Era muy religioso, y de acuerdo con Doña Petra, que lo era más, decidieron desde muy temprano enrolar el muchacho en la milicia sacerdotal. Pero el chico pensaba de muy distinta manera. Fué monaguillo de la iglesia del Carmen durante varios meses como eficaz preparación para la vida eclesiástica; pero tales travesuras hizo que el cura de la parroquia, excelente hombre, no pudiendo soportar más comunicó de sopetón a Don Alfonso que su hijo era el mismo diablo en persona y que ni en sueños abrigase la esperanza de que Fonsito vistiera el traje talar. Con gran escándalo de los otros monacillos se comía las hostias y empinaba el codo con el vino de consagrar, y sin ningún escrúpulo largaba chicoleos a las chiquillas de buen ver que con frecuencia entraban al templo. El pobre Don Alfonso se quedó horrorizado al enterarse de tan estupendos sacrilegios y sólo con grandes atenuaciones se lo contó a su buena mujer, pues bien sabía que era

capaz de quedarse muerta en el sitio si le decía la verdad desnuda. Cuando le regañaban por tales barbaridades se quedaba fresco y sonriente como si tal cosa. En el fondo del carácter del mozuelo no había nada de maldad, sino un espíritu muy acentuado de travesura, de bellaquería, que lo impulsaba de contínuo a jugarretas que él creía desprovistos de importancia, pero que para sus padres resultaban hechos monstruosos. Bien es verdad que en muchas ocasiones se conducía con tal disimulo que no pocas de sus picardihuelas pasaban inadvertidas para los autores de sus días. A pesar de las súplicas de Doña Petra, que por nada del mundo quería separarse de él, el viejo que era hombre de carácter, como supremo remedio, decidió enviarlo a un colegio de Hamburgo, ciudad donde tenía muy buenas relaciones; pero tuvo que retirarlo antes del tiempo que se proponía por las súplicas insistentes y enternecedoras del chico que le decía que aquel clima dañaba su salud y que no

quería morir lejos de ellos, en tierra extraña. Era evidentemente falsa tal afirmación, pues regresó colorado como un camarón y muy robusto.

Ya era un mocetón hecho y derecho, fuerte como un roble, cuando estalló la gran revolución del 57 contra Báez motivada por ciertos abusos o cosas reputadas como tales de aquella Administración, como la exagerada emisión de papel moneda con la mira según afirmaban muchos inteligentes y según creía el pueblo de arruinar el comercio cibaeño. Fonso se había distingnido ya por su serenidad y bizarría en dos lances personales, uno en defensa de su padre insultado por un bellaco y otro por cierto delicado asunto de amoríos. Allá, en lo íntimo de su ser, bullía un fondo de romanticismo que lo impulsaba con frecuencia a ciertas nobles resoluciones. Creyo que la gente de su pueblo tenía razón y como muchos jóvenes cogió el fusil para tomar parte activa en la lucha; pero al ir a incorporarse a las fuerzas que

asediaban la Capital al mando del general Juan Luis Franco Bidó, el gobierno provisional lo retuvo para emplearlo en una comisión de confianza que cumplió satisfactoriamente. Formaba parte del lucido grupo de ginetes que salió de Santiago para encontrar a Santana que venía por el camino de Puerto Plata. Se corría que en esta ciudad, al regresar de la expulsión, se le había recibido bajo palio. En Santiago fué también muy entusiasta la recepción del gran caudillo.

Fonso, que odiaba de todo corazón a los mañeses, era un gran admirador de Santana por más que al conocerlo de cerca le chocaron la fisonomía vulgar e inexpresiva y los modales bruscos y a veces agresivos del soberbio caudillo. Con la ayuda de Santana ya no era posible dudar del próximo triunfo del gobierno del presidente Valverde. ¡El mismo libertador al frente del ejército! Nadie tenía en aquel momento tan gran prestigio militar. Su entusiasmo por Santana se trocó en odio cuando después de

la capitulación de Santo Domingo traicionó al gobierno que le había abierto las puertas del país y puesto en él torpemente su confianza, alzándose con el santo y la limosna, es decir, con el mando supremo, sin titubeos ni escrúpulos de ningún género. No obstante sus veleidades y ligerezas, Fonso Ortiz poseía sentimientos mui arraigados de rectitud y probidad y desde entonces le asqueó el personalismo político en que pasaban impunes y aun ardorosamente aplaudidas tales infamias. . .

En acaloradas discusiones sobre cosas políticas sostenidas principalmente en un Café muy concurrido de la calle del Sol, comprendió presto que carecía del lastre de historia necesario para salir airoso de tales escarceos mentales. En sus ratos de ocio púsose a estudiar cuanto se refería a nuestro pasado tormentoso. Poco a poco fué viendo las cosas desde apropiados puntos de observación desapasionada y serena. La pugna entre el febrerismo, el más noble ideal de nues-

tra vida histórica, y la reacción santanista, desapoderada y violenta, se presentó ante él con su vivo y peculiar colorido. El alma romántica de Fonso se fué detrás de aquellos mancebos generosos que lo sacrificaron todo por la patria cosechando en cambio persecuciones y patíbulos. . . No quiso volverse a ocupar en asuntos del politiqueo de campanario que tanto seducía a algunos de sus amigos. Tenía a su cargo la correspondencia en el escritorio de la casa de comercio de su padre, puesto que desempeñada perfectamente, pues poseía una letra muy clara y cursiva y sabía expresar con verdadera y notable exactitud su pensamiento. A troche y moche siguió realizando las calaveradas que habían aureolado su nombre de cierto prestigio donjuanesco. La Anexión, a la larga, lo sacó de quicio. Y eso cuando los dos campos estaban ya bien deslindados, como quien dice. En los dos años que siguieron al 18 de Marzo demostró una actitud rayana en la indiferencia como

quien acata un fallo inflexible del destino. Más que eso: simpatizó con algunos oficiales españoles de su edad acompañándolos en cenas y francachelas y persiguiendo juntos los buenas mozas en los bailes de Carnaval siempre tan lucidos y bulliciosos en Santiago. Pero empezó a alejarse paulatinamente de ellos, a variar de conducta cuando Buceta comenzó a gobernar su pueblo como si la sociedad santiaguera fuera un hato de empedernidos criminales. Entre el elemento peninsular y el criollo principiaron los choques. Estuvo comprometido en el levantamiento del 24 de Febrero y, fracasado el golpe, tuvo la suficiente habilidad para desviar de su persona las sospechas de los recelosos dominadores. Su indignación no tuvo límites cuando contempló con el alma destrozada subir al cadalso a algunos muy estimados compueblanos suyos víctima de su devoción por la noble causa separatista. Trabajó activa y eficazmente en el sentido de secundar el levantamiento que se prepara-

ba en el Noroeste. Vilmente denunciado por un mal dominicano que debía muchos favores a Don Alfonso y con quien creía poder contar ciegamente, fué, cuando menos lo esperaba, hecho preso y conducido entre soldados a un obscuro calabozo del fuerte de San Luis, resultando completamente inútiles las insistentes gestiones de su padre para que se le devolviera la libertad. Su fuga de la prisión, efectuada dos meses después en circunstancias de cierto colorido romántico y con riesgo inminente de su vida, le dió mucha notoriedad como hombre de valor y perfecta sangre fría. Ayudado por un preso, compañero de calabozo, un campesino de la Otra-Banda que estaba en chirona desde la trágica noche del 24 de Febrero, horadó una pared del calabozo que caía del lado más empinado de la barranca, y ambos, expuestos mil veces a romperse la crisma, aprovechando la profunda obscuridad de una noche de viento y de lluvia, agarrándose a las raices y a los troncos de los arbus-

tos, pies y manos ensangrentados, descendieron por aquellas asperezas únicamente frecuentadas por cabras hasta llegar a Nibaje teniendo la felicidad de no encontrarse con ninguna de las rondas que recorrían aquellos alrededores. Ocultose en una estancia de la Otra-Banda hasta que pudo incorporarse a las fuerzas restauradoras que acampaban en Quinigua. Al principio creyó Gaspar Polanco que no podría sacar ningún partido de aquel filorio del pueblo, de cutis y manos delicadas, pero presto los hechos le convencieron que Fonso Ortiz servía lo mismo para un fregado que para un barrido. Nombróle su secretario y no tuvo ciertamente motivos de arrepentimiento por elección tan acertada.

Con el incendio su padre había quedado arruinado o poco menos. De sus diez o doce casas, sólo le quedaba una en buen estado donde vivía con una hermana suya muy entrada en años. Fonso Ortiz aceptó de lleno, con estoica resignación, las imposiciones del hado adver-

so. Había que abrirse paso por el camino de la vida, sembrado siempre de obstáculos, y se lo abriría. Estaba resuelto a entregarse en cuerpo y alma a la obra de ayudar al viejo a recuperar la fortuna perdida, cuando el general Salcedo le llamó para exigirle en nombre de la patria, todavía en parte esclavizada, un nuevo y valioso servicio. No vaciló ni un instante. En aquel momento, después de su culto a la patria, sólo dos grandes afectos se albergaban en el alma de Fonso Ortiz: el acendrado cariño que profesaba a su padre, y su amor sincero, entrañable, a Rosario Ordoñez.

ROSARIO ORDOÑEZ.

Las Ordoñez gozaban en Santiago merecida reputación de bellas y de bastante ligeras de cascos. En esa familia se conservaba como por juro de heredad la belleza física. En ella todas las mujeres eran muy hermosas. Aunque la familia Ordoñez no pertenecía ciertamente a la alta sociedad, a la primera, como se decía, bien puede afirmarse que tenía relaciones con ella por medio de algunas amistades de valer que le prestaban cierto prestigio social, que, sin embargo, no le daba a acceso a bailes y reuniones de

la *high life* santiaguesa. Las familias de puro mantuanismo miraban a las Ordoñez muy despectivamente. El jefe de la familia, Don Matias Ordoñez, un español que había venido niño al país y conquistado detrás de un mostrador una regular fortuna, disfrutaba de una muy justificada nombradía de hombre laborioso y probo, aunque como bruto bien podía dar quince y raya al mismo gallego de un chistoso cuento de Eusebio Blasco. Había sido y era bastante malaventurado en su vida doméstica, pues doña Luisa, su consorte, jamona todavía de buen ver, le daba una vida de perros con su trato brusco y sus continuas exigencias, y, sobre todo, con la manera despectiva con que solía públicamente exagerar la notoria escasez de meollo de su desdichado marido. En la ciudad se aseguraba que Don Matias, tan diestro en acumular dinero vendiendo en su bien surtida tienda cosas de vestir y de comer, jamás había llegado a percatarse de los cuernos con que sucesivamente

había adornado su testa su hermosa y voluble compañera. Tenían tres hijas: Julia, Toña y Rosario. Las dos primeras prometían imitar, si no imitaban ya, a su madre en lo que se refiere a devaneos y ligerezas, lo cual era causa de que la casa fuera muy frecuentada por jóvenes y gente algo machucha que acudían a formar tertulia con la esperanza más o menos fundada de una presa en extremo apetitosa. Don Matías no se encontraba nunca en tales tertulias, pues desde el anochecer se largaba a casa de unos paisanos donde pasaban el rato jugando al dominó. Malas lenguas contaban que Julia mantenía no se qué trapicheos con un hombre casado que no faltaba jamás a la tertulia así lloviese a cántaros, y que los amores de Toña con Paco Silva, un mozalbete muy peripuesto y ducho en lances amorosos, no pararían ciertamente en la iglesia. Verdad es que, como sucede, en parecidos casos, quizás había un tanto de exageración en lo que a ese respecto propalaban los mur-

muradores. De Rosario, la menor, garrida moza de diecinueve años, nadie había hablado nunca nada. Habia desairado ya como a media docena de gomosos que la pretendían. La maledicencia no había podido clavar en ella todavía su diente envenenado.

Era Rosario realmente hermosa. Blanca, alta, esbelta, de semblante agraciado, de natural elegancia, inspiraba desde el primer momento simpatía vivísima. Vista en conjunto poseía su belleza más subidos quilates. Por su busto irreprochable, por la proporción armoniosa de sus líneas, debía parecerse a una de esas estatuas admirables entalladas en níveo mármol por el cincel helénico. Su hermosa cabeza era digna de aquel cuerpo de flexible talle, de suaves y voluptuosos contornos. Su rostro era ovalado; sus cabellos negros, luengos y sedosos. Bajo el arco de sus pestañas dos ojos negros despedían torrentes de viva claridad. Dos hileras de dientes de nítida blancura se descubrían cuando la risa re-

tozaba en sus labios húmedos y rojos. Poseía gracia y seducción irresistibles; atesoraba, en fin, todos los encantos que necesita una mujer para ser amada hasta el delirio. Parecía algo frívola y ligera; pero todo eso era pura apariencia. En su carácter, formando curioso contraste con su madre y hermanas, había un fondo permanente de rectitud, de amor a lo que suponía verdadero y justo, de tal modo arraigado en ella que, a menudo, sus opiniones altivamente sostenidas chocaban por completo, promoviendo contínuas disputas, con el modo de pensar de la familia. Creeríase que en ella solamente se había refugiado todo el caudal de acrisolada probidad que distinguía a su padre... ¡Qué cosas, qué cosas tan extrañas tiene esta Rosario, decía con frecuencia Doña Luisa... Esta muchacha se va a quedar para vestir santos. Es incorregible. Cree que ella sóla tiene razón. Como si seis ojos no viesen más que dos agregaba su madre, siempre dispuesta a emperifollarse y a dar mues-

tras de no haber aun sentado por completo la cabeza. En medio del creciente desamor de su mujer y del poco apego de sus dos hijas mayores, sólo encontraba Don Matías afección honda y verdadera en Rosario. En sus horas de desaliento y de tristezas, brillaba solamente en sus ojos un relámpago de dicha y en sus labios como el resplandor de una sonrisa cuando le hablaba o le acariciaba Rosario, única nota de amor que vibraba melodiosa en sus oídos, único rayo de sol que bajaba hasta el fondo de aquella alma apacentada en un ímprobo trabajo cotidiano y que en el seno de su propia familia se sentía como desconocido o menospreciado.

De la educación de los tres pimpollos se cuidaron poquísimo sus padres. Don Matías, engolfado en su comercio, sabía con perfección cuanto con su tienda se relacionaba y cuanto se refería al juego del dominó; pero en otras materias no conocía ni lo más rudimentario. En su establecimiento casi no se llevaban li-

bros, pues no puede darse tal nombre a algunas libretas grasientas cuajadas de apuntes. Su único procedimiento comercial, excelente por demás, era comprar y vender al contado. Fiar, así fuera un centavo, le parecía imprudencia imperdonable. Doña Luisa hubiera podido remediar el mal, pero era ésta mujer que solo se cuidaba de peinados y de cintas, de seguir en todo las exigencias de la moda, de agradar, de pasar la vida lo más alegremente posible. Tenía la creencia de que con leer medianamente, escribir tal cual, y dar algunas puntadas, estaba agotado el programa de enseñanza de las mujeres. Julia y Toña pensaban exactamente lo mismo. Rosario por fortuna era bastante despierta, de manera que aprendió con relativa perfección algo de lo poco que se enseñaba entonces. De la escuelita en que estuvo salió leyendo con alguna soltura, escribiendo no del todo mal y rumiando nociones muy vagas de gramática y geografía. En labores era muy diestra. Devota sin

afectación procuraba cumplir lo que llamaba sus deberes religiosos, esto es, asistir a misa todos los domingos y a novenas y procesiones. Mujercita ya, leyó algunas novelas que le prestó una amiga, y de tal manera le gustaron que no hay para que decir que desde entonces la lectura de ellas constituyó su distracción más preferida. Impresionáronla extremadamente los hechos de subido color dramático narrados en ciertos novelones por aquel entonces muy en boga y su imaginación sobreexitada llegó a considerarlos como si al pie de la letra hubieran acaecido. Deleitose en forjar seres ideales en cuya posibilidad de existencia creía ella a pie juntillas, y los cuales, sin embargo, andaban a millones de leguas de la fría realidad.

En ese momento psicológico de su existencia empezó Fonso Ortiz a frecuentar la casa y a dispararle encendidos piropos. Ambos se sintieron como mutuamente atraídos. Ambos se habían encontrado casualmente muchas veces, pe-

ro sin que ninguno de los dos, como sucede en tantas ocasiones, se hubiera sentido irresistiblemente atraído por el otro. Fonso, que conocía el pie de que cojeaba la familia y que en estas andanzas se pasaba de listo, creyó, desde las primeras palabras cambiadas, segurísimo alcanzar en breve término la completa posesión de aquella joya de tan subidos quilates. La haría su querida por algunos meses y hasta otra. . . Pero se encontró, como quien dice, con la horma de su zapato. La criada le salió respondona. A tierra vino presto su suposición de que la niña sería fácil presa, de que se rendiría a las primeras de cambio sin grandes amagos de resistencia. Se equivocó de lo lindo. Su despecho fué grande en el primer momento. No quería resignarse a una derrota que menoscabaría grandemente su renombre donjuanesco. Fué el primer amor de Rosario, ardiente, hondo, entrañable; pero tal pasión no nubló ni por un momento la serena clarividencia del espíritu de la mu-

chacha. Por las mal veladas insinuaciones y por los avances del novio entendió presto, pues no tenía un pelo de tonta, a donde éste quería venir a parar, y sin perder tiempo le cerró resueltamente el camino manifestándole con acento que no dejaba lugar a dudas que sería completamente inútil prometerle mundos de felicidad si no era entrando en ellos por la puerta del matrimonio. Fonso pensó que tales decires eran hijos de pudorosos escrúpulos y que su tenacidad y sus ardides vencerían en plazo más o menos corto tan inesperada resistencia; pero a medida que iba conociendo el temple del carácter de Rosario y que los sentimientos de honradez de ella no eran como creyó al principio vana palabrería sino algo de muy hondo y resistente, tuvo que llegar a la desalentadora conclusión de que jamás podría hacerla su querida. Su amor propio sufrió muchísimo con ésto. Y lo peor del caso era que cada vez la amaba más, se sentía más fascinado por las gracias y hechizos

de la gentil doncella. Uno que otro apretón de manos, uno que otro lijero beso a hurtadillas, lo único que había podido conseguir de ella, encendían en él más y más el deseo de poseer aquella mujer en que cada hora descubría nuevas seducciones y que era la única a quien había rendido por completo su albedrío. . .

La idea del matrimonio empezó a germinar en su pensamiento viéndola a medida que transcurría el tiempo menos espantosa que otras veces. Poco a poco íbase familiarizando con el pensamiento de llevarla a la iglesia, único camino por el que podría llegar a ser dueño y señor de Rosario. Habría que vencer la resistencia del viejo, pero estaba seguro de triunfar en el empeño. No temía al que dirán. Seguramente que lo criticarían viéndolo casarse con una mujer de rango inferior a él y perteneciendo a una familia que daba lugar a murmuraciones y a habladas de mal género. . . Pero cuando pensaba hablar a Don Alfonso de su

resolución de casarse, produjose el trájico suceso del 24 de Febrero con todas sus naturales y dolorosas consecuencias. Sagaz, astuta y resuelta, ya Fonso encerrado en la fortaleza de San Luis, siempre encontraba Rosario medios de que llegasen a manos del preso bien ocultos en las frutas y cigarros que le enviaba con frecuencia papelitos en que le expresaba su invariable amor y le dada cuenta de cuanto se propalaba en la población sobre un movimiento insurreccional que se estaba fraguando. Aunque hija de español, se sentía dominicana por los cuatro costados. Pasó largos días de incertidumbre y de zozobras con motivo de la fuga de Fonso y de su posterior enrolamiento en las fuerzas revolucionarias que avanzaban sobre Santiago. Por estar interrumpidas las comunicaciones, no tuvo noticias de él durante más de un mes, lo que hacía que estuviese continuamente informándose de los pocos que llegaban del lado de Quinigua sin que nadie pudiera darle noticia de lo que le ocurría

al fugitivo novio. A veces experimentaba un sentimiento de tristeza que en uno que otro momento rayaba en la desesperación. Al fin consiguió Fonso que llegase a su poder una carta en que le detallaba todas las peripecias de su larga odisea. Durante algunos días respiró con libertad satisfecha y contenta en lo posible. Cuando el incendio tuvo la familia que retirarse al campo mientras se reparaba la casa en que vivía y que había quedado casi en ruinas. . . Allí, en Canca, la vió Fonso dos o tres veces después de haberse adueñado la revolución de Santiago. Allí fué a despedirse de ella la víspera de emprender su peligroso viage hasta la zona ocupada por el enemigo a fin de cumplir el delicado encargo que le había confiado el gobierno provisional. Un beso ardiente y prolongado fundió en una aquellas dos almas en el instante supremo de la despedida. Fué en la tranquera de la estancia, a las primeras luces del alba. . . Fonso marchaba hacia lo ignoto obedeciendo al llama-

miento de la patria. Se separaron sin preguntarse, como los clásicos amantes de Verona, cual era el ave que en aquel momento trinaba armoniosamente en el naranjo frontero. . .

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

EN MARCHA.

Caía a plomo un sol que achicharraba cuando Fonso Ortiz, ginete en una fornida mula de suave y acompasado andar, cruzaba en dirección al Bonao por una dilatada llanura donde a trechos, a uno y a otro lado, solas o pintorescamente agrupadas, un sinnúmero de reses pastaba con desgano la hierba medio calcinada o reposaba voluptuosamente sobre el cesped gozando de la escasa sombra que proyectaban algunos arbolillos de ralo follaje. A esa hora del mediodía, bajo el incendio solar, vistas a cierta distancia,

semejaban manchas de colores particularmente grises y blancas destacándose sobre el verde obscuro que aparecía en el paisaje como la nota pictórica más acentuada. Ante Fonso se dilataba culebreando al traves del cesped la amplia vereda que usurpaba el nombre de camino real, muy ancha en algunos sitios en que se veía bordeada por árboles de espeso follaje y por enhiestas palmeras, a veces en tal número que la vista se perdía sin poder precisar el punto exacto en que terminaban. . . Holgada chaqueta y pantalón de un dril azul obscuro, zapatos gruesos de becerro con relucientes espuelas y un fresco sombrero de cana de anchas alas componían la indumentaria de Fonso, quien con tal facha tenía todas las trazas de un burdo campesino de algunos teneres. Llevaba en la cintura un afilado cuchillo de monte y guindando del pecho un machete de sólida apariencia. En las bien repletas alforjas se amontonaban otras prendas de vestir y entre ellas un lapiz y un rollo

de papel para escribir lo que juzgase digno de ser comunicado al general Salcedo, pues quería seguir al pie de la letra las instrucciones que de él había recibido. . . Tenía prisa de llegar al pueblecito para ventear lo que ocurría, lo que pasaba al otro lado de la cordillera, de los montes empinados que empezaba a descubrir en las grises lejanías del horizonte. En La Vega, donde había pasado la noche anterior, no había logrado husmear nada que valiese la pena. Notó sí como alguna inquietud por los persistentes rumores de que Santana se aproximaba acaudillando numerosa hueste. Y en el Bonao se encontró con los mismos decires, aunque mucho más abultados. Que el temido ex-presidente iba a forzar con algunos miles de hombres los desfiladeros de la cordillera central dispuesto a ahogar en un mar de sangre el movimiento revolucionario cibaeño, y lo que quizás era bastante más grave, que había que abrir mucho los ojos porque en el centro del mismo Cibao no faltaban

dominicanos españolizados de cierta influencia que maquinaban una reacción en pro de la causa colonial. Por lo que notaba y venía oyendo desde que salió de Santiago pudo convencerse de que el mayor obstáculo de la obra revolucionaria era la carencia casi completa de recursos. Las dificultades empezaban a amontonarse. La ocupación de Santiago no era sino el primer acto del drama. La guerra en realidad iba a principiar ahora y los medios positivos para sostenerla eran mucho menos de lo que se pensó al principio irreflexivamente ofuscados los espíritus por los resplandores del magno ideal que se perseguía. No se contaba, puede afirmarse, ni aún con lo más rudimentario: ni armas, ni municiones, ni vestuario, y lo que era peor, carencia acentuada de metálico para proveerse de tales cosas. Había que conformarse con lo que con recursos intermitentemente suministrados por algunos patriotas pudiera de esas cosas comprarse en el territorio haitiano.

Cuando al otro día, ya bien entrada la mañana, hizo Fonso su aparición en el cantón de Piedra Blanca ya rumiaba en el magín un plan para penetrar con éxito seguro en las líneas enemigas. Aquel cantón se acababa puede decirse de formar cumpliendo órdenes terminantes del gobierno provisional y hay que confesar que la organización que en él imperaba no tenía ciertamente nada de recomendable. Había ya un número regular de hombres y continuaban afluyendo de muchas partes. Andaban harto escasas las armas de fuego y los cartuchos. Como es costumbre por estos maizales sobraban los jefes. Todos querían mandar y ninguno obedecer. De los generales presentes en el cantón ninguno parecía tener el ascendiente y las condiciones necesarias para imponer algo de disciplina en aquel hervidero de opuestas ambiciones. Fonso empuñó su lapiz para dar minuciosa cuenta al general Pepillo de las grandes deficiencias que veía en aquel cantón, uno de los más im-

portantes por su situación estratégica y por su proximidad al enemigo, y para encarecerle la necesidad de que cuanto antes enviase el gobierno para hacerse cargo del mando a un general de verdadero prestigio y con los recursos que fuera dable conseguir. En el cantón empezó seguidamente a orientarse, a tomar lenguas de lo que ocurría del otro lado de los montes. Por gente llegada de San Cristóbal supo con circunstanciados datos que Santana acampaba en la llanura de Juan Alvarez al frente de una numerosa columna de españoles y criollos con el propósito de continuar su movimiento de avance tan pronto recibiese de la Capital algunos refuerzos y el convoy de provisiones de boca y de guerra que había pedido con urgencia a la Capitanía General. Casualmente, uno de los jefes que más tono se daba en el cantón, el comandante Juancito Perez, antiguo verificador de tabaco en el almacén de Don Alfonso, al enterarle Fonso de la misión que traía y de su deseo de cum-

plir lo más satisfactoriamente posible informole seguidamente que a menos de una hora de camino de la sabana de Juan Alvarez tenía un viejo compadre, Gregorio Ruiz, el vale Goyo como le decían por aquellos contornos, quien seguramente podría ayudarle muy eficazmente en sus gestiones. Fonso vió el cielo abierto con tal noticia. Ya podría irse aproximando con más confianza al antro pavoroso. . .

Del lado acá de la sabana mencionada, sobre una colina pintoresca estaba situado el bohío, amplio y nuevo, de Goyo Ruiz, campesino nada lerdo, algo leído y propietario de muchos terrenos y de numerosas cabezas de ganado. Bastó la calurosa recomendación de su compadre muy estimado, el comandante Juancito, para que dispensara a Fonso una hospitalidad franca y cordialísima. Fonso y él, bien arrellanados en amplias sillas serranas, a la sombra de un viejo y copudo tamarindo, departían amigablemente después de apurar sendas tazas de aro-

mático café. Apenas si fijaban una mirada distraída en la llanura extensa poblada de rica gramínea que oscilaba suavemente al impulso de la brisa y que se dilataba como un mar a que parecía servir de alto dique, por la parte frontera, la masa obscura de una tupida y prolongada arboleda. . . Fonso, en aquel momento, parecía interrogar con viva curiosidad al viejo Goyo.

Sí, sí, respondió el campesino. De aquel lado, como a una hora de camino de aquí. En menos me planto en el campamento cuando voy en mi bayo. Tienen artillería y mucha gente del Seybo y de San Cristóbal, aunque de estos se han desertado muchos. Ya hay muchos blancos tumbados con calenturas. Santana dice que bastará que él se presente en el Cibao para que suceda lo mismo que cuando la revolución del 7 de Julio. . .

¿Y sabe V. si el coronel Virico García está en el campamento?

Ya se quien es. Uno alto, fuerte, con tamaños molleros. Ayer lo ví hablan-

do con el general cuando fuí al campamento a tratar unas reses. Por cierto que las pagan bien. El general no quiere que se quite nada a nadie. Guay de quien robe! . . .

Tengo empeño en enviarle un papelito al coronel Virico. Es gran amigo mío, y aunque santanista hasta la cepa, lo creo un buen dominicano. Quiero hablar con él por estos alrededores, en un lugar bien retirado. Segurísimo estoy que vendrá tan pronto lea mi papelito.

Yo mismo iré al campamento para entregárselo con el pretexto de ofrecer más reses. . .

Gracias, gracias, vale Goyo, en nombre mío y en nombre del gobierno. El coronel Virico es hombre agradecido. Yo le presté una vez un gran servicio que sé no ha caído en saco roto. El año pasado, en Santiago, durante el Carnaval, la corrimos juntos. Virico se había metido incautamente en un asunto de faldas; el querido de la mujer, hombre de pocas migas, la acechaba y la cogió en el lío.

Armose tamaño zipizape. Y sin mi oportuna intervención allí quedaba para siempre el coronel Virico. Pero no nos conviene que nos vean juntos en esta casa, porque si se me descubriese, podría causarle a usted un flaco servicio. Lo mejor sería que él viniese a caballo y nos metiésemos en aquel bosque para charlar con entera libertad. . .

El coronel Virico, oficial del estado mayor del Marques de las Carreras, pertenecía a una familia incondicionalmente santanista. El, personalmente, estaba muy ligado con el viejo general a quien siempre había servido con decisión y lealtad irreprochables; pero en sus conversaciones íntimas con Fonso, aun tratando siempre de justificar a Santana, le había dejado traslucir su inconformidad con la obra anexionista, que día por día iba apareciendo como lo que realmente era, un monstruoso error político. Con ese motivo su incondicional santanismo se había enfriado bastante. Este era el hombre que Fonso necesitaba.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

LA CITA.

En las vastas profundidades del bosque tropical, a medida que avanzaban cautelosamente al traves del ramaje entrelazado en busca de un paraje bien retirado del camino real donde pudiesen conversar a sus anchas sin el más leve temor de ser oídos, empezaba la tarde a revestirse de tonos grises, a esparcir jirones de tenue sombra sumergiendo los objetos en una semiobscuridad que se espesaba lentamente. . . Afuera, en el llano, todavía reinaba bastante claridad. En el fondo de la llanura, en la lejanía,

los picos de las primeras estribaciones de la cordillera central se recortaban con perfecta limpidez en el horizonte todavía iluminado por los resplandores de la tarde que caía. Sobre la llanura vasta y silenciosa, corría un vientecillo sutil haciendo oscilar el tostado pajonal en que, aquí y allá, como hundidos en un mar de extraño verdor pastaban sosegadamente algunos animales. . . Fonso Ortiz y el coronel Virico, uno detras del otro, continuaban abriéndose paso por entre la maleza cada vez más inextricable. Ante ellos, a sus lados lo mismo que por detrás, surgían con profusión robustos troncos de árboles en cuyas copas frondosas, por entre las ramas estremecidas, penetraban los dardos solares a manera de largas rayas de luz, y a cada paso tropezaban con las raíces desparramadas sobre el suelo como formidables tentáculos de animales pertenecientes a no sé qué misteriosa fauna desconocida. . . Suponiendo ya el lugar bastante resguardado, Fonso Ortiz se detuvo algo cansa-

do de aquella fatigosa caminata. Virico lo estaba también. El coronel era un mulato muy claro, casi blanco, de treinticinco a cuarenta años, corpulento, de fisonomía expresiva siempre iluminada por una sonrisa, verdadero tipo militar que a todo el mundo resultaba extremadamente simpático. . . Nadie hubiera podido percatarse de la presencia de ambos en aquel oculto rincón del bosque visitado sólo por algunos animales. Era ya hora de que pusiesen en movimiento la lengua. . .

¿Y bien, interrogó Fonso, qué ha sido de tí desde que nos separamos en Santiago, te acuerdas, aquella noche de Carnaval en que corrimos juntos tamaña juerga? Estabas alegre, lo que se dice muy alegre. . . Créelo, chico, con algunos tragos más eras hombre al agua. . .

Nunca he olvidado esa noche en que me salvaste el pellejo. Después de Dios, a tí te debo el estarlo contando. La culpa la tuvo aquella mascarita del baile a que fuimos en los Chachases. Coqueteó

BIBLIOTECA NACIONAL SANTO DOMINGO

conmigo cuanto le dió la gana, pero no pude conseguir nada de ella; nada, creelo, ni pizca. . . Era una gran hembra. . . Pero qué hombre aquel tan celoso, Virgen Santísima! Desde que principié a bailar con ella estaba acechándome. . . Y si tú no le desvías el brazo y lo sujetas en el momento en que me fué encima con un puñal, adios coronel Virico. . . Dos días después, sin despedirme de tí, pues me dijeron que estabas en el campo, regresé a Santo Domingo muy satisfecho de mi paseo a Santiago. . .

Se dijo poco después que te habías retirado del servicio. . .

Estaba disgustado con lo de la anexión. Me había dedicado al comercio y empezaba a prosperar lo más quitado de bulla cuando al estallar la revolución me llamó el general para que lo acompañase al Cibao. No podía negarme, pues ya sabes que cuanto valgo se lo debo al general. Pero soy dominicano, y cuando ayer en el campamento recibí el papel que me enviaste con el valo Goyo

me dió el corazón un vuelco. Inmediatamente resolví acudir a tu llamada y aquí me tienes. . .

No esperaba menos de tí. Allá todos te consideramos como un buen dominicano. Don Benigno me dijo que conocía mucho tu familia. En ella todos son santanistas, pero eso no quita que quieran la libertad de su país. En nombre de él te hablo. No pretendo que traiciones a Santana, pues ya sé que no lo harías. Lo que quiero es que me prestes tu ayuda para salir con bien de una empresa que me han confiado. Cumple con lo que crees tu deber no abandonando a Santana. No te lo censuro. La gratitud es el primer deber en todo hombre bien nacido. Pero eso no impide que puedas hacer algo por tu patria. La revolución avanza triunfante. En Santiago está ya instalado el gobierno provisional. Los españoles sólo tienen en el Cibao el fuerte de Puerto Plata. Dime con franqueza. . . ¿Viene o no Santana al Cibao?

Creo que ni aun él mismo lo sabe, amigo Fonso. . . ¡Pobre general! El creía otra cosa. El esperaba que los blancos gobernasen mejor. Si hizo la Anexión, júralo, puedes jurarlo, fué para salvarnos de los haitianos para siempre.

Y quedarse él y su gente con la batuta por los siglos de los siglos. . .

Entonces no hubiera renunciado el mando como lo hizo de su espontánea voluntad. . . Pero lo cierto es que el general está enfermo, aburrido, llevándoselo el diablo con las dificultades que para que fracase le pone día por día el Capitán General. . .

En el Bonao cuentan que los oficiales españoles le faltan a cada momento el respeto. . .

Embuste, embuste, replicó presuroso el coronel Virico. Bueno es el viejo para soportar que nadie le tosa en la cara. El sábado lo probó retebién. Había prohibido que los oficiales llevasen impermeables por «no ser prenda de vestuario». . . Llovía que era un diluvio,

Virgen de la Altagracia... El general en su rancho se mecía en una hamaca mirando hacia fuera. Estaba ese día de pésimo genio. De pronto ve un teniente que pasaba muy bien arrebujado en su impermeable. . . Rápido, de un salto, se tiró de la hamaca, y sin decir palabra, corrió tras el oficial, lo agarró por el cuello, y después de quitarle la capa lo metió a empujones en el calabozo. . .

Pero, ¿qué se propone actualmente?

No creo que piense ir al Cibao, por lo menos tan pronto como se dice. El general tiene muy buen olfato y no quiere moverse sin dejar muy bien cubierta su espalda. Hay malos síntomas. Las deserciones y las enfermedades aumentan. En la Capital se asegura que de España viene una escuadra con mucha tropa. El general tiene el alma en un hilo temiendo que el Seybo se descomponga. Empieza ya a sospechar de algunos en quienes tenía alguna confianza. Los jefes españoles dicen que con excepción de Suero, Contreras, los Puello y algunos

otros, muy pocos, todos los dominicanos que sirven a España están jugando a dos manos. . .

Y es natural. Cada uno debe estar con los suyos. Si los nuestros llegan a ponerle la mano encima a Santana lo fusilan en lo que canta un gallo. El gobierno ha dado un decreto autorizando al jefe que lo aprese a romperle inmediatamente el pescuezo. . .

¡Pobre general! Créelo, Fonso, no es tan malo como dicen sus enemigos. Nunca supuso que al quitar la bandera iban a pasar tantas barbaridades. No creyó jamás que al hacernos españoles llovería sobre su país mayores desgracias que las producidas por las guerras con los haitianos. . .

Mientras conversaban, Fonso Ortiz se había levantado tomando ambos amigos la dirección del sitio en que habían dejado las monturas. Virico le seguía dando noticias pormenorizadas respecto del número y clase de tropa acampada en Guanuma. El general decía públicamen-

te que tan pronto llegasen los refuerzos que había pedido a la Capital para reponer las bajas sufridas por las deserciones y las enfermedades y pudiera dejar bien cubierta su retaguardia, continuaría su movimiento de avance; pero Virico creía, por muchísimas razones, que tal avance no sería posible por ahora. . .

Con esa celeridad con que acostumbraba tomar sus resoluciones, decidió Fonso, acto contínuo, trasladarse en persona al campamento de Guanuma, y de ahí, siempre trajeado como un campesino, seguir viaje hasta la misma Capital y comunicar algunas instrucciones a la Junta secreta que dirigía allí el cotarro revolucionario. El coronel Virico procuró disuadirlo de tan peligroso empeño. Si por cualquier casualidad se descubría quien era cuatro tiros lo despacharían incontinente al otro mundo como espía. Y con los pésimos antecedentes que tenía...

Tengo que ir y lo haré aunque pierda la vida. Esta noche escribiré al general Salcedo informándole de todo lo que he

podido saber y mañana me presento en el campamento fingiendo ser un peón de la finca del vale Goyo que quiere colocarse en el servicio de convoyes que se mantiene con Santo Domingo. Lo único que exijo de tí es que pongas lo que puedas de tu parte para que me acepten. . . No creo eso cosa difícil. . .

El coronel Virico no opuso a ésto ninguna objeción seria. Le recomendó únicamente que no llevara sobre sí ningún papel que pudiera comprometerle. Había que proveer cualquier endiablado percance . . .

Avanzaban con trabajo por enmedio del bosque espeso. Hilos de ténue claridad, de una claridad muy vaga, que iba atenuándose rápidamente, se filtraban aun al traves del espeso ramaje. Al salir del bosque se dieron un fuerte apretón de manos. Momentos después ambos se alejaban por distinto rumbo espoleando sus respectivas cabalgaduras. Comenzaban a oírse vagos rumores. La naturaleza se aletargaba en una paz in-

finita, en un silencio solemne interrumpido solamente por el monótono estridor de los grillos y lejanos relinchos de caballos. Anochecía. . .

GUANUMA.

Dormía voluptuosamente la siesta en una hamaca el coronel Virico García cuando un ruido de voces en la puerta del rancho en que se alojaba en compañía de dos oficiales de las reservas lo despertó de una manera algo brusca. . .

Coronel, aquí hay un hombre que quiere verle ahora mismo, le dijo un fornido negro, especie de Hércules de ébano que le servía de asistente.

Que pase, que pase. . .

La figura de un campesino vestido paupérrimamente, lleno de manchas de

lodo, interceptando la luz, destacóse en el estrecho espacio de la puerta de la rudimentaria barranca. . . Un instante bastó para que el coronel Virico lo reconociese, a pesar de haberse por completo afeitado el bigote y llevar por todo calzado unas rústicas soletas. Caía en aquel momento una lluvia muy ténue. . .

Fonso! Acabas de llegar seguramente. Siéntate, siéntate, y le señalaba dos sillas serranas desvencijadas que había en el cuarto. Por dicha estamos solos. . . No te esperaba tan pronto, a pesar de lo que me dijiste ayer. . .

Como una especie de incesante zumbido de colmena, los mil rumores confusos de un campamento en plena actividad venían de afuera, a veces como ténues susurros, a veces como encrespamiento de oleaje rugiente. Cerca de dos mil hombres allí acampados ponían sobre aquel trozo de llanura como una nota de vida contínua e intensa. Empezaba a declinar la tarde, una tarde de cielo plomizo, fría, lluviosa, que esparcía no

se que tonos de lúgubre opacidad, no se que tintes de cadavérica palidez sobre el paisaje circunstante. Cosas y personas parecían como sumergidas en un ambiente gris, de suprema melancolía. . .

En la sabana de Juan Alvarez, conquistada a fuego y sangre al enemigo, hacía ya días que Santana había establecido el campamento de las tropas con que salió de Santo Domingo para aplastar la revolución estallada en el Cibao. Extensa y pintoresca, la sabana se dilataba hasta confundirse con los bosques que como espesa faja de un verde muy obscuro parecían por todas partes servirle de infranqueable límite. El río, el Guanuma, muy encajonado, corría sobre un lecho fangoso, a veces creciendo de manera rápida e imprevista hasta hacer muy difícil el paso. Diversas avanzadas, colocadas en puntos bien escogidos, mantenían a toda hora una cuidadosa vigilancia. El enemigo solía acercarse para desde el borde del bosque largar a mansalva algunos tiritos. . . En la

Bomba, bien resguardados se situaron el hospital y los almacenes. En desordenada profusión, desparramadas irregularmente, tiendas de campaña, chozas apresuradamente contruídas, chicas y grandes, ocupan una vasta porción de la amplia sabana. Cobertizos muy prolongados sirven de alojamiento a la tropa. Aquí y allá, minúsculas cañadas, charcos de agua cenagosa cubiertos de obscura lama contrastan con el verde tierno del césped que se extiende hasta perderse dn vista. En la larga y rústica casa que sirve de hospital se amontonan en catres y hamacas los numerosísimos enfermos de la tropa española. Por falta de catres o hamacas, algunos yacen tendidos en lechos de serones o de yaguas. Las fiebres palúdicas, las perniciosas, la disentería se ceban en aquellos soldados peninsulares no acostumbrados al enervante clima de estos países intertropicales. Las deserciones frecuentísimas de las milicias del país y las numerosas enfermedades han reducido considerable-

mente el número de hombres de aquella fuerte columna. . .

Hacía rato que había escampado, aunque el tiempo no presentaba trazas de serenarse. El crepúsculo, de un un gris intenso, se diluía lentamente en las primeras sombras de una triste noche de Octubre. Muy salteadas, en escaso número, principiaban a brillar ténues luces en algunas chozas. El coronel Virico y Fonso, el primero con un farolillo en la mano, tan pronto cerró la noche, a guisa de paseo, empezaron a recorrer en todos sentidos el campamento. Con las nuevas explicaciones de su compañero y con lo que había podido observar aquella tarde, creíase ya Fonso en capacidad de poder suministrar al gobierno provisional datos positivos que suponía de bastante importancia. . . Ambos avanzaban lentamente, desechando los pantanos, salvando las cortaduras del terreno, abriéndose camino al través de obstáculos en realidad insignificantes, pero que la creciente obscuridad revestía de teme-

rosos aspectos. El coronel, acostumbrado a inspecciones de vigilancia nocturna y gran conocedor del terreno, guiaba expertamente. Reinaba sepulcral silencio en algunas chozas, que semejaban como tumbas de una vasta necrópolis. En una de las chozas, la mejor alumbrada, algunos oficiales jugaban al dominó. Agrupados en torno familiarmente algunos camaradas siguen con interés las jugadas comentándolas en alta voz... Noche, noche intensamente negra. El cielo obscurísimo, lleno de nubes, descubre, a raros intervalos, el resplandor de una que otra lejana estrella. Ambos, como movidos por la misma fuerza, se detienen repentinamente. De un bohío inmediato, quejumbrosas, sollozantes, se escapan las dolientes notas de una guitarra. Un sargento de Bailén mueve con hábil mano las cuerdas. En la silente noche, en aquel augusto recogimiento de las cosas, bajo el cielo sombrío, esos sonidos impregnados de hondas nostalgias parecen como la evocación plañidera de cosas

amadas perdidas en melancólicas lejanías. . . Tal vez en esos arpegios palpita el recuerdo de la madrecita que reza por él en la iglesia de su aldea; tal vez en ellos flota la imagen de la mujer querida que lo aguarda; acaso palpita en esos sones la visión de alguna casa de Cadiz o de Sevilla donde en tiempos desvanecidos en tristes realidades apuró sendas copas de manzanilla en compañía de fácil y garrida moza tocada con vistosa mantilla. . .

Siguen, siguen. . . Ante los dos exploradores nocturnos, álzase ahora una choza más grande y mejor construída que las otras en cuya puerta hace centinela un soldado con bayoneta calada. Cerca del bohío, en un tosco banco, bostezan o dormitan sus compañeros de guardia. En el interior, un hombre corpulento, de rudo aspecto, de imperativo gesto, desde la hamaca en que está sentado dicta algo a un joven que sin levantar cabeza escribe apresuradamente. El viento hace a cada momento oscilar las luces

de las dos velas de un candelabro de metal colocado en la mesa que sirve de escritorio. . . El coronel Virico toca en un brazo a Fonso, y le dice en voz baja: el general. . . Como fascinado, Fonso se detiene clavado en el suelo por una fuerza superior. A la distancia, lejanos, óyense los ¡quién vive! de los vigilantes centinelas. Dos tiros lejanos interrumpen el silencio de la noche sin que parezcan llamar la atención del general y del secretario que llena con letra cursiva hoja tras hoja de papel. Fonso Ortiz continúa con la vista fija en el Marqués de las Carreras. . .

OCASO DE UN ASTRO.

Fonso no había vuelto a ver al general Santana desde los días ya lejanos de la revolución del 7 de Julio. Recordaba con todos sus detalles la recepción entusiasta que le había hecho Santiago al tornar de su destierro de Santhomas para poco después asumir la dirección suprema de las operaciones militares contra el gobierno de Baez. . . También se acordaba, pero ya con dejos de pronunciada amargura, de su visita a la gloriosa urbe cibaeña, meses después, cuando, desconociendo traidoramente al gobierno

que incautamente le había confiado el poder, volvía contra él sus armas vencedoras, arrollaba triunfalmente las escasas fuerzas reunidas a la carrera para salirle al encuentro y se ponía al frente de la situación política que, cuatro años más tarde, terminaría con la muerte de la República y la vuelta del país a la torpe condición de colonia española. Sin llamar la atención de la guardia, Fonso se había acercado lo bastante para poder contemplar a su sabor al férreo expresidente. . . La luz de las velas, que el viento movía cada vez que se colaba en la estancia, hundía a veces su rostro vulgar, adusto, sin expresión, en una especie de confusa penumbra, mientras en otras lo iluminaba por entero permitiendo ver sus ojos brilladores que, bajo el arco espeso de sus pestañas, delataban su intensa vida interior. Parecía muy decaído física y moralmente. Los acerbos desencantos que desde hacía algún tiempo se enseñoreaban de su espíritu de acerado temple, lentamente, como

corriente subterránea que carcome el fondo de un terreno de aparente solidez, iban desgastando aquella robusta naturaleza de campesino que una fiebre leve, juzgada por los facultativos sin importancia, pero pertinaz, que parecía no ceder a ningún agente terapéutico, minaba sin descanso, amenazando convertirse, en un momento dado de crísis fisiológica, de llamarada apenas visible en intensa hoguera en que iba a reducirse a pavesas su potente vitalidad.

Había cesado de dictar. El secretario, respetuoso, aguardaba sin dejar traslucir la más leve muestra de impaciencia. En ocasiones, con un pericón que tenía al alcance de la mano, sacudía las moscas tan pródigas en aquel terreno y que le zumbaban demasiado cerca, lo que hacía oscilar más fuertemente las llamas de las dos bugías. . . Moviendo la hamaca de casi imperceptible manera y con la mirada fija en el seto que le quedaba frontero como siguiendo el rostro de algo perdido en las lejanías de su memoria,

el viejo guerrero parecía meditar... ¿En qué pensaba?.. ¿Qué turbión de recuerdos pasaba en ese momento por su cerebro?.. ¿Había podido ahuyentar por un momento sus grandes preocupaciones actuales para hundirse en las profundidades de su pasado tormentoso?.. ¿Echaba acaso de menos, con escozor de recóndita nostalgia, los días lejanos en que, en compañía de su hermano Ramón, fomentando un hato, recorrían, ginetes en briosos corceles, la vasta extensión de sus potreros de El Prado inspeccionando las vacadas numerosas que en ellos pastaban? La semana anterior había dicho a uno de sus íntimos con reconcentrada expresión de amargura: ¡Ojalá no haber salido nunca de El Prado!.. ¿Acaso, acaso tomaban vida en su pensamiento las víctimas ilustres caídas en la muerte por su implacable saña partidarista? ¿Veía, quizás, desfilar ante su espíritu atormentado, como luctuosa procesión de sombras, los manes dolientes de María Trinidad Sánchez, de los Puello, de Du-

vergé, de Francisco del Rosario Sánchez, de tantos otros victimados por él para consolidar el tétrico edificio de su omnipotente dictadura? ¿Evocaba, quizás, a alguno de sus rivales vencidos, aventados del suelo patrio, errantes por playas extranjeras, pero que, más felices que él, no llevaban sobre su conciencia la torturante responsabilidad, el terrible remordimiento de haber clavado el puñal asesino en el corazón de la patria, desencadenando sobre ella la guerra, el incendio, el saqueo, la devastación, todo una legión de furias monstruosas escapada de no sé qué pavorosos abismos infernales?. .

De pronto levantó la cabeza como atraído por un rumor lejano. Su mirada penetrante pareció durante algunos segundos como que escudriñaba las densas sombras que arropaban las cosas, la obscuridad en que Fonso delante y el coronel Virico pocos pasos atrás permanecían como invisibles. Como flechas diestramente lanzadas, sus ojos parecían dirigidos en línea

recta al sitio en que ambos amigos habían detenido sus pasos. Fonso Ortiz no fué dueño de reprimir un estremecimiento nervioso. Un escalofrío recorrió todos sus miembros. Sintió como un choque, como un latigazo en todo su cuerpo, no obstante el absoluto convencimiento de que el general no podía verlo hundido como estaba en la inmensa negrura de la noche... Por precaución, hacía rato que el coronel había apagado el farolillo que naturalmente hubiera despertado las sospechas de la guardia viendo la inmovilidad de aquella luz frente a la habitación del general en jefe. Cada vez que pasaba una patrulla de inspección, y el servicio de ellas era frecuente, los dos amigos procuraban desviarse de la mancha luminosa proyectada por el farol que un cabo llevaba colgado de una especie de lanza. Por más que Virico lo tiraba fuertemente de la manga para apartarlo de aquel sitio, Fonso se resistía como si una corriente magnética lo hubiera allí clavado... El

centinela, aburrido de estar parado, había empezado a dar interminables paseos delante de la puerta. Cada vez que entraba en el trazo de luz que salía de la choza, tomaba su cuerpo, visto a cierta distancia, un vago aspecto fantástico. En ocasiones, al pasar, resplandecía la bayoneta con un fulgor extraño que semejaba como un minúsculo relámpago. . .

Santana permanecía mudo, como sumergido en la niebla de una idea, de un propósito a que no acertaba a dar expresión exacta. . . De pronto, como si una súbita iluminación de su cerebro hubiera ahuyentado esa niebla, empezó a exponer circunstanciadamente al secretario para que le diese forma adecuada el contenido de un importantísimo oficio que quería dirigir al general Vargas. Quejas y recriminaciones parecían ser lo más importante de aquella comunicación. Hacía tiempo que Rivero, el anterior Capitán General, y él estaban en desacuerdo sobre los planes de campaña que debían adoptarse, por más que el

primero, dúctil y sagáz, creyendo que en tan graves circunstancias era indispensable utilizar el inmenso prestigio de Santana en el país, esquivaba todo rozamiento, cuanto pudiese distanciarlos y disgustar al temible caudillo que los había puesto en aquel aprieto, y disimulaba bajo formas de exquisita cortesía las brusquedades de carácter y los contínuos actos de indisciplina de su inquieto y quisquilloso subordinado. . . Con su fácil intuición de la realidad, con la clara y perspicaz mirada de su espíritu que en muchísimas ocasiones suplía su falta de instrucción, su completa carencia de ciertos conocimientos, Santana comprendió, poco después de realizada su nefasta obra anexionista, con acerba pena, que se había por completo equivocado y que su tremendo yerro iba a tener, andando el tiempo, desastrosas consecuencias. . . Palpó prontamente, procurando engañarse en los primeros momentos, que había incompatibilidad manifiesta, imposibilidad evidente de compenetración

entre las formas de organización burocrática del coloniaje español, estrechas rutinarias, impregnadas de un acentuado espíritu coercitivo, y las modalidades de vida social del pueblo dominicano, de incoherente y primitiva organización sin duda, pero en que tenían predominante señorío ideas y procedimientos de existencia colectiva enteramente diferentes...

Pero ya era tarde. Imposible retroceder. De ningún modo podía ya, al darse cuenta de la casi segura fragilidad de su aventura anexionista, sin mengua de su honor y de los más rudimentarios deberes de moralidad individual, pretender desandar el lógrego camino recorrido. Vió, casi de golpe, toda la inmensa magnitud de su monstruosa equivocación, y sin amilanarse, como gladiador herido en la arena, soportó gallardamente, con viril firmeza, guardando su arrepentimiento en lo más íntimo de su alma, las tristes consecuencias que a su país y a él principalmente iba a acarrearlo su obra liberticida. Hay que confesar en

honra suya y como homenaje justiciero a su memoria, que en sus labios y en sus comunicaciones vibró siempre su desacuerdo con ciertos torpes procedimientos coloniales que con un infantil desconocimiento de la realidad se pretendían aclimatar en el país, y que, continuamente, en ocasiones quizás con sobra de violencia y exagerado espíritu de oposición, defendió a los suyos, a muchos de sus compatriotas menospreciados o postergados para satisfacer aspiraciones de elementos peninsulares de escaso o ningún conocimiento de la manera de ser del pueblo dominicano. Y siempre, en plena guerra sobre todo, lo que en más de una ocasión le produjo la acerba censura de oficiales españoles, procuró que los nuevos amos, respetasen lo que juzgaba principal fuente de la riqueza pública, como el ganado vacuno, el caballar, y otras cosas. . . Se incurriría en un juicio parcial, y no sereno y justiciero como debe ser el de la historia, si no se afirmase, al estudiar la personalidad del

malaventurado Marqués de las Carreras, que, no obstante la obra que, sea cual fuere el porvenir, marca y marcará su nombre con un sello de perdurable reprobación, que fué siempre dominicano hasta la médula, hasta el último instante de su ascendereada existencia. . . Eso se siente, eso se evidencia, cuando sin apasionamientos infecundos, sin mezquina parcialidad, se lee con atención su correspondencia con ministros y capitanes generales en que señala orientaciones oportunas y expresa virilmente en todos los tonos su discordancia completa con los errores y trascendentales torpezas que día por día se cometían en la dirección de los asuntos públicos. . .

Unas veces por la sugestión continua de gente interesada que lo rodeaba y se movía aguijoneada por aspiraciones bastardas y proditorias y otras por propia y natural impulsión, pues en su mente flotaba desde niño y siempre con vivos colores la visión de una España tradicional, uniforme, poderosa, fué a la Ane-

xión teniendo ante sí dos objetivos en que se encontraban todas sus aspiraciones: el deseo de continuar ejerciendo, ya sin posibles rivales, el mando supremo y el propósito de alzar insuperable y definitivo valladar a las invasiones haitianas... Pero no contó con lo imprevisto, con ciertas circunstancias de régimen administrativo que iban a impedirle moverse con la libertad de antaño en el ejercicio de las funciones gubernativas. Investido del cargo altísimo de Capitán General, de primera autoridad de la nueva colonia española, se convenció en breve que tal poder, aun siendo como era muy considerable, le mermaba su antigua e ilimitada libertad de acción, le acortaba el viejo poder discrecional que sobre hombres y sobre cosas ejercía cuando ocupaba la primera magistratura de la extinta República. De ahí su primer doloroso desencanto, de ahí sus perennes lamentaciones. Hombre de rudimentaria violencia, hecho a procedimientos expeditivos, sin trastienda jurídica de

ningún linaje, sin el más rudimentario conocimiento de las principales formas y maneras de la legislación peninsular, encontróse, a las primeras de cambio, como cohibido, como desorientado en aquel engranaje de procedimientos administrativos que le eran desconocidos, que herían sus arraigadas maneras de resolver ciertos problemas de la vida política, y que, sin disimularlo, le resultaban extremadamente antipáticos... Esa diferencia, ese desacuerdo, esa dificultad por su parte de adaptación al nuevo régimen instaurado por su culpa, hiciéronse más profundos a medida que corrían los días poniendo de relieve lo mucho que había de improcedente en las nuevas instituciones. El mismo fué la principal víctima de la obra en que empeñó sus mayores energías. Puede decirse que él mismo cavó su propia sepultura. A pesar de sus errores, a pesar de sus crueldades, hay algo en este hombre que mueve a inmensa piedad. En momentos de honda expectación salva a la

patria casi expirante en Azua y las Carreras para, algunos años después, entregarla al extranjero. . . Expresión eterna de la justicia social, la historia absuelve o condena. En su caso tiene que ser inflexible. Y ante el juicio sereno de la posteridad, sin apelación posible, el Marqués de las Carreras está irremisiblemente condenado.

Hacía ya rato que Fonso Ortiz y su compañero se habían retirado. . . Afuera continuaban oyéndose, monótonos, cansados, los repetidos gritos de alerta de los vigilantes centinelas. Santana se había levantado, y de pié en la puerta de la barraca clavaba su mirada en el cielo, ya despejado, en que parpadeaban innumerables estrellas. . . Raudos, dibujando arabescos luminosos, pasaban y repasaban los cocuyos. Un vientecillo sutil, impregnado de olores de bosque, oreaba su abrasada frente. . . Siempre de pié en la puerta hundía ahora su vista en el horizonte negro que ante él se extendía pidiéndole acaso la revelación del secreto de su destino. . .

A MONTE PLATA.

Bajo un cielo de melancólica opacidad del que caen, de rato en rato, menudas gotas de lluvia, y por un camino convertido en inmenso cenagal en que, en ciertos sitios, parece que van a hundirse hombres y cabalgaduras, marcha penosamente el convoy de heridos y enfermos que desde Guanuma se dirige a Monte Plata . . .

Gritos, blasfemias, palabrotas groseras, frases mal sonantes, escápanse a cada instante de los que cargan los heridos y enfermos de cierto cuidado en hamacas

colgadas de largos palos al entrar en los charcos o al resbalar por las trillas lodosas del interminable camino. Algunos enfermos, ya como en principios de convalescencia, van ginetes en ruines caballejos sobre aparejos muy usados exhibiendo a la claridad tétrica que se cierne sobre el paisaje rostros de acentuada lividez en que la fiebre marcó intensamente su huella . . . Pasan, tristes y displicentes, agarrándose fuertemente a las crines de sus escuálidas monturas en los pasos de mayor peligro, como si fueran doliente procesión de sombras caminando en pos de no sé que obscuro destino...

Una compañía escasa de San Marcial y poco más de cien hombres de las reservas seybanas forman la escolta del fúnebre convoy a fin de imponer respeto a las guerrillas revolucionarias que infestan esos contornos interceptando correos y haciendo cada vez más difíciles las comunicaciones con la Capital . . .

El coronel Virico García comanda con su habitual pericia la reducida columna.

Detrás de él, a pocos pasos, cubierto de lodo, oprime Fonso Ortiz, convertido en un vulgar campesino, los lomos de un flacucho rocín, habiendo obtenido de su amigo que lo llevase con él prestando servicios en el convoy hasta Monte Plata donde debía por algunos días acantonarse aquella tropa, pues pensaba que en el pueblecito encontraría más fácilmente los medios de trasladarse a la Capital para ponerse en relación con la Junta revolucionaria que actuaba en la histórica ciudad y comunicarle las noticias y las recomendaciones que debía darle de parte del gobierno provisional . . .

El coronel Virico, en realidad, experimentaba algunas inquietudes con motivo de alguna posible agresión de las partidas que pululaban por aquellos alrededores. Tenía empeñado su amor propio en que aquellos enfermos y heridos llegasen sin novedad a su destino. El general Santana le había encargado con gran insistencia que tratase de rehuir todo encuentro procurando solamen-

te rendir con celeridad la jornada. Pero en la guerra, en la guerra de manigua sobre todo, siempre hay que estar prevenido para cualquier evento. Nunca se sabe con certeza por donde habrá de venir el golpe. El veterano jefe, que conocía a fondo la manera de guerrear de sus compatriotas, no se descuidaba examinando a cada paso con ojo receloso los puntos en que la accidentada configuración del terreno podía prestarse a una emboscada.

Un incidente en apariencia insignificante, pero para él de cierta importancia, hace que su inquietud vaya en aumento. Un campesino que divisaron desde lejos había puesto pies en polvorosa metiéndose en el monte al divisar la cabeza de la columna. Sin duda era una espía que corría a dar el soplo para que el enemigo pudiera apostarse en alguna aspereza desde donde pudiera hacer mucho daño recibiendo el menos posible . . . Quizás podría ser algún hombre medroso que había huido asustado al ver aquel tropel

de gente armada. Sea lo que fuere, el coronel Virico dispuso su tropa lo más convenientemente posible . . . De momento no había nada que temer. El convoy cruzaba ahora por una especie de llanura donde la tropa podía maniobrar fácilmente haciéndose respetar de manera muy dura, y el coronel estaba seguro que en tales sitios no se atreverían a molestarlo . . . El peligro, si lo había, sería seguramente al salir del llano, en lugares en que el camino se estrechaba bordeado por una espesa manigua hasta descender siguiendo la linea abrupta de una ladera que terminaba en un riachuelo de apacible y rumorosa corriente . . . Entraban ya en el trecho del camino considerado como peligroso, sin que la más leve agresión pareciese justificar las exquisitas precauciones tomadas por el jefe de aquella tropa.

La mañana continuaba neblinosa y fría. De casi imperceptible manera señalaba el sol su presencia detrás de la barrera de plomizas nubes que en vano

pretendía romper con sus rayos. Una niebla sutilísima envolvía todas las cosas esfumando contornos y dando al paisaje aspectos y tonos extraños como si perteneciese a un país desconocido, a un mundo desolado y yerto. Aquella tristeza esparcida en el espacio parecía infiltrarse lentamente en el alma de aquella gente cansada, mohina, desfigurada por el lodo que la cubría, y eso a pesar de las bromas, las burlas, las chanzonetas con que habían amenizado la primera parte de la ruda jornada. Contrastaban con las groserías e indecencias que todavía se dejaban oir, los ayes y lamentos que salían de las hamacas demostrando la inconformidad o los sufrimientos de los que iban en ellas . . . Las hamacas estaban materialmente cubiertas de lodo. Hombres y cabalgaduras chapoteaban en aquel lodo blando y pegajoso . . .

Vivo, vivo, muchachos, grita el coronel Virico corriendo de un lado a otro y alzándose sobre los estribos. Ya vamos a pasar lo más malo. Pronto descansa-

remos en el pueblo. Echen otro traguito, y adelante . . .

Por un rato, confortados por aquellas voces y por el aguardiente, todos parecen multiplicar sus esfuerzos . . . Escúchase ya, claro, distinto, el rumor del cercano riachuelo que a poca distancia, en el fondo de la bajada serpentea acariciando los arbustos de sus orillas . . .

Chis, chis, chis . . .

Resuenan gritos de mando seguidos de un silencio interrumpido sólo por tiros lejanos. Las filas apresuran la marcha. La columna no contesta los disparos que parten de lo más inextricable del monte. ¿Para qué? Tiempo y cartuchos perdidos. ¿Adónde dirigir la puntería si por ninguna parte se ve al invisible enemigo cubierto como por formidable coraza por la impenetrable maleza que cierra el horizonte por la delantera y los flancos . . .

Firme, firme, grita el coronel Virico. No hay cuidado. Tienen miedo. Tiran de muy lejos . . .

Chis, chis, chis . . .

Conductores y soldados apresuran el paso para salir pronto de aquel sitio peligroso. Intermitente, sigue escuchándose el peculiar silbido de las balas. De cuando en vez, los proyectiles rompen ramas de árboles que, al caer, haciendo un ruido especial, esparcen sobre el suelo la verde carga de sus hojas . . .

Fonso Ortiz marcha sin el más leve temor, alentando a un enfermo que pregunta angustiado a sus conductores cuándo saldrán de aquel peligroso paraje . . . Por su mente acaba de cruzar un fúnebre pensamiento. ¡Qué triste, piensa, sería que una bala de esas me tocase, morir a manos de los míos en el instante en que estoy en cuerpo y alma consagrado a la causa que defienden los que tiran desde la manigua!

Súbito resuena un grito. Una bala toca en el brazo a uno de los conductores. La sangre brota copiosa convirtiendo la manga de la camisa en un largo jirón de púrpura. Rápidamente se le envuelve la herida en un paño, y uno

de los de a caballo, a una indicación del coronel Virico, lo sube y lo sienta por delante . . .

Vivo, vivo, muchachos. Ya estamos pasando. Ahoritica llegamos a la sabana.

Chis, chis, chis . . .

Las balas tocan dos hombres más . . . Ya se está cruzando el arroyo. Ya se va a entrar en el llano donde cesará todo peligro. En la extrema retaguardia, en mitad de la bajada un proyectil penetra en el vientre de un caballo. El pobre animal se desploma, empieza a rodar por la pendiente hasta tropezar con una piedra que lo detiene en el descenso, a pocos pasos del arroyo . . . El infeliz solípedo se revuelve, con los ojos muy abiertos, en convulsiones de agonía. Sus miembros se estremecen dolorosamente. Del orificio abierto por el plomo, mana, mana la sangre . . . Primero es un hilo, después un chorro cada vez más espeso, que se desliza tiñendo de rojo las piedrezuelas, la tierra, el césped, hasta caer en

el riachuelo que empieza a cambiar de color sin interrumpir por eso la apacible canción de su eterno murmullo . . .

POR ENTRE SOMBRAS.

Por la calleja principal del destartalado villorrio soldados y conductores van y vienen mercando en ventorrillos y tenduchos cosas de comer y de beber, de lo último principalmente . . . Después de tan fatigosa jornada, de tan ruda caminata, por entre cenagales, aguantando frecuentes chaparrones, nada de más singular eficacia para reponer el cuerpo y entrar en calor que unos buenos tragos del excelente rom que se expendía en la pulpería de siñó Bartolo Díaz, la más concurrida del poblado . . . El tiempo,

tan inclemente y monótono desde hacía varias semanas, parecía como que iba a cambiar . . . Hoy no lloverá, seguro, segurito, dice un asistente de pálida tez que va de bohío en bohío inquiriendo si hay de venta gallinas o pollos para su capitán a quien hace daño la carne de vaca . . . El firmamento empieza a despejarse, y el sol a lucir a ratos devolviendo el buen humor a aquella gente maleante, que durante largas horas ha estado chapoteando en el lodo, mojándose hasta los huesos y de cuando en cuando soportando los tiritos de los facciosos como en sus rimbombantes proclamas llama el Capitán General a los que luchan tenaz y heroicamente por recobrar la perdida independencia. En dos espaciosos bohíos, los dos más grandes del pueblecito, convertidos en hospitales, han sido colocados de la mejor manera los heridos y enfermos que acaban de llegar de Guanuma. También abunda esta fruta en Monte Plata . . . Vaya si abunda! Con mucha dificultad se han podido conse-

guir los dos bohíos en que están los recien venidos. Pero en fin, como dice filosóficamente el general Contreras, jefe superior de las fuerzas allí acampadas, se hace lo que se puede . . . y que Dios todopoderoso ayude . . . El propósito es trasladar todos los enfermos a Santo Domingo, pero sabe Dios cuantos días tardará en llegar la orden y los medios necesarios para cumplirla . . . Cuántos enfermos! Compañías hay que solo tienen en pie, prestando servicio, el quinto de su efectivo. Los otros, los que no acuden a la llamada cotidiana, los míseros, yacen tumbados en catres desvencijados y sucios, en lechos rudimentarios de tablas de palma, sudorosos unos, tiritando de frio otros, algunos pronunciando frases incoherentes, sin hilación, sin sentido, presas de intenso delirio, mientras dos médicos militares secundados por algunas buenas mujeres se multiplican para atender a tantos infelices, para llevarles los consuelos de la ciencia, de una ciencia que en muchos casos resulta desgraciadamente impotente . . .

El veterano general Contreras conferencia desde hace rato con el coronel Virico. Por un oficio del general Santana en que le encarece la urgencia y por las explicaciones verbales del coronel, comprende la imperiosa necesidad de remitir inmediatamente a la Capitanía General los pliegos que tantísimo le recomienda el *viejo*, como familiarmente llama a su amigo el expresidente. Pero Contreras, sagaz, malicioso, piensa, y lo mismo dos o tres jefes de confianza allí presentes, que sería insigne imprudencia sacar un destacamento con ese objeto, pues justamente la tarde anterior por un conducto que no le dejaba la menor duda pudo enterarse de que de los lados de Yamasá habían salido dos guerrillas revolucionarias de cierta importancia, mandadas por jefes muy prácticos del terreno, para operar por los alrededores de Monte Plata con el principalísimo propósito de aislar por completo el pueblo impidiendo sus comunicaciones con Guanuma y la Capitanía General. Y más se lo hacía creer

la hostilidad de que había sido objeto la columna que acababa de llegar. No se habían atrevido con ella a mayores, porque sin duda les había impuesto su número . . . Quizás lo más opotuno, aunque no dejaba también de ser peligroso, sería poner esos pliegos de tan grande importancia para el general Santana en manos de un expreso de entera confianza, quien, por el camino más largo pero más seguro, rompiendo montes si era preciso, caminando de noche, aun haciendo el viaje más dilatado, pudiera con relativa seguridad esquivar todo peligroso encuentro y entregar los consabidos oficios en las propias manos de la primera autoridad de la colonia . . .

Fonso Ortiz que, de pie en la puerta del patio, sin abrir la boca, como si todo aquello no le importara un bledo, no había perdido ni jota de la conversación, se adelantó osadamente ofreciendo encargarse de tan arriesgada comisión . . . Si, él se comprometía a ir y a salir con felicidad del empeño siempre que le proporcionasen un buen práctico . . .

Todos los circunstantes se sorprendieron al oir la proposición de aquel *vale* a quien nadie conocía en el lugar. El general Contreras miró con insistencia a Fonso durante algunos segundos, como queriendo penetrar hasta el fondo de aquel hombre que había visto hacía pocas horas al lado del coronel Virico de quien suponía era plantón o cosa parecida. . . Después se fijó en el coronel como interrogándolo . . .

Este había tenido tiempo de reponerse de la sorpresa que le había causado la inesperada proposición de Fonso. Vaciló un momento, pero no quiso dejar que quedara mal . . .

Se lo recomiendo general. Ahí donde lo ve, es hombre de sacar a cualquiera de un apuro. No se le mete nunca el hombrecito en el cuerpo y no se desalienta por nada . . .

Pues, amigo, prepárese para esta noche. Se le pagará bien. Tengo a la mano lo que se necesita. El viejo Pancho Ruiz conoce todos estos caminos como su

propia mano; pero es bruto, muy bruto. Tenga cuidado que no se ajume, pues lo echaría todo a perder. Desde muchacho da viajes a la Capital y está de buena fe con nosotros. . .

El coronel Virico, allá en lo íntimo de su conciencia, sentía cierto escozor que lo traía desazonado, como inconforme consigo mismo. Tenía interés en que los pliegos llegasen a su destino. Su honor militar y su adhesión personal al general Santana estaban empeñados en ello. Era dominicano, simpatizaba con la causa revolucionaria; pero mientras viviese Santana, su protector, el viejo y consecuente amigo de su familia, no lo abandonaría. . . Se había trazado esa línea de conducta en que creía poder conciliar sus deberes de dominicano con sus sentimientos de hombre agradecido, y de ella no pensaba apartarse ni un ápice. Dejaba hacer a Fonso y aun lo ayudaba indirectamente, pero no quería que por su causa una nueva decepción personal amargase el ánimo del general Santana. . .

Interrogado por él, Fonso Ortiz se apresuró a desvanecer sus vacilaciones con palabras francas y precisas:

No tengas cuidado. Entregaré los pliegos intactos. Sé lo que poco más o menos puedan contener esas comunicaciones. Ya estoy en el hilo de las cosas. . . La constante letanía de quejas y la eterna petición de refuerzos. Lo que me interesa es llegar a la Capital y que allí a nadie pueda inspirar sospechas mi humilde persona. Quiero penetrar en el mismo palacio de la Capitanía General y puedo hacerlo fácilmente siendo el portador de los pliegos. Regresaré en uno de los próximos convoyes. . . Sé que estoy jugando la cabeza. Si llegan a ver los papeles que llevo en el forro de la chaqueta, seguro, suguro que cuatro tiros como estas que son cruces me largan al otro barrio. Ni el Santo Cristo de Bayaguana me escapa. . .

Tiempo después, terminada la campaña, procuraba Fonso Ortiz, sin conseguirlo del todo, revivir íntegramente los

recuerdos de aquella noche obscurísima, glacial, lluviosa, en que, en compañía del viejo Pancho Ruiz, hombre de color obscuro, de aspecto fornido, cruzó llanuras, vadeó ríos, atravesó montes espesos, expuesto más de una vez a ahogarse o romperse la crisma en algún invisible tocón del camino. . . En su imaginación flotaba, sin contornos precisos, como las formas sucesivas de un sueño, la visión de aquel viaje ya cabalgando desesperadamente, ya teniendo que apearse y llevar del diestro su montura para atravesar alguna lóbrega ceja de monte hirsuto alumbrado por un hacho de cuaba que llevaba el práctico. Y eso duró toda la noche. Se caía materialmente de sueño. . . En algunos puntos, en pleno camino real, los árboles alineados en los bordes del camino le producían la sensación de una carrera fantástica por entre filos de negros y amenazadores gigantes. . . Solo volvía en sí, tornaba a la realidad, cuando, alzando los ojos, veía en el espacio infinito, pálidas flores de

luz, las estrellas derramando su ténue claridad sobre la campiña negra y dormida. . .

EN SANTO DOMINGO DE GUZMAN.

Cuando Fonso Ortiz y el viejo Pancho, al galope de sus cansados rocines, pasaban bajo el arco de la histórica puerta del Conde, era ya muy entrada la mañana, una mañana de principios de Noviembre, luminosa, fresca, que ponía en las cosas algo de serena y expansiva alegría. Ambos apuraban sus jamelgos a fin de llegar pronto a un hospedaje cualquiera donde poder tenderse a la bartola para dormir... ¡Dormir!.. En esta sola palabra se compendiaban en aquel momento los más vehementes deseos de ambos viajeros... Había ya alguna gente tran-

sitando camino del Mercado... Fonso y su compañero siguieron la calle del Conde en toda su longitud hasta caer en la de las Damas por donde continuaron hasta el palacio de la Capitanía General, vasto edificio situado al comienzo del declive que termina en el río, el histórico Ozama que, ancho y turbio, corre majestuoso lamiendo los abruptos peñascos y los manglares de esa parte de sus pintorescas riberas. . . Desde los balcones del viejo palacio se domina completamente toda la margen oriental del río, la mancha blancuzca del caserío de Pajarito, nota atractiva que se destaca en la espesa cortina de verdor que forma el fondo del riente pasaje, y más lejos, la ancha cenefa de seda azul del mar Caribe rumoroso e inmenso. . . El general Vargas, nuevo Capitán General, algo indispuesto, estaba aún acostado, y Fonso, prometiendo volver al día siguiente para recibir órdenes, entregó los despachos al oficial superior que estaba de servicio esa mañana en la Secretaría. . . Cumplida su misión, y

guiado siempre por el viejo Pancho, orientóse hacia Santa Bárbara en busca de una casa de hospedaje para cuya dueña traía recomendaciones muy especiales del coronel Virico.

Cuando se despertó eran cerca de las cuatro de la tarde... Por la ventana, entreabierta, se colaba un rayo de sol que arrancaba chispas de un Crucifijo de metal que pendía de la pared frontera y que avivaba el amortiguado brillo del marco dorado de un espejo cercano al lecho... En una jaula rústica arpejiaba un canario de un color amarillo pajizo. Un olor penetrante de jazmines y de azucenas venía del patio, en uno de cuyos ángulos, Regina, la hija de la patrona, una feucha y desgarbada muchacha de diecisiete abriles cultivaba dos pequeños arriates consagrando a sus flores todo el cariño que hasta entónces no le había demandado ningún almibarado mozalbete... Regina era despierta de imaginación, de cierto roce social, y reconoció presto en el modo de hablar y los moda-

les de Fonso, que ciertamente no se las había con ningún vale, que aquel hombre no era un *campuno*, a pesar de lo rústico y paupérrimo de su vestido. Bajo aquella tosquísima indumentaria, bajo aquella camisa y aquel pantalón de listado, bajo aquel sombrero de yarey, Regina, que no tenía ni un pelo de tonta, comprendió, sin tener necesidad de aguzar mucho el caletre, que aquel hombre sólo tenía de campesino la ropa que llevaba. Además, a ser un pobre diablo del campo no se los hubiera recomendado tanto el coronel Virico, padrino de la muchacha. Este, así como así, no iba a espetarles como huésped de alguna consideración a un infeliz recuero. Demasiado sabía él que en la casa sólo se alojaba gente de alguna distinción. Doña Tomasa, la dueña de la casa, era una vieja muy gruesa, algo sorda, de escaso meollo que, desde la muerte de su marido, solo pensaba en cosas de devoción y solo veía por los ojos de Regina. Esta era, puede decirse, el alma, la suprema dirección de la posada.

Hacía y deshacía sin que la madre dijese oxte ni moxte. Tenía carta blanca para todo. Su único hermano Victor, robusto mocetón, algo ligero de cascos, se había ido, hacía quince o veinte días, junto con dos o tres amigotes de su laya, al campo revolucionario. En la casa no se había vuelto a saber de él. Ella creía, pero no era más que una suposición, que andaba por San Cristóbal. La posada era muy frecuentada por gente que procedía del Este, comerciantes en su mayor parte, y en la actualidad tenían en ella hospedaje fijo dos empleados españoles de alguna edad que sólo venían a las horas de comer y de dormir . . . En lo que se reza un credo, habíase enterado Fonso de todos estos pormenores. Había caído en buen terreno. Estaba, pues, en una casa de confianza. Tímidamente, como quien recela algo, pues Fonso venía del campamento de Guanuma y recomendado por un jefe santanista hasta la médula, empezó la muchacha a pedirle noticias del Cibao. Regina experimentó gran re-

gocijo cuando Fonso, ya sin temer nada, le contó cuanto había ocurrido hasta la ocupación de Santiago, algo de lo cual se sabía ya en la casa y eso sólo fragmentariamente y temiendo que tales sensacionales noticias fueran especies falsas echadas a volar por los impenitentes propagandistas que pululaban en calles y plazas . . .

Caía la tarde cuando Fonso, después de vestirse con la muda que traía de repuesto, echose a vagar por las calles silenciosas de la tranquila urbe capitaleña. En el confín occíduo, ponía el sol, en derroche de encendidos celajes, fajas de vivo color, dibujos caprichosos de nácar y de oro, extraños y luminosos trazos de una fantástica arquitectura . . . Era una magnífica puesta de sol, la regia agonía de una melancólica tarde autumnal . . . Fonso caminaba al azar, deteniéndose aquí o más allá para contemplar alguna ruina histórica o algún edificio de sugerente aspecto. Las postreras llamaradas del poniente iban amortiguando su bri-

llo hasta diluirse en tonalidades de un gris muy uniforme. Fonso caminaba muy lentamente, haciendo altos muy prolongados en cada esquina sin pensar que la noche se le venía encima . . . Andando, andando, vió de pronto erguirse ante él, visión imponente de edades extintas, la sólida mole de un templo vetusto. En sus macisas paredes, que en aquella hora parecían más altas y obscuras, el tiempo había impreso su pátina de siglos. El viejo templo de las Mercedes alzaba en la sombra su torre cuadrangular, empinada y sólida, como gigantesca atalaya destinada a velar por la seguridad de la urbe famosa que empezaba ya a sumergirse en la negrura de la noche. Abierta estaba una puerta y por ella se coló Fonso de rondón. Los contornos de las cosas parecían esfumarse en una especie de misteriosa penumbra. Sólo en el fondo, ante el altar mayor, una lámpara colgante de metal esparcía muy tenues reflejos. Dos o tres mujeres embozadas en negros mantos mascullaban fervorosa-

mente sus oraciones. Al salir, al pisar de nuevo la calle solitaria, ya era enteramente de noche . . .

En la esquina inmediata torció hacia abajo hasta encontrarse en la calle del Conde, iluminada por algunos faroles muy distanciados uno de otro, y por las anchas fajas luminosas que salían de las casas y de las tiendas a esa hora bastante concurridas. Uno que otro coche pasaba raudo dejando en la retina la fugitiva impresión de la luminosidad de sus dos faroles delanteros. La calle parecía muy animada. La gente rebosaba en cafetinos y barberías. Cierta curiosidad pueril, provinciana, le hacía detenerse con frecuencia ante algunas tiendas muy vistosas y bien iluminadas. Recordaba perfectamente esa calle por haberla recorrido en toda su extensión esa misma mañana, pero ahora la visión de ella era harto distinta . . . Siguió, siguió, parándose un rato en la acera del Vivac. Por la calle de Plateros transitaban bastantes personas. Después siguió hasta el mis-

mo centro de la plaza de la Catedral deteniéndose para contemplar la palma de la libertad, recuerdo de la época haitiana, y que meses después sería derribada por manos ignoradas. El viento movía suavemente el abanico de verdes ramas de la enhiesta palma . . . Fonso continuó hacia la mole extensa de la Catedral, y, fatigado, de su larga correría, se sentó en un pretil del histórico edificio desde donde dominaba completamente el perímetro de la plaza . . .

A la tenue claridad que fluía del firmamento estrellado algo aumentada por el mortecino fulgor de los ocho o diez faroles que había en la plaza, los edificios que la encuadran aparecían como revestidos de cierta majestad melancólica y solemne, evocadora de viejas y pavorosas leyendas . . . Soñador a ratos, en el fondo del carácter de Fonso Ortiz dormitaba cierto romanticismo que le hacía amar muchas cosas del pasado y que sólo despertaba con cierto ímpetu en determinados minutos psicológicos. Conocía

la historia de su país, aunque de cierto modo deficiente, a retazos como quien dice, sin la intensa visión de conjunto que es el alma de todo genuino conocimiento histórico. Sabía con relativa perfección los principales sucesos ocurridos en el país, los hechos resonantes que forman la deslumbrante actuación histórica de este calumniado pedazo de la tierra antillana. En ese momento se sentía Fonso inclinado al ensueño, como si de ese mundo del pasado hundido en el tiempo se escaparan efluvios que iban directamente a remover la levadura romántica que se ocultaba en su espíritu . . . Sin árboles, sin bancos, desnuda de adorno, imperfectamente nivelada, se extendía ante él la plaza, casi solitaria, silenciosa, plena de misterioso encanto. A su frente, la línea irregular de las casas del lado de la calle del Conde bastante iluminadas y en medio de esa línea un edificio muy alumbrado, repleto de gente, en su mayoría de oficiales españoles, el café o restaurante más frecuentado

de Santo Domingo . . . A su derecha, el palacio de Justicia desde cuyo balcón principal, dos años antes, proclamó Pedro Santana la anexión a España, y seguido la Cárcel vieja; a su izquierda el Vivac, en cuya planta baja se oía, intermitente, el cuchicheo de los agentes de un puesto de Policía . . . A su espalda, las almenas y las construcciones irregulares de la parte exterior de la magnífica Catedral, en cuyas naves, en cuyas capillas, prelados, guerreros, próceres, forman con la alfombra de sus huesos el soberbio pedestal de una grandiosa leyenda de infortunios y heroismos . . . Ahí, en esa plaza, en ese obscuro rectángulo, en esos contados metros de terreno, pensaba Fonso, han pasado tántas, tántas cosas de imperecedero renombre! . . . Era la primera vez que Fonso visitaba a Santo Domingo, la ciudad más antigua y más histórica de América . . . Y sentía ya muy adentro, la sugestión, la intensa poesía que para ciertas almas de selección emana de aquella urbe medioeval, de

aquellas calles, de aquellos edificios en que floreció la leyenda, de aquellas ruinas festoneadas por plantas trepadoras, de aquellas vetustas murallas, de aquel recinto, austero y solemne, en que ha vivido siempre intensamente la epopeya y que parece a veces muy estrecho para contener en tan reducido espacio tanta desgracia y tan deslumbrante grandeza!

Uno tras otro, agolpábanse los recuerdos en la mente de Fonso. Con la imaginación sobreexcitada seguía el hilo, ya radiante, ya obscuro, de los sucesos . . . En su ría pintoresca abrigó sus bajeles el nauta insigne que ha marcado una época en la historia del mundo, y al frente, en la destruida ciudad de la margen oriental, saboreó el gran marino las voluptuosidades del poder supremo y de la gloria para casi sin transición caer en el abismo del más negro e inmerecido infortunio . . . Aquí, viril y elocuente, en uno de sus templos, resonó la voz acusadora de aquel varón magnánimo, de aquel fraile domínico, Antonio Montesi-

no, en defensa de los pobres indios víctimas de torturantes sufrimientos... Por aquí pasó, dejando radiante estela, aquel sublime apóstol, aquel espíritu evangélico que se llamó Bartolomé de las Casas, ungido por lo alto para enfrentarse a los errores y concupiscencias de una época de sangre y exterminio, y cuyo nombre persiste en la memoria humana como símbolo luminoso y austero de vibrante protesta, como conciencia que se yergue, serena y resuelta, en medio de un ambiente enrarecido en que sólo florecen con lozanía las plantas envenenadas de la expoliación, de la rapiña, del lucro bastardo, para probar con la insuperable elocuencia de los hechos que la virtud, el desinterés, la abnegación, la honda piedad, no son meras palabras! . . . De aquí, de esta ancha roca que soporta la urbe famosa y que el oleaje desgasta con su beso salobre, nido de aguilas, salieron, en días de resonancia épica, para conmover el mundo con el ruído de sus proezas, Velasquez, Ojeda, Cortes, Pizarro,

Ponce de León, Soto, Vasco Nuñez de Balboa, los fieros halcones que dilataron su vuelo potente en una atmósfera de guerra y de gloria, llevando como oriflama triunfal el nombre de España por el hirviente raudal del Missisipí, por las Antillas vecinas, por los campos de la altiva Tenotitlan, por el mar del Sur, por las altiplanicies andinas, por la impetuosa corriente del estupendo Amazonas!... Cuántas, cuántas cosas, en secular desfile, han pasado por este altivo jirón de la tierra dominicana! Más de una vez el huracán desató sus furias para desolarla e impedir su creciente adelanto, y más de una vez los estremecimientos del suelo derribaron con pavoroso estruendo sus edificios sembrando de ruinas su histórico recinto . . . Durante cerca de dos siglos vivió en la perenne angustia de las agresiones filibusteras que, como tempestades de sangre y de rapiña, asolaban las ciudades costeñas de las colonias hispanas . . . Drake, el genial pirata, posó aquí su planta invasora, incendiando,

saqueando, terminando por llevarse, como lo más sustancioso de su rico botín, los miles de ducados que como rescate de sus casas le entregaron los atemorizados vecinos . . . En sus inmediaciones, el formidable ejército enviado por la potente Albion para someter la Hispaniola fué obligado a reembarcarse vencido en toda la línea por el arrojo y decisión de las milicias criollas . . .

Pero ya despunta la centuria en que su desenvolvimiento histórico va a asumir proporciones de magnífica epopeya. Toussaint L'Ouverture, «el primero de los negros», profanó con aires de conquistador el ámbito de la urbe arcaica... Contra sus muros se estrellaron, imperando la dominación francesa, los formidables empujes de las hordas feroces del terrible Dessalines. El dominicano Don Juan Barón, en una salida contra esas hordas, cayó exánime en el campo de batalla después de lidiar con la gallarda arrogancia y el indomable coraje de los viejos paladines . . . Bajo la égida glo-

riosa de las vencedoras águilas napoleónicas, los soldados franceses sostuvieron en ella un sitio de ocho meses contra los reconquistadores que, victoriosos en Palo Hincado, venían a paso de triunfadores desde las llanuras orientales para enhestar nuevamente en la cima del Homenaje el pabellón amado de Castilla .... Transcurrieron algunos años de infecunda dominación española hasta que al fin aquel espíritu culto y noble, de mentalidad superior a su época, que fué Don José Nuñez de Cáceres, arrió esa bandera colocando en su lugar la de la gran Colombia, que, en esos mismos días, el héroe caraqueño paseaba triunfante desde la vieja Angostura hasta los Andes peruanos. Nuñez de Cáceres fué el primero que hizo resonar la mágica palabra independencia en el ambiente de nuestras ciudades de vida tradicional, de apacible y triste monotonía. No vió la traición, la infame traición, que acechaba a su lado; no se percató de los trabajos proditorios de algunos de sus compatrio-

tas lamentablemente extraviados. No pudo, como esperaba, contar con la salvadora cooperación del Libertador eximio. Su obra, noble y trascendente, duró lo que un sueño. Se desvaneció rápidamente en horizontes sombríos . . . Sobre nuestras fortalezas flameó durante veintidos años, ¡veintidos siglos! la odiada enseña de los invasores occidentales... Aquí, seguía pensando Fouso, nació el dominicano más ilustre, el excelso Juan Pablo Duarte, quien aunando voluntades y dando a esfuerzos y gestiones dispersas efectiva convergencia, echó las sólidas bases de la ingente obra que ciñe con un nimbo de inmortal renombre su personalidad egregia. El 27 de Febrero surgió la República por la decisión de sus dos grandes compañeros, capitaleños como él, Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Mella, y como él ungidos por la gloria y por la desdicha. Y vinieron las luchas épicas, doce años de heroismos y de abnegaciones, para consolidar la flamante nacionalidad. Y con su cortejo

do sombras vinieron también los días nefastos de desoladoras luchas civiles. Y vino por fin el día más fatídico de todos: aquel 18 de Marzo de 1861 en que Pedro Santana, en una mañana de eterno duelo para todo dominicano digno de este nombre, asesinó de un solo tajo de su machete dictatorial la república de Febrero para alzar sobre el cadáver de la patria el frágil edificio de una colonia española . . .

Nueve campanadas que resonaron estruendosamente en el silencio augusto de la noche sacaron a Fonso de su ensueño. Levantóse con cierta prontitud pensando que era ya hora de ir a recogerse a la posada. Hasta él llegaban ecos de carcajadas, rasgueos de guitarras, palabras amortiguadas por la distancia, que salían del Café frontero donde reinaba todavía mucha animación . . . Cruzaban todavía algunas personas, especie de sombras que se deslizaban haciendo resonar sordamente el pavimento de las calzadas con sus pasos precipitados. Los grillos con-

tinuaban sin descanso su monótona y estridente serenata. En el Vivac, donde hasta hacía poco resonaba el murmullo de las conversaciones del cuerpo de guardia, imperaba ahora sepulcral silencio. Fonso se puso en marcha tomando la calle del Comercio en dirección a Santa Bárbara. Algunos vecinos cerraban las puertas de sus casas produciendo cierto momentáneo estrépito. Por las calles silenciosas y obscuras que evocaban viejas leyendas, cosas fantásticas, apenas se veía ya uno que otro transeunte rezagado. Parecía haberse extinguido toda vida. Silencio, soledad. Apresuró el paso sintiendo como un vago temor de encontrarse solo, sumergido en las sombras nocturnas, por las calles de una ciudad que hasta ayer le era desconocida por completo. Solamente arriba, en la comba sidérea, reconocía sus amigas de la noche anterior, las estrellas, que, como desde el principio del mundo, continuaban esparciendo el milagro de su luz suave y melancólica sobre las almas y las cosas.

ENTRE ENEMIGOS.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

Por los intersticios de la ventana se filtraba tenuemente la claridad del día de manera que empezaban a hacerse visibles las formas de los objetos que había en el cuarto, cuando Fonso Ortiz despertó restregándose los ojos soñolientos y desperezándose en la mullida cama en que como un lirón había dormido toda la noche . . . Afuera, en la calle, resonaban gritos de vendedores ambulantes, oíanse ruidos de vehículos que pasaban, todos los variados y confusos rumores de una ciudad que despierta para entregarse al movimiento de su existencia coti-

diana . . . En su imaginación flotaban todavía a modo de imágenes de indecisos contornos todas las sucesivas visiones de su ensueño romántico de la noche pasada. En ese ensueño había vivido, en íntima comunión con el pasado, minutos de intenso relieve que aun persistían en su memoria . . . Tenía que ir a palacio, a la Capitanía General, pero le era forzoso esperar hasta las ocho y media o las nueve, hora en que, salvo casos extraordinarios, se abría el despacho de la Secretaría del gobierno colonial. Desayunose frugalmente como acostumbraba y dió comienzo a su paseo matinal bajando al río por la Atarazana. Siguió por la orilla un buen trecho deteniéndose antes de volver atras un largo rato ante la ceiba histórica, todavía vigorosa y pintoresca en su lozana vejez y en la que según se cuenta se amarraron las primeras carabelas que surcaron la ría del Ozama. Frontero a él, en la margen opuesta, empezaba a dorar el sol la cortina verde obscura de la arboleda que cubría casi

todo el terreno que abarcaba la vista. Por el río rumoroso, ancho y sucio, evocando cosas de edades pretéritas, se deslizaban numerosas y rústicas canoas atestadas de frutos menores y de petacas de carbón que desembarcaban en un mercado rudimentario, colocando los primeros en filas de irregular aspecto y las segundas en largas hileras superpuestas que a veces parecían sostenerse por un verdadero milagro de equilibrio. Con el propósito de revenderlos a buen precio, muchos compradores se disputaban tales objetos . . . . . Amarradas al muelle, dos o tres goletas de fina arboladura, echaban a tierra su carga de provisiones y mercancías que eran seguidamente llevadas a la Aduana situada a pocos pasos de allí . . .

El sol empezaba a picar de lo lindo en el momento en que Fonso subía la cuesta encaminando sus pasos a la Capitanía General. Se notaba ya bastante movimiento en palacio aun cuando no eran todavía las nueve. Al principio un por-

tero colocado al pié de la escalera puso obstáculos a la entrada de Fonso que quería subir a los departamentos de la Secretaría; pero tales negativas se desvanecieron cuando le dijo que era el hombre que el día anterior había traido unos pliegos urgentes del general Santana. En el despacho sólo se veian dos o tres empleados ocupados en ordenar los numerosos papeles esparcidos en las anchas mesas que servían de escritorios. Uno de ellos, secamente, con gesto autoritario, sin invitarlo a sentarse como si aquel palurdo no mereciese la más leve atención, le dijo al enterarle Fonso de quien era, que volviera dentro de una hora o que esperase allí hasta que el general se levantase. Prefirió quedarse. En aquel salón, lleno de mesas y sillas, sólo atrajo por unos minutos su atención un gran cuadro de marcos dorados colocado en el testero en que aparecía sonriente y bonachona la vulgar fisonomía de Doña Isabel II. No sabiendo cómo matar el tiempo se asomó a un balcón. La luz solar

continuaba derramando sobre las cosas la pompa magnífica de sus fulguraciones. Cerca, sobre una especie de meseta, imponentes, se alzaban, revelando elocuentemente su extinta grandeza, las ruinas del histórico palacio de Don Diego Colón. Las palomas anidaban en los sitios que antes ocupaba el artístico cornisamento. Las plantas trepadoras, apoyándose en algunas rajaduras de las paredes, subían, subían hasta formar en algunos lugares festones de espesa verdura. En sus hondas y obscuras grietas se multiplicaban prodigiosamente los murciélagos. En la parte baja, en una especie de explanada, algunas mujeres del vecindario ponían a secar ropas de abigarrados colores . . . Por los huecos de las ventanas penetraban los flamígeros dardos del sol, iluminando los salones ruinosos poblados de toda especie de sabandijas, donde en tiempos lejanos pasearon, charlaron, rieron, danzaron tantas damas y tantos caballeros de estirpe linajuda. La sombra de la noble virreyna Doña María de To-

ledo parece aun errar, doliente y decepcionada, por los ámbitos de aquel magnífico palacio donde resonaron tantas músicas, donde tantas mujeres hermosas despertaron volcánicas pasiones, donde durante un tiempo, ¡cuán corto! todo fué expansión y alegría, y que hoy, fantasma sollozante de un pasado desvanecido, levanta su mole obscura cada día más agrietada, más ruinosa, testimonio elocuentísimo de lo deleznable y frágil de las grandezas humanas. . .

En el despacho, lleno ya de escribientes y de oficiales de toda graduación, principiaban a oirse murmullos de conversaciones rápidas, preguntas y respuestas que se cruzaban, chirridos de plumas al correr sobre el papel. Nadie hacía caso de aquel campesino perdido en un rincón de la anchurosa sala, que aparecía como atontado y cohibido en aquel ambiente tan distinto del que respiraba todos los días. De repente los cuchicheos cesaron y todos se pusieron en pié. Entraba el general Vargas. Pronunciado

por él resonó vibrante un, ¡buenos días, señores!, contestado por todos con extremos de apresuramiento y de respeto. En su semblante pálido, como de un convaleciente, se veía la huella de sufrimientos físicos y morales. Parecía de pésimo humor. Vestía pantalón y chaqueta de rayadillo azul y tenía cubierta la cabeza con con un gorro de terciopelo galoneado de oro. Echóse en una cómoda butaca y llamando a un oficial que acababa de entrar se puso a hacerle algunas preguntas . . . Ya hacía un rato que estaba allí cuando su mirada cayó sobre Fonso que, en un ángulo de la sala, como sumido en una especie de atolondramiento, daba vueltas en las manos a su sombrero de yarey de anchas alas . . .

Al decirle que era el expreso que había traido las comunicaciones del general Santana, no pudo reprimir un gesto muy visible de desagrado. No hacía un mes que se había encargado de la Capitanía General, y como a su antecesor, Santana empezaba a ser su pesadilla, la perma-

nente y dolorosa obsesión de sus días y de sus noches. Aquel diablo de hombre violento y testarudo, siempre con la queja en los labios, queriendo en todo hacer su santa voluntad como cuando ejercía la dictadura en la República que en realidad era su feudo, se creía que estaba dispensado de toda obediencia y que sólo debía hacerse lo que a él le diese la gana. Al general Rivero, discreto y prudente, le había costado esfuerzos titánicos reprimirse no castigando severamente, como lo exigía la disciplina, los desplantes e insubordinaciones del engreído ex-presidente. Vargas, ya bastante contrariado, se contenía tan sólo para no dar lugar a que se le echase en cara que por un acto de energía que disgustase profundamente al Marques habíase perdido o poco menos la causa española. Había formulado un plan de seguros resultados para acabar con la rebelión; pero Santana le había dicho, casi sin atenuaciones que no, que así no, que ese plan no valía una guayaba, que ni Rivero ni él conocían

al país, que lo que se debía ejecutar era ésto o lo otro, en plata, que solo debía hacerse lo que, él, Santana, indicase . . . Pidió los pliegos de éste y se puso a leerlos nuevamente deteniéndose en algunos párrafos en que el caudillo dominicano había dejado correr con mayor virulencia todo el espeso fondo de amargura que hervía en su alma . . .

Mientras los recorría, aquí y allí, en grupitos de dos o tres, cruzábanse palabras y frases que Fonso oía clara y distintamente. Cerca de él, algunos oficiales mantenían una animada conversación sin hacer el más mínimo caso de Fonso...

Refuerzos y más refuerzos . . . Dinero y más dinero . . . Esto lleva trazos de durar hasta el mismo día de juicio final...

Si, si . . . Hay que desengañarse. Santana no saldrá de ese infierno de ¸Guanuma. Allí enterrará hasta el último de nuestros pobres soldados . . .

Lo que hay, dijo su interlocutor bajando la voz, es que el general, y señaló a Vargas que continuaba leyendo, tiene

miedo de ponerle la mano encima. Si se hubiera procedido desde el principio, como le aconsejó Gándara a Rivero, otro gallo nos cantara. Todas estas contemplaciones nos van a ser fatales . . .

El maldito indio no bajará al Cibao así le manden diez mil soldados y cien cañones. Lo que él quiere es impedir que los facciosos se metan al Seybo y le coman sus miles de cabezas de ganado...

Verdaz, verdaz, interrumpió el teniente Bermudez hasta entonces silencioso. Mire osté, camarada, eze hombre es mayor enemigo nuestro que ezos mismos que están en la manigua.

Echáronse a reir los dos que hablaban antes. El teniente Bermudez hacía poco que había llegado al país y la misma noche del día de su desembarco había salido escoltando con su compañía un convoy de cinco mil raciones que se enviaba a Guanuma. Contaba horrores de aquella expedición . . . Esta es una tierra maldita, decía; ojalá se la trague el mar con todos sus negrillos, y esta última

palabra sonaba en sus labios con muy pronunciado acento despectivo... Salieron de la Fuerza lloviendo a torrentes y llegaron lo mismo a Guanuma. Ya cerca del campamento, en un arroyo que las lluvias habían engrosado hasta convertir en río, su montura dió un resbalón, y, cataplun, el teniente Bermudez al fondo del río. La zambullida fué de padre y muy señor mío. Lo sacaron hecho una sopa. Al llegar a Guanuma hasta en el adusto semblante del general Santana asomó una sonrisa cuando le contaron el percance con todos sus pormenores. Seguramente a consecuencia del chapuzón se le metieron en el cuerpo unas fiebres que en pocos días lo pusieron a dos dedos del otro barrio. Estaba ahora en franca convalescencia... El teniente Bermudez echaba al país la culpa de tales desventuradas andanzas.... Maldito, maldito país, repetía, aquí vamos todos a largar el cuero. Su enojo resultaba a veces tan cómico que hacía reir a mandíbula batiente a sus camara-

das. Al principio no le gustaban tales muestras de hilaridad, pero al fin se acostumbró a ellas terminando él mismo por asociarse al general regocijo . . .

Breve, imperiosa, en contestación a una tímida petición de Fonso, resonó la voz del general Vargas ordenando a un secretario apuntase la dirección del hospedaje del expreso de Santana para avisarle el día, ya próximo, en que, accediendo a lo que solicitaba, debía incorporarse a la columna que como refuerzo y escoltando un fuerte convoy saldría a fines de semana quizas para Guanuma. Aunque se trataba de un palurdo, quería tener esa atención con él por haber traido con grandes peligros las comunicaciones del general Santana.

LABORANDO.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

El cuadrante solar colocado frente al palacio de la Capitanía General marcaba las once cuando Fonso salió a la calle con el propósito de dirigirse seguidamente a la casa del principal de los individuos que en Santo Domingo tenían en sus manos la madeja revolucionaria y para quien traía recomendaciones muy especiales de parte de algunos miembros del gobierno provisional . . . Bajaban produciendo un infernal estrépito carretas vacías camino de la Aduana y subían otras repletas de fardos y de cajas levantando a su paso espesas nubes de polvo

que constreñían a los transeuntes a taparse bocas y narices. El polvo, sutil y continuo, penetraba por las puertas y ventanas de las casas cubriendo el piso y adhiriéndose a los muebles . . . En el Placer de los Estudios un gran vapor de ruedas con la bandera española, cargado de tropas, pitaba estruendosamente anunciando su próxima salida para Azua. De su alta chimenea se escapaban borbotones de espeso humo que ascendían en caprichosas espirales manchando de negro el espacio. El mar de un azul obscuro, algo picado, dejaba con dificultad acercarse al costado de la escalera de subida las lanchas llenas de soldados . . . En la Capitanía del puerto se veía un continuo movimiento de botes que iban y venían . . . Fonso Ortiz marchaba con lento paso pensando que en realidad, salvo observaciones hechas al paso y datos inconexos recogidos en las conversaciones mantenidas en la posada, aun no había realizado lo más sustancial del encargo que debía cumplir en Santo Domingo.

Tenía, sin embargo, tiempo suficiente, pues la salida para Guanuma podía todavía retardarse hasta la próxima semana. Aun no habían llegado algunos refuerzos que de momento se esperaban de Cuba y con los cuales contaba Vargas para atender en lo posible las continuas exigencias de Santana . . . Esa misma mañana le había dicho Fonso a Regina el nombre del individuo que quería ver inmediatamente y la muchacha se apresuró a proporcionarle las indicaciones que le pedía respecto del sitio en que moraba. Era un personaje muy conocido. En los círculos revolucionarios se le mentaba con frecuencia. Vivía en una casa de mampostería de la calle del Arquillo muy cerca de la plazuela del Carmen. Recibió a Fonso con cierta displicencia creyendo en el primer momento que la visita de aquel campesino sería para importunarle con algún pedimento o cosa parecida. Parecía ser hombre como de cuarenta años, alto, fuerte, de tez blanca muy quemada por el sol, de barba y bi-

BIBLIOTECA NACIONAL - SANTO DOMINGO

gotes negrísimos, de atractiva fisonomía. Soltó la pluma con que escribía cuando Fonso entró y casi sin fijarse en el visitante le lanzó a la cara un brusco: ¿qué se le ofrece, amigo? Pero así que Fonso, después de cerciorarse que estaban solos en la sala, empezó con frase correcta impropia de un campesino a darle cuenta del objeto que motivaba su visita, Don Mariano, que así se llamaba nuestro hombre, principió a abrir tamaños ojos revelando en toda su noble fisonomía una impresión de intenso asombro. Miraba a todos lados como si temiera que oidos indiscretos escucharan lo que le espetaba aquel *vale* que se expresaba tan clara y correctamente. Nadie, nadie que pudiera oir. Una criadita barría en el comedor. En el patio escuchábase el trajinar de dos o tres mujeres . . .

De súbito un pensamiento temeroso se enseñoreó por breves instantes del cerebro de Don Mariano. ¡Si aquel *vale* sería un *camarón!* El estaba bien enterado de que los sabuesos de la policía colonial lo

vigilaban estrechamente no perdiéndole pies ni pisada. Salía poquísimo de casa para inspirar menos sospechas; pero era hombre habilísimo, muy ducho en andanzas de conspiraciones, y solo muy contados amigos, gente toda de probada discreción, conocía a ciencia cierta la importancia y alcance de sus gestiones revolucionarias. Las autoridades españolas sospechaban de él, pero hasta entonces no habían podido conseguir la más pequeña prueba que justificase su ingreso en algún obscuro calabozo del Homenaje . . . Su desconfianza fué menguando a medida que Fonso iba entrando en detalles de cierto género que era imposible conociese un espía al servicio de la causa española. Pero sus temores recibieron el golpe de gracia, disipándose como el humo, cuando Fonso sacó de un bolsillo de su chaqueta una comunicación en que vió la firma de su antiguo amigo Benigno Filomeno de Rojas. Fonso le enseñó también una carta del general Pepillo, fechada en Piedra Planca y que había

recibido en Guanuma entregada personalmente por Goyo Ruiz, en la cual carta le recomendaba el presidente del gobierno provisional no dejara de ir a Santo Domingo siempre que no le fuera totalmente imposible . . . Roto el hilo de la desconfianza, abrumó el mozo a preguntas respecto de los asuntos que se habían desarrollado con tan asombrosa rapidez en el Cibao y le expuso lo que el gobierno a su juicio debía hacer en las comarcas del Sur en gran parte adheridas ya a la causa revolucionaria. Lo esencial, a su opinar, consistía en que hubiese mucho tino en la elección de los jefes militares que el gobierno debía enviar o había enviado ya a los puntos en que flameaba la bandera dominicana. Y para robustecer su idea contó a Fonso muy interesantes pormenores de cosas que habían acaecido ya con notorio desprestigio de la causa nacional.

Yo sé, dijo, que de momento hay que aceptar muchas cosas a fin de no disgustar a gente bellaca que está siendo útil;

pero es necesario, cueste lo que costare, eliminar ciertos vagabundos que parece que sólo aspiran a deshonrar la obra restauradora. Florentino nos está haciendo más daño con sus barbaridades que diez regimientos españoles en campaña . . .

Fonso le prometió trasmitir al pié de la letra sus indicaciones al general Salcedo, quien debía a esas horas encontrarse en Arroyo Bermejo o en San Pedro para activar las operaciones y avanzar lo más que permitieran las circunstancias. Y para que Fonso pudiera irse bien empapado del satisfactorio estado de los trabajos revolucionarios en la Capital le prometió mandarle un aviso a la posada para que, dentro de dos o tres días a más tardar, concurriese a una sesión de la Junta revolucionaria, indicándole a la vez circunstanciadamente el lugar en que debía verificarse la reunión y lo que tenía que hacer para que en ella le franqueasen la entrada.

ENTRE CONSPIRADORES.

Con persistente monotonía, una lluvia fría, tenue, cae melancólicamente suscitando no se qué vago sentimiento de inexplicable tristeza. Se despiertan con ímpetu sensaciones de cosas lejanas que duermen en limbos abismales de olvido... El vientecillo frío y penetrante que silba en aquella triste noche de Noviembre levanta misteriosos rumores al chocar con las tapias de las viejas casas, de la imponente Catedral, en la cual, en una capilla, al traves de los vidrios de una ventana de corte ojival, alcanzase a ver el trémulo resplandor de una lámpara

que a veces oscila y disminuye como si fuera a apagarse . . . En la plaza desierta, casi obscura, la sombra parece más densa y tenebrosa, y por la larga calle que extiende sus líneas paralelas de casas hasta el histórico baluarte sumergido en la negrura de la noche, las luces de los faroles de anticuado corte, parpadean bajo la caricia pertinaz de la menuda lluvia, proyectando reducidas fajas de luz y reflejándose en los charcos que llenan la vía como haces luminosos que se pierden en las entrañas de la tierra. Con estridor molesto pasa un coche muy cerrado, luciente por la lluvia, chorreando agua, estelando con el fulgor de sus dos faroles los charcos que abundan en la calle solitaria . . . Todo el día había llovido intermitentemente, pero nada había hecho cejar a Fonso en su resolución de concurrir a la reunión que debía efectuarse esa noche a las ocho conforme aviso de Don Mariano. Minutos después de las siete cuando ya la obscuridad era completa, bien arrebujado en su capa,

salió Fonso de la posada en un momento en que la lluvia había cesado dirigiéndose a la plaza de la Catedral con el fin de comprar unos cigarros y matar el tiempo que faltaba para la hora de la cita. Sorprendido de nuevo por la pertinaz llovizna refugióse un rato en el abierto portón de una casa de alto, pero como el tiempo no daba trazas de serenarse, se echó resueltamente a la calle sin dársele un ardite de la lluvia que caía, enderezando sus pasos hasta la esquina en que había que doblar para subir por la cuesta que conduce a la iglesia de San Miguel, edificada por aquel Pasamonte que dió tantos malos ratos a la familia Colón con su irascibilidad y con su envidia. . .

La reunión debía efectuarse en el patio de un bohío de miserable apariencia situado a pocos pasos del vetusto templo. Desde antes de dar las ocho habían empezado a llegar los miembros de la Junta, uno a uno, sin llamar la atención, especie de sombras deslizándose por en-

tro la obscuridad que envolvía aquel silencioso y apartado barrio. Guiado por las indicaciones de Don Mariano, Fonso, sin mayores dificultades, acertó con la casucha herméticamente cerrada que se le había señalado como lugar de la reunión. Siete golpecitos dados en la puerta con el nudillo del dedo hicieron que ésta se abriera pausadamente; sin producir el más leve ruido. Obscuridad completa. En la negrura que lo circundaba sintió que una mano se agarraba a su diestra y le iba suavemente llevando hasta el patio. Algunos árboles de extenso ramaje hacían la noche más densa. En el fondo del patio, en un cuartucho de mala muerte estaban reunidos cinco o seis individuos, los cuales se levantaron a la llegada de Fonso estrechándole efusivamente las manos como si fueran viejos camaradas. Parecían ser todos de importancia social. Algunas sillas de mucho uso, dos o tres desvencijadas, y una mesa manchada, mugrienta, sobre la que ardía un velón de aceite, componían todo

el rudimentario mobiliario. Sin más preámbulos, comenzó la charla, amena y rápida, interrumpida con frecuencia por exclamaciones y muestras de aprobación o de duda. Fonso naturalmente hizo el gasto. Narró con muchos detalles ignorados de los presentes lo ocurrido en el Cibao desde el 16 de Agosto y todos los pormenores de su atrevida odisea. Pronto, dijo, terminando su relato, regreso a Guanuma con el convoy que sale ese día y desde allí pasaré al más próximo o al que mejor me convenga de los cantones revolucionarios. . .

Y después? . . .

Después será lo que Dios quiera. Pienso pedir una licencia para ir a Santiago por dos o tres semanas. Después volveré a la lucha, pues quiero ser de los que entren triunfantes a esta ciudad, salvo que una bala lo disponga de otro modo. .

Languideció la charla hasta que uno de los presentes a quien llamaban Don Pancho, un vejete, alto, seco, anguloso, em-

pezó a hablar premiosamente, como si le costara un ímprobo trabajo echar afuera las palabras.

Anoche se despachó la cosa. Algunos fusiles y como dos mil cartuchos van en la balandra. Tambien envié algunas medicinas. La gente de San Cristóbal debe estar esperando en la playa, en el sitio convenido. Mandarlos por tierra con la vigilancia que hay era imposible. No sale ninguna carga por la puerta del Conde sin que la registren minuciosamente. . .

Frutos, dice otro que hasta entonces no había abierto la boca, logró sacar anoche de la Fuerza como cincuenta cartuchos. La cosa se va haciendo más difícil. El arsenal está muy bien vigilado, y lo que me da más rabia es que ese sinvergüenza, ese canalla de Santos se mantiene llevando chismes a palacio de lo que vé y de lo que no vé. Y todo por unas miserables pesetas para que ese cuero de Concha no lo bote para coger a otro. . .

Santos le aseguró a Medina que lo que él estaba era barajando; que él quería el triunfo de sus compatriotas.

Embuste, embuste, berreó el otro. Es un grandísimo vagabundo que ya empieza a poner tablitas para cuando venga la nuestra. . .

Señores, señores, exclamó Don Pancho, dejemos eso; a cada puerco le llegará su San Martín. . . Vamos a ver, Gomez, sabe Ud. algo del Este? . .

De un momento a otro piensa Anton quitarse la máscara. Entonces será la gorda. . . ¡Qué disgusto para Santana! Está de malas. Ya le quedan pocos de la gente de San Cristóbal. Y en cuanto se pelee de recio en el Seybo ninguno de los de allá quedará a su lado ni para un remedio. Lo que él quiere ahora es salvar sus reses del Prado. Del Cibao debían enviar gente para apoyar el movimiento en el Este. . .

En cuanto vea al general Pepillo le daré cuenta de todo. Tiene gente que le sobra, aunque las municiones andan

escasas. Ya el presidente sabrá muchas cosas que ahora conoce muy superficialmente. . .

Uno a uno fueron saliendo sin hacer ruido. El barrio estaba sumergido en tinieblas. Resonaban lejanos aullidos de canes. Todas las casas estaban cerradas. Ni un alma deambulaba a esa hora por las calles. Regina no se había acostado esperándole con la inquietud de que le hubiera sucedido algún desagradable percance.

CAMINO DE GUANUMA.

Con el propósito de satisfacer en lo posible las reiteradas exigencias del general Santana, la primera autoridad de la colonia, haciendo un supremo esfuerzo, había logrado reunir apresuradamente con una compañía de la Corona, con una muy mermada de San Marcial y con fracciones más o menos numerosas tomadas de aquí y de allá una columna de cerca de cuatrocientos hombres para reforzar el campamento de Guanuma reemplazando así las bajas causadas por muertes, heridas y enfermedades. Esa columna, mandada por el teniente coronel Villalta, co-

nocedor del terreno por haber ido ya dos veces a Guanuma, formaba la escolta de un convoy bastante considerable de provisiones de boca y de guerra. Aquella tropa iba de malísima gana soltando a cada paso ternos y blasfemias por el más chico motivo y echando contínuas maldiciones sobre esta tierra del demonio que ya se había tragado tantos camaradas cazados como fieras desde los bosques o víctimas de terribles enfermedades. Algunos de esos soldados habían estado ya en Guanuma y contaban horrores de las penalidades que habían sufrido en aquel desdichado campamento. Como sucede en tales casos, aunque la realidad era bien triste, exageraban a su sabor los tales sufrimientos .... ¡Guanuma! .... Este nombre sonaba en los oidos de aquellos hombres como plañideras y lejanas esquilas que tocasen a muerto ... ¡Cuántos de ellos seguramente no volverían, cuántos no dejarían sus restos en aquel endiablado lugar que hasta entonces sólo había servido de sepulcro a centenares de

infelices soldados! Algo como una impresión de tristeza parecía haberse adueñado de aquella tropa que marchaba, marchaba, bajo un cielo a veces de deslumbrante claridad y en otras velado por negros nubarrones que de momento amenazaban deshacerse en torrentes de lluvia. Pero nada. El obscuro nublado amagaba un momento disipándose presto, dejando caer solamente gotitas de agua muy fría que la tierra sorbía rápidamente.

Rato hacía que la columna había dejado. muy atrás las últimas casas de San Carlos, y seguía ahora por un camino seco, arcilloso, lleno de desniveles, y bordeado por largas hileras de mayas que por ambos lados servían de lindero a tierras de labranza y a extensos potreros. . . A uno y al otro lado, silvestres, las guáyigas dejaban ver sus finos tallos y de cuando en vez cundeamores de encendido color aparecían como puntos amarillos en la mancha obscura de la vegetación que crecía al pie de las líneas de las espinosas mayas. La columna proseguía su

marcha sin gran lujo de precauciones, convencido el teniente coronel Villalta que por aquellos parajes no era de temer ningún acto de hostilidad del enemigo. . . Era ya cerca de mediodía cuando se hizo alto, a la vera de un arroyuelo asombrado por árboles de frondoso ramaje, para preparar los españoles el rancho y un saucocho los criollos que como conductores de la numerosa recua que traía el convoy venían de servicio en la columna. Fonso Ortiz parecía ser el más diligente de ellos. A él era a quien en todas ocasiones se dirigía el teniente coronel Villalta para hacerle observaciones sobre el orden en que debían marchar las acémilas.

Pasado el arroyo Yuca organizóse la columna de manera de proteger eficazmente el convoy y de repeler con éxito cualquier ataque de los mambises. Se pisaba ya un terreno por donde el enemigo hacía frecuentes incursiones. . . La tropa desfilaba en dos líneas paralelas y en el centro las acémilas cargadas de municiones y de comestibles. La extrema

vanguardia estaba compuesta de gente práctica, avezada a estos lances y conocedora del terreno. . . Monótono, incesante, oíase el esquileo de las campanillas de los dos o tres mulos que abrían la marcha. . . Pasaban ahora por la sabana de Maricao, vasta extensión de verdura que parecía confundirse con las indecisas lejanías del horizonte iluminado. Sin percibir apenas el ruido de los disparos silbaron algunas balas por encima de la tropa. Algunos soldados recobraban su buen humor al oir ese ruido que tan bien conocían. . . Habrá fiesta! Nadie, nadie tire, gritaba Villalta recorriendo las filas de punto a punto. Sería tiempo perdido. Tiran de muy lejos. . . De un *cayo* de la sabana cubierto de tupida arboleda habían salido los disparos. Una mancha blancuzca que el viento esparcía en jirones, flotaba cubriendo una reducida porción del cayo. . . Atravesaban en aquel momento una vasta porción del terreno que lluvias recientes habían convertido en inmenso lodazal. Lo impermeable

de aquellas tierras hacía estancar el agua de modo que el piso permanecía durante buena parte del año extremadamente fangoso. Hombres y cabalgaduras se hundían a cada paso saliendo con una espesa capa de lodo fuertemente adherida a vestidos y a cuerpos. Menudeaban las blasfemias. Todo el copioso vocabulario malcante del soldado español resonaba desparramándose en juramentos, maldiciones, tremendas indecencias. . .

Seguía oyéndose el ruido peculiar de las balas al rasgar el aire. Pólvora en salvas, gritaban los soldados. . . Todos se reían de la inutilidad de los disparos de los mambises. Los tiros se hicieron más frecuentes al entrar en la sabana de Sanguineo. La cosa parecía que iba a enseriarse. Seguramente que al pasar una especie de desfiladero que había a cosa de media milla habría fiesta de verdad. . . Algunas acémilas se habían atacado en un hondo fangal. Sin visibles resultados hacían titánicos esfuerzos aquellos pobres animales para salir del

tremendo atolladero. Fué menester que algunos recueros duchos en estos lances pusieran con todas sus fuerzas mano a la obra de libertar a los jadeantes solípedos del angustioso trance. Al fin hubo que sacarlos casi en vilo. Un rato interrumpida continuó apresuradamente la marcha. Pasaban ya por el temido desfiladero. Y siempre el mismo ritmo desapacible de las balas zumbando sobre las cabezas de los soldados.

No se escondan, salgan al frente, pendejos, gritaba con voz estentórea el sargento Torres, un andaluz muy decidor y campechano y en materias de valor capaz de habérselas con el mismísimo demonio. Con la voz ya enronquecida continuaba gritando: pendejos, pendejos. . . Súbito enmudeció. Una bala disparada desde un cerrito le rozó la cara llenándosela de sangre. Un soldado cayó muerto en ese momento. Un mulo herido en el pecho se desplomó con estrépito. La fila izquierda de la columna contestaba con descargas cerradas a los tiros que llovían

del manigual cercano. En dos acémilas, apresuradamente, como se pudo, colocáronse dos hombres que acababan de ser heridos de cuidado. Y a la carrera tambien repartióse entre las otras acémilas la carga del mulo que habían matado. Fonso, como los otros recueros, contribuía a organizar la numerosa recua que a cada rato parecía iba a desordenarse por completo. El estridor de los foetazos que caían sobre los pobres animales se confundía con el ruído de los frecuentes disparos. Algunos caballos, espantados, se negaban a seguir. Solo a fuerza de gritos y latigazos se podía vencer esa resistencia. Los tiros fueron haciéndose cada vez más raros. Al caer al llano cesaron por completo. La columna, ya en seguridad, se detuvo para descansar algunos minutos. Empezaba a declinar el día. En el firmamento no se divisaba ni la más tenue nubecilla. . .

Firme, firme. . . A los lejos parecía escucharse una corneta. Todos prestan atento oido. Sí, sí, eran los sonidos de

una corneta. . . Reinó un instante, un solo instante de confusión. Presto reconocieron que era una corneta española. Inmediatamente se le contesta. Semejan dos voces que se llaman en el silencio augusto de la tarde. Conforme avanzan ambas fuerzas el corneteo va haciéndose más vibrante y agudo. Era una fuerza de doscientos hombres destacada del campamento de Guanuma para practicar un reconocimiento por esos alrededores. Atraida por el ruido de los disparos y pensando que podía ser el convoy que el general Santana esperaba impaciente había acudido a prestar su ayuda por si la escolta se encontraba en peligro. Mandaba la columna el coronel Perdomo, de las reservas, uno de los jefes dominicanos que todavía permanecían fieles al expresidente. Ambos jefes cambiaran breves impresiones sobre los últimos sucesos y se separaron dándose un fuerte apretón de manos. El teniente coronel Villalta tenía prisa en llegar a Guanuma. Sobre los montes que limitaban el confin occi-

dental, el sol, ya declinando, teñía el espacio de un rojo que iba lentamente atenuándose en el suave gris de un hermoso crepúsculo de otoño. . .

EN EL CAMPAMENTO.

El general Santana no había podido pegar los ojos en toda la noche. El insomnio, pertinaz y doloroso, mantenía en tensión sus nervios. Sólo pronunciaba frases breves, entrecortadas, que traducían con relativa exactitud el profundo disgusto, el acerbo desencanto que abrían brecha cada vez más grande en la resistente dureza de su alma hecha para imponerse a todo género de vacilaciones y temores. Por la irreductible firmeza de sus propósitos semejaba desconocer por entero ciertos toques de suavidad diplomática muy convenientes para conquis-

tar el éxito en muchas ocasiones. En su carácter de acerado temple no cabían las atenuaciones, no prosperaba, si acaso en muy contadas ocasiones, la tendencia, tan común en ciertos hombres de singular valía, de contornear o ir estrechando paulatinamente y sin violencias las dificultades que se irguen en el camino para de esa manera rendirlas victoriosamente. En él, en casi todas sus decisiones, se ponía en evidencia algo de la inflexibilidad de la línea recta. No obstante su ingénita astucia, su peculiar marrullería, en ciertos casos, cuando se llenaba la copa de las contrariedades, el disimulo le era imposible y el desbordamiento se producía en gritos y frases coléricas, en tremendas amenazas, en brutales agresiones. En él resurgía, en esas horas, el campesino, el dueño del hato, el hombre de la naturaleza acostumbrado desde la infancia a luchar cotidianamente con el ganado cerril de las pampas orientales. Sus áulicos, los que de continuo le rodeaban y estaban familiarizados con las brus-

quedades de su carácter impetuoso, temían siempre esos súbitos arrebatos. Siempre veían con miedo condensarse la tempestad, como quien dice. En esos estados de violenta excitación era capaz de todo: lo mismo de irle arriba a un hombre para golpearlo, que de mandarlo a un calabozo, expulsarlo y aún pegarle cuatro tiros. . . Pasada la borrasca se serenaba por completo, se le podía creer otro hombre. Como en los caracteres de extremada violencia la reacción venía presto. Y entonces era muy accesible. Los que lo trataban íntimamente sabían bien que eran esos los momentos oportunos para recabar de él dádivas o empleos.

Estaba en pié desde el toque de diana dándose interminables paseos frente al tosco bohío que le servía de vivienda. A pocos pasos de él, cinco o seis oficiales, todos criollos, despues de apurar sendas tazas de café, seguían el hilo de una conversación en voz bastante baja y que descendía más, se convertía en tenue murmullo cada vez que el general en sus continuas

idas y venidas, pasaba casi rozándoles y aparentemente sin fijarse en ellos. . . De improviso, en uno de esos paseos, detiénese ante el grupo y como si reanudara una conversación interrumpida, con la familiaridad con que a veces trataba a los subordinados que sabía le eran enteramente leales, empezó a soltar palabras en que vibraba todo el inmenso disgusto que en aquel instante se enseñoreaba de su espíritu. . .

Díganme, díganme, ¿tengo o no tengo razón? Cuando esperaba que Vargas me enviase los batallones que le pido para operar con éxito, despues de algunas eternas semanas de espera se sale ahora con la miseria de poco más de trescientos hombres. . . Díganme, díganme, si con esa milaña se puede hacer algo. . . Serán generales de Academia, pero lo que es esta guerra no la entienden, no saben donde les aprieta el zapato. Si se hubiera hecho todo lo que indiqué al principio otro sería el resultado. Con las pocas fuerzas que me han dado he batido a los

facciosos en Arroyo Bermejo, en Anton Sanchez, en Yamasá, donde quiera que me he topado con ellos. . . Vargas cree que está haciendo la guerra en Europa. . . Planes y más planes de campaña. . . Así no acabaremos nunca, nunca. . . Están matando el tiempo para cobrar tranquilamente sus sueldos. Y despues, aquí soltó tamaña palabrota, me echan a mí toda la culpa. Como si yo fuera el burro de carga de todos estos generales ineptos. Toda, toda la responsabilidad para el general Santana que enfermo y envejecido se está sacrificando para que ellos gocen. Ojalá morirme! . .

Silenciosos, asintiendo con inclinaciones de cabeza a lo que decía Santana, escuchaban los oficiales. El general, un momento callado, dirigióse de pronto a uno que justamente tenía enfrente preguntándole:

¿Qué era lo que tenía que comunicarme usted, comandante Ramírez?

Anoche, a prima, desertaron cinco más de la gente de San Cristóbal. Creo que

si pronto no se pone remedio no quedará ni uno en el campamento. . .

Brilló un resplandor de cólera en los ojos del ex-presidente. . . Y qué diablos quiere usted que haga, gritó encarándose con el oficial que retrocedió, pálido y turbado, a medida que el irascible caudillo avanzaba como dispuesto a desfogar en él toda su furia. . . Sería monester encerrar a todos en un calabozo o fusilarlos. . . Eso es lo que quiere darme usted a entender, no es verdad? . . Pues bien, no, no, ni los tranco, ni los ejecuto. Que se vayan todos si les da la gana. . .

Se había detenido como domeñando el impulso que lo arrastraba a un acto de violencia. . . Si ustedes mismos quieren pasarse al enemigo, lárguense cuando quieran. No deseo a mi lado más que gente decidida. Cuando me quede solo ya sabrá el mundo como muere un hombre de honor. Juré fidelidad a España y fiel he de serle hasta que me entierren. Los sinvergüenzas que no tienen palabra que se vayan cuando se les antoje. . .

Bruscamente, tal como había principiado su perorata cerró la boca entrando de sopetón en el bohío para echarse en la hamaca colgada en la reducida sala. . .

Todos a una, como tocados por el mismo resorte, rodearon, increpándolo, al comandante Ramírez, un mulato muy simpático de Hato Mayor, que era fiel como un perro al general Santana y que confiado en su adhesión personal se atrevía a hablarle sin reticencias ni temores. El comandante daba gracias en el fondo de su corazón a la Virgen de la Altagracia, de que era muy devoto, por haberle sacado bien del peligroso trance. . . Había sido tamaña imprudencia la suya, le decían en coro sus compañeros admirados de que el general no le hubiera impuesto una prisión o un cepazo de algunos días. Sin duda lo había salvado una intervención sobrenatural. . . Porque la observación del comandante pecaba de exageradamente importuna. . . ¡En aquellos momentos! Ellos pensaban sin decirlo en alta voz y Santana también allá

muy en sus adentros, que lo que se imponía viendo el aumento de deserciones en las fuerzas del país era desarmarlos y seguidamente despacharlos para sus casas. . . De los quinientos hombres de San Cristóbal ya no quedaba sino la mitad o menos y aún en los mismos seybabanos habíanse registrado ya algunos casos. . . Pero Santana se enfurecía, no podía contenerse cuando le hablaban de estas cosas. Todos lo sabían. El quería ocultar a las miradas perspicaces de algunos jefes españoles que su influencia y su prestigio iban mermándose espantosamente, pues hasta los suyos que se le creían más fieles empezaban a abandonarlo. . .

Un cielo ceniciento, entoldado de nubes, cubría el paisaje en aquella fría y melancólica mañana de un día de fines de Noviembre. En el horizonte, los montes lejanos surgían como envueltos en una bruma tenuísima. No llovía, pero en el suelo húmedo, con charquitos aquí y allá, se veía que había caído mucha

agua la noche anterior. Iban y venían soldados y oficiales, a pie y a caballo en todas direcciones. Bajo aquel firmamento ensombrecido parecía haberse ahuyentado la comunicativa alegría que distingue al soldado español, siempre dispuesto a bromas y chanzonetas. . Aquel fatídico campamento de Guanuma, como guasonamente decía un teniente de San Marcial, debía Isabel II declararlo por una real orden cementerio oficial de España y sus Indias. . . Los improvisados hospitales estaban atestados de heridos y sobre todo de enfermos; ya no había materialmente donde colocar tantos infelices que, día por día, caían víctimas de crueles dolencias. . . ¡Cuántos, cuántos ya dormían, allá abajo, a la vera de aquella ceja de monte, donde, en los días serenos, cabrilleaba el sol dándole las formas y contornos de una magnífica y vasta cortina de luz. . . ! Cruces toscas de madera señalaban el lugar de cada sepultura. . . ! Y cuantos otros no irían presto a pudrirse en aquel mismo sitio, bajo

aquella tierra cubierta de yerbas y arbustos entre las que asomaban silvestres y gayas florecillas! . .

Han pasado algunos días. Penetrantes sonidos de cornetas perdíanse en el ambiente. Se alineaba en ese momento una fuerte guerrilla que iba a salir para una exploración por los lados de Yamasá. . . Fonso Ortiz, jinete en un escuálido jamelgo, contemplaba, como algunos más, la tropa que, en correcta formación, bajo la mirada vigilante del general Santana, se aprestaba a romper la marcha. Fonso era ya un viejo conocido, que por su carácter afable y servicial se había hecho querer de muchos en el campamento. Al tardo paso de su penco, así que vió desfilar la tropa, fué alejándose, alejándose por una vereda que se perdía en el monte cercano. . .

SAN PEDRO.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

En el horizonte, hacia el Norte, algunos cerros desnudos, de raquítica vegetación, de ásperas laderas, de ricosas vertientes, estribaciones, primeros peldaños de la gran cordillera central y muy cerca, casi al pié de esos contrafuertes, la llanura extensísima alfombrada de espesa gramínea que se dilata, se dilata hacia el Sur hasta perderse de vista. . . En el declive de las abruptas lomitas desparrámanse numerosas chozas de primitivo aspecto, rudimentariamente construidas, techadas todas de cana o de yaguas formando un conjunto de vigorosa y pintoresca rusti-

cidad. . . De noche, cuando el campamento se iluminaba con fogatas, quien viniendo del Sur acierta a contemplarlo a alguna distancia, cree ver como una nueva y extraña constelación dibujándose en la comba celeste. . . En lo alto de una de esas chozas, la más amplia y mejor situada, ondea, estremecida por la brisa de la tarde, la bandera gloriosa del 27 de Febrero. . . En ese bohío reside con algunos de los oficiales de su estado mayor el general Salcedo, presidente en campaña del gobierno provisional. . . En Arroyo Bermejo sólo ha quedado una guardia habiendo avanzado el cantón hasta San Pedro para iniciar un acentuado movimiento de avance. El sitio parece bastante estratégico. Es incesante el bullicio. Un ir y venir continuo de gentes a pié y montadas. Vense todas clases de armas: desde fusiles muy usados, algunos con la culata asegurada con sogas, hasta viejos y formidables trabucos; desde vulgos puñales hasta largas espadas de cazoleta. El arma más común es el machete

de fuerte y resistente hoja. Y la indumentaria de aquella abigarrada tropa, por lo varia y pintoresca, guarda íntima relación con su múltiple y curioso armamento. . . Tanta animación, tanto traguiar, tanto bullicio, contrastan notablemente con la atmósfera de monotonía, de tristeza que, salvo en una que otra ocasión, envuelve el campamento de Guanuma. Aquí, en el cantón de los restauradores, como que la vida se expande a oleadas; no hay enfermos o si los hay es en tan escaso número que nadie se preocupa por semejante cosa. . . En Guanuma, constantemente, a cada paso que se de, colúmbranse rostros enflaquecidos, de espectral lividez, en que la fiebre dejó impresas sus fatídicos rastros. Aquí un desbordamiento de vitalidad que se patentiza en múltiples formas de expansión personal; allá, el presentimiento continuo, tenaz, de que la muerte, con su guadaña levantada, se mantiene en permanente acecho.

Sonidos de cuatros y de tiples salen de

algunas barracas acompañando coplas y canciones de rústico sabor. En otros se juega de continuo, desenfrenadamente, de día y de noche. Al aire libre, en amplios calderos sostenidos por piedras, se prepara el sancocho o el locrio de puerco. . . Abundan las mujeres en el cantón. Algunas son de las inmediaciones; otras han venido del Cibao acompañando sus queridos, sus *hombres*, como dicen expresivamente. Allí están para cocinarles, para lavarles la ropa, para amarlos, para si hay *melao* y resultan heridos cuidarlos abnegadamente. En el cantón revolucionario no existe, ni por asomo, la severa disciplina que rige en Guanuma y en Monte Plata. El general Salcedo hace lo que puede en ese sentido. Desnudos los negros bustos chorreantes de sudor, dos formidos morenos con los piés aprisionados en un estrecho cepo sufren justo castigo por sus continuos *maroteos* en las viviendas cercanas. Se cuenta que una vez Santana, inflexible en estas materias, mandó un soldado a dar el gran

viaje sólo por haberse cogido un racimo de plátanos. El soldado dominicano es indisciplinado por temperamento. Repúgnale instintivamente todo control, toda sujección que tienda a cohibir su expansión individual, así entienda que en ello estriba su propio bien, la seguridad de su persona. Persiste en él la huella de lejanos atavismos. En él han puesto su marca imborrable los distintos elementos étnicos que forman su cohesión íntima. Inconsciente, por lo general, va a la guerra, a la mantanza, como si fuera a una bachata, lo mismo asalta una trinchera con insuperable heroismo, se bate cuerpo a cuerpo con un adversario cualquiera por un quítame allá esas pajas, que, sin darse cuenta, en ciertos momentos, hace botín de guerra de cuanto está al alcance de su mano. En su psicología rudimentaria, informe, vibra formidablemente, como su nota más alta, el culto a cuanto signifique fuerza brutal, extremada violencia. Formado en un ambiente de mezquinas banderías personalistas, en

momentos de exaltación, bajo la crisis parcial de la lucha, es capaz de las mayores crueldades y latrocinios, aunque pasado el momento álgido se torna por lo general inofensivo, dispuesto a prestar los mayores servicios al mismo contrario que momentos antes quería sacrificar inexorablemente. Es como una masa capaz de ser modelada tanto para el supremo bien como para la más repulsiva maldad. Depende de la fuerza que lo empuje. Sigue siempre la impresión de sus caudillos sin percatarse de lo que va a hacer o adonde se le lleva: al negro abismo de la maldad o a la cima fulgurante de la gloria. . .

Tiempo hacía que Fonso Ortiz se había incorporado al cantón de Arroyo Bermejo. De Guanuma se había trasladado a casa de Goyo Ruiz donde tenía la mula en que había venido de Santiago, y desde allí por veredas y atajos al punto donde sabía se encontraba el general Salcedo. Conforme las circunstancias se lo habían permitido, por medio de expre-

sos de confianza puso en conocimiento de los jefes de cantones vecinos, como a Mansueta en Yamasá, algo de lo que traslucía de los movimientos de las columnas españolas. Al gobierno provisional, valiéndose de Goyo Ruiz, que tenía un hermano en el Cotuy, habíalo dado algunos informes; pero éstos tenían que ser muy parcos y deficientes como recogidos al azar, a salto de mata, expresión muchas veces de exagerados decires. Pero ahora ya era diferente. Encontrábase en posesión de datos fidedignos y de observaciones personales que podrían ser de bastante utilidad a la causa restauradora. El general Salcedo se hizo pronto cargo de la importancia de lo que le comunicaba Fonso, y al trasmitir a Santiago aquellos informes expresaba su satisfacción por la manera hábil y discreta con que había cumplido su peligroso encargo. Desde sus primeras conversaciones comprendió Fonso que el presidente no se había penetrado, por deficiencia mental o por exagerado optimis-

mo, del verdadero sentido de las realidades del momento. Exageraba desmesuradamente en sus predicciones sobre el porvenir, pues creía a pie juntillos que antes de cuatro meses pondrían los españoles pies en polvorosa aventados del territorio. Y al calor de una sincera convicción, obseso por una visión falsa de la realidad circunstante, creía que tan pronto arrollase al general Santana, y lo daba por un hecho, concentraría todos los cantones del Sur en San Cristóbal para marchar de allí a adueñarse de la Capital. . . Fonso, excéptico, sonreía al escuchar tales cosas. . . ¡Tomar la Capital! . . . Respetuoso, pero franco, sin ambajes, Fonso pretendía demostrarle la imposibilidad material de semejante proyecto. . . El general hacía con la cabeza movimientos de inconformidad. Le insinuó a Fonso que así como habían tomado a Santiago lo mismo podrían hacer con Santo Domingo. . .

No, no, no era lo mismo, le argüía Fonso. El empeño era muy superior.

Ya lo creo. La Capital estaba resguardada por sólidas murallas. Una línea de fuertes coronados de poderosa artillería rechazaría fácilmente cualquier acometida del colecticio ejército dominicano. ¡Reducirla por hambre! Los españoles eran dueños del mar y siempre la tendrían bien abastecida. . . No, no, los blancos no se irán tan fácilmente. . .

El general Salcedo no podía ya pasarse sin Fonso. Era su secretario predilecto. Con sólo dos palabras que le dijera ya tenía bastante Fonso para hilvanar un oficio en que veía fielmente interpretado su pensamiento. En ese cantón general no se daba paz a la pluma. Correspondencia nutrida con el gobierno de Santiago, correspondencia con los jefes de cantón, con autoridades, con amigos importantes. . . Oficios para aquí, oficios para allá. Fonso estaba en todo. Cuando solicitó una licencia de algunas semanas el general Salcedo le puso mala cara. . .

Ahora! Dejarlo ir. Ni por un pienso.

Cuando más lo necesito. Imposible, imposible. Más tarde veremos. . . Y eso más tarde no llegaba nunca. . . Pasó Diciembre e iba pasando Enero, lluvioso y frío. Casi no se peleaba. En breve llegaría el general Luperón con sus *muchachos*. Para entonces habría gresca y fuerte. En esos días experimentó Fonso el contratiempo de habérsele inflamado un pie a consecuencia de un golpe con un tocón. Tenía que permanecer sentado, pues cada vez que intentaba caminar sentía en el pie lesionado horribles retortijones. ¡Que fastidio! Y aquellos días, fríos, sin sol, sucediéndose tristes y monótonos, esparciendo sobre su espíritu sombras de tedio y de disgusto! . . .

Tenía en su poder varias cartas de Rosario. Las leía y releía con avidez. Fonso seguía amándola con el ardor de los primeros días y la novia le pagaba con la misma moneda. Enredos momentáneos con mujeres fáciles y vulgares no habían disminuido en lo más

mínimo su pasión por Rosario. Cuando pensaba en la novia ausente sentía como que su vida se iluminaba, que en ella penetraba como un rayo de sol que ponía ante su vista floridos cármenes de ensueño. En los primeros días de Enero recibió una carta de Rosario en que le dejaba traslucir que un gran disgusto embargaba su ánimo con motivo de *algo* grave ocurrido en la familia. . .

EL COMBATE.

Uno de los espías encargados de vigilar los movimientos del enemigo acaba de llegar al cantón con la noticia de que una formidable columna española de las tres armas avanza con el ostensible propósito de dar un ataque decisivo al campamento revolucionario. Durante las primeras horas de la mañana continuaron recibiéndose informes idénticos. Reunidos en la vivienda del general Salcedo los jefes principales predomina en los primeros momentos la idea de retirarse sin combatir a Bermejo para hacerse allí más fuertes por ser la porción más estra-

tégica y aguardar las municiones que se esperan de Santiago, pues juzgan los más precavidos de los generales en consejo que la cantidad de pertrechos existente en el cantón no es ni con mucho suficiente para sostener durante largo tiempo un recio combate. Al fin son desechadas tales prudentes indicaciones. Luperón impone su criterio de batirse a todo trance. Impetuoso, como siempre, su entusiasmo contagia a casi todos. Retroceder! Ni por un pienso! Creerían que huimos! Qué vergüenza! Para cuando se acaben los cartuchos ahí estan los machetes, grita con voz de trueno. . . En vano Salcedo deja oir prudentes advertencias. La opinión del general Luperón triunfa en toda la línea. . . Fonso Ortiz, sereno y reflexivo, comprende que se vá a cometer una gran tontería, pero no dice ni jota viendo que en aquella gente inflamable la idea de dar la batalla gana terreno considerablemente. No quiere aventurar una opinión contraria porque la suya nada significaría compa-

rada con la de tantos guapetones y porque tal vez parecería como hija de la pusilanimidad o del miedo. Aunque en varias andanzas bélicas ha demostrado serenidad y sangre fría, en realidad él no es lo que se llama un hombre de guerra ni quiere ni pretende serlo. Cojeando, casi arrastrándose pues aún tiene la pierna inflamada, ha ensillado su mula. Los jefes principales van a ocupar sus respectivos puestos. El presidente Salcedo ha confiado la dirección del combate a la voluntad imperiosa del general Luperón. Este, oprimiendo los lomos de un fogoso corcel, sube y baja los cerros dando disposiciones para la inminente refriega. Bajo el sombrero de anchas alas, su rostro expresivo revela entusiasmo, confianza en el éxito. Incansable, vigilándolo todo, va de un lado a otro, entusiasmando a los que ve como flojos o rehacios. . .

Las guerrillas se despliegan desde arriba hasta el firme de las peladas laderas. Algunos tiradores se emboscan detrás de gruesos troncos de árboles. Se improvisa

apresuradamente algo parecido a una trinchera. Dos cañones servidos por artilleros inexpertos enfilan el centro de la llanura. De los soldados, aquí y allá, parten voces, frases rápidas y aisladas. . .

Lo que es hoy si va a haber mucho *melao*.

Mi compai Ruperto que los estaba espiando dice que son muchos y que traen cuatro cañones. Esto va a *jeder*.

Lo que es a mí no me cortan, porque tengo un *capulario* de la Vilgen de la Altagracia. . .

Lo que quiero es matal un jefe pa quearme con el caballo. . .

Esos cacharros son duros de pelar, pero le tienen asco al macheto. . .

Ahí vienen, ahí vienen. . . Por allí, por allí, poi donde se asunta aquel jumito.

Un sol de invierno derrama sus lampos sobre la amplia llanura. Es una mañana triste y húmeda de fines de Enero. Abajo, en la sabana, impera el silencio, un silencio imponente que, de tarde en tarde, permite oir misteriosos

rumores. . . Todas las miradas convergen al extremo de la llanura por donde el enemigo puede asomar de un momento a otro. Ha habido ya dos o tres falsas alarmas. Nada. Nada aún. Los jefes se multiplican dando las últimas disposiciones. Fonso Ortiz, ginete en su mula, se destaca entre el grupo de oficiales que rodea al general Salcedo. Con un anteojo puédese al fin divisar, en el confín lejano, una manchita negra que aumenta, aumenta. Las dos piezas están listas para romper el fuego. Pero el enemigo está aún muy lejos para poder precisar la puntería. La mancha negra sigue extendiéndose. . . Son muchos, muchos, le dice un jefe al general Luperón que pasa a su lado en aquel momento. Ajo, ajo, mejor, mejor, le contesta aquel remolineando su machete. . . Todavía lejos, la artillería española comienza a cañonear las posiciones de los restauradores. Las balas rasas pasan sin hacer daño. La mancha negra sigue extendiéndose. Súbito, una bala de cañón da en una.

barraca haciendo añicos el techo. Empiezan a silbar las balas de fusil. Los cañones revolucionarios contestan vigorosamente. La mancha negra va dilatándose, dilatándose. . . Una parte de la sabana y de los cerros comienzan a cubrirse de una obscura humareda. Los cañones del cantón siguen disparando. Una, dos, tres, cuatro veces. . . Antes de la quinta, la artillería española, rectificando la puntería, los reduce al silencio. Los artilleros, que han quedado vivos, huyen. Siguen silbando las balas. Pero con asombro general la mancha negra no sigue avanzando. Parece haberse detenido por algún percance serio. Los atacados se reaniman. Miedo, miedo, los cacharros se aflijen, grítase en las filas. . . La vocería es espantosa. Resuenan vivas estruendosos, exclamaciones de victoria. . .

Aquella detención inexplicable, después de iniciado tan vigorosamente el ataque, hace creer que algo muy grave le pasa a la columna española. Quizás

la muerte de su jefe principal, el bizarro general Alfau, tal vez. . . Hay que aprovechar el momento, piensan algunos jefes, Luperón principalmente. . . Un estremecimiento recorre las filas al escuchar a Luperón que, en medio del tumulto, grita hasta desgañitarse: Abajo, abajo todo el mundo! A formar abajo! Confundidos, en grupos, descienden los hombres para alinearse en el llano, al pie de los cerros, sobre los que continua cayendo como granizo, la metralla española. El enemigo aún no se ha percatado del movimiento de los patriotas. Pero en el preciso instante en que éstos, a la voz de Luperón, marchan a embestir a los españoles en mitad de la sabana, la linea enemiga, inmovilizada un rato para rectificar la formación, extiende sus alas y avanza semejando un semicírculo de fuego. Las cornetas españolas tocan marcha de frente. Los restauradores adelantan con horrible gritería. El choque es espantoso. La vanguardia revolucionaria es recibida por las bayonetas de la

cabeza de la columna española, que avanza, avanza con firmeza incontrastable. En vano el general Luperón hace titánicos esfuerzos, repartiendo machetazos a diestra y siniestra, para contener el empuje de los españoles. Inútil empeño. Una bala le tumba el caballo. Un grupo de cuarenta o cincuenta, Luperón entre ellos, se ve en ese instante envuelto por la infantería española. Luperón va ya a caer prisionero cuando un oficial azuano lo trepa a su montura. El héroe se salva y continua animando a los suyos con la voz y con el ejemplo, pero todo inútil. Retroceden, retroceden, cediendo paso a paso el terreno. El suelo está lleno de muertos y heridos. Algunos de estos lanzan horribles alaridos. Uno de los heridos, un moreno de gigantesca estatura, con las tripas afuera, se revuelve en convulsiones de horrible agonía. Sobre los muertos, sobre los heridos, pateándolos, triturándolos, como tempestad horrísona, pasa fulgurante la caballería española. Gritos estruendosos de

viva la Reina y viva la República resuenan repetidos, casi confundiéndose. Ya no hay orden ninguna en la tropa dominicana. Se combate cuerpo a cuerpo. Algunos jefes lidian en singular combate. Pero las colecticias milicias restauradoras inferiores en número y en armamento, resultan incapaces para medirse en campo raso con las disciplinadas tropas españolas. El avance de éstas es irresistible.

Muerta la esperanza, grupos de patriotas, como último recurso para la defensa, procuran rehacerse en las asperezas de los cerros en que hacía poco estaban atrincherados. Solo será por breves minutos. La columna española asciende, sube barriéndolo todo. Algunos, jadeantes, rabiosos, no quieren retroceder. Quieren morir matando. Escúchanse, en horrible confusión, en espantoso tumulto, denotaciones, chasquidos de armas blancas, vivas, imprecaciones, juramentos, blasfemias, lamentos de heridos, todo envuelto en una atmósfera casi irrespirable de un humo cada vez más denso y más ne-

gro. La sangre chorrea por las laderas formando minúsculos riachuelos de deslumbrante púrpura Un soldado, cegado por la humareda, no ve la bayoneta española que lo entra por la tetilla izquierda dejándole exánime. Se pelea durante un rato más a tiros, a machetazos, a puñaladas. . . La derrota va convirtiéndose en desordenada fuga. En vano el presidente Salcedo, el general Luperón, otros más, tratan de contener la dispersión, de impedir el pánico. Más fácil sería encauzar un rio desbordado. . . Fonso Ortiz, siempre al lado del general Salcedo, ha sido tocado ligeramente en una mano. Como todos, se ve arrastrado hacia atrás, en el impulso de toda aquella gente desesperada que se desbanda. . . El enemigo se adueña del campamento y por un largo trecho prosigue la persecución. El desbande es completo. Muchos no se detienen hasta el Sillón de la Viuda. Algunos, salvando la cordillera, van a llevar a algunos pueblos del Cibao la nueva del desastre. Los prisioneros he-

chos por los españoles, cruzando el Atlántico, irán a parar al mismísimo presidio de Ceuta. . .

No obstante lo desastroso de aquel combate; pocos días después, rehechos y organizados, ocupaban los patriotas las mismas posiciones prestas a reanudar las hostilidades con el mismo vigor y entusiasmo que antes. . .

CALLE DE AMARGURA.

Tres meses después, en uso de una licencia de un mes penosamente conseguida, regresaba Fonso Ortiz a Santiago. Aún no había acabado de desmontarse cuando sintió una mano que se posaba familiarmente sobre sus hombros. . ¡Rodolfo ! . . . Los dos viejos camaradas, compañeros de travesuras de la infancia y de calaveradas juveniles, se abrazaron con viva efusión de sincero afecto. . . Y la charla, cordial y animada, comenzó a desparramarse en palabras sueltas, en exclamaciones aisladas, en frases rápidas

y concretas. . . Fonso Ortiz, quejándose aún del estropeo del larguísimo camino, le daba pormenores de los últimos sucesos ocurridos en la campaña del Sur. . . Si, era verdad que el fanfarrón de Gándara acababa de encargarse de la Capitanía General. . . Vociferaba hasta desgañitarse, que ahora si se iba a acabar la revolución, parece que sin acordarse de lo que hacía pocos meses le había ocurrido en San Cristóbal. . . Tomó el pueblo metiendo mucho ruido con tal efímera victoria para pocos días después tener que salir de él, casi huido, en las sombras de una madrugada, procurando esquivar todo encuentro. . . Fracasaría indudablemente como Rivero y como Vargas. . . El Sur estaba casi compacto. No se podía ocultar, sin embargo, que las barbaridades de Florentino habían perjudicado mucho a la causa. . .

¿Y por aquí nada nuevo?

Desde hace días tenemos a Duarte en Santiago. . .

¡A Duarte! Recuerdo ahora que entre

la correspondencia recibida en el campamento había una comunicación en que se decía algo de esa venida.

En una carta muy hermosa anunció desde Guayubin su llegada al gobierno. Pero se va muy pronto. Dizque a solicitar armas y municiones del gobierno de Venezuela. Parece que tiene allí muy buenas relaciones. Pero en el fondo, ese es un pretexto para que se largue cuanto antes. . . Ya algunos intrigantes empezaban a hacer uso de su nombre despertando recelos y envidias en algunos tutumpotes. . . ¡Triste destino!

Fonso Ortiz se había quedado un momento silencioso como rumiando las palabras que acababa de oir. Duarte! . . . Lejanos, muy lejanos recuerdos, rompiendo la espesa capa de olvido que los amortajaba, se alzaban en su mente para como aves que han permanecido largo tiempo en duro cautiverio, sacudir sus alas entumecidas y errar libremente por los espacios de su imaginación. Duarte! ¡Cuántos, cuantos años hacía de eso, Dios

mío! . . Fonso tenía en aquel entonces ocho; pero con esa prodigiosa facultad de memoria en él característica reconstruía mentalmente hasta en sus más nimios detalles la inolvidable escena. La chiquillería, regocijada, tumultuosa, se agolpaba frente a la vieja casa, ahora en ruinas, en que se había hospedado Duarte a su llegada a Santiago. . . Hacía pocos meses de la proclamación de la independencia, de la obra magna en que había puesto todas sus energías espirituales, todos los contados bienes de fortuna de su mermado patrimonio. Se le acababa de nombrar, por medio de un pronunciamiento, presidente de la República, y con ese motivo la heróica urbe cibaeña ardía en explosiones de férvido entusiasmo patriótico. Mella, con la completa aquiescencia de todos los más distinguidos ciudadanos previamente convocados, había expuesto con la sabia elocuencia de los hechos la necesidad de elevar a Duarte a la primera magistratura no sólo como merecido galardón por sus

inmensos servicios a la patria, sino como un eficaz llamamiento a la concordia, como una invitación, como un medio de lograr que ante aquel ciudadano intogérrimo, de excelsa virtud republicana, que no nutría odios, que no alimentaba venganzas, que era por entero incapaz de mal, depusiesen sus rencores los ambiciosos vulgares y la paz definitiva fuera un hecho para que bajo su salvadora egida pudiera encaminarse el país por vía amplias y descampadas de necesario adelanto. . . Sueños, sueños. . . Todo aquello se desvaneció rápidamente en la tétrica noche del más acerbo infortunio. Fué como la visión, rápida y deslumbrante, de algo de momentánea y edificante grandeza cívica.

Fonso ardía en deseos de conocer personalmente al insigne patricio. Tan pronto se cambió el enlodado trajo del camino, después de pasar un largo rato en casa de Rosario, su primera visita fué a casa de Espaillat donde Rodolfo le había asegurado que iba Duarte todas las tardes.

Allí estaba efectivamente. . . Arrellanado en una cómoda mecedora púsose de pié al serle presentado el visitante. Fonso tuvo entonces la ocasión de contemplarlo a sus anchas. Contaba en aquel momento solamente cincuentiun años escasos; pero una vejez prematura había convertido sus negros cabellos en escasos mechones grises en que asomaban algunos hilos argenteos e impreso en el conjunto de sus nobles facciones el sello de una acentuada decadencia física. Parecía encorvado como si se viese constreñido a vivir soportando un mundo de desencantos y dolores. Amortiguado el brillo de sus ojos de rara expresión; pálidas y hundidas las mejillas; lacios y caidos los mostachos, todo en su rostro denunciaba como una inmensa expresión de cansancio, de intenso desaliento. . . Hablaba con lentitud como si las palabras se desprendieran lentamente de sus labios, fijándose poco en su interlocutor, como si su pensamiento vagase por mundos lejanos conversando con seres invisibles

o buscando en un punto del espacio cosas ajenas al momento presente. . . Parecía como un alma amenazada de inminente extinción que, por un momento, se rejuvenecía, cobraba vida y calor al contacto de las cosas exteriores. . . Fonso no apartaba de él la vista, contemplándole con no se qué dejos de acentuada devoción, cual si se encontrara ante uno de esos santos de mística y resplandeciente aureola, que, en las viejas iglesias, en el fondo de silenciosas capillas, a la mortecina luz filtrada por los vidrios de colores, reciben de continuo las encendidas oblaciones espirituales de férvidos creyentes. . .

¿Para qué viniste, pensaba Fonso, sombra doliente, sombra escapada de las agrestes soledades del Río Negro, en la hora triste en que, aún no terminada la lucha cruenta, aún dueño el enemigo de gran parte del territorio nacional, empezaban a perfilarse en el horizonte iluminado por el resplandor del incendio, las fisonomías siniestras, los gestos simiescos,

las groseras concupiscencias, de los ambiciosos vulgares, de los macheteros estultos que iban a malograr la aún no restaurada república convirtiéndola en palenque de torpes y mezquinas banderías personalistas? Disimulada bajo las apariencias de una comisión honrosa y patriótica, una nueva decepción, un cruelísimo desencanto, iba a obligarte a empuñar otra vez el báculo del peregrino para continuar errando por tu interminable calle de amargura. Eras demasiado grande para vivir en una patria en la que solo parece pueden vivir y prosperar los pigmeos, los ambiciosos del montón. Cumplidos veinte años de ininterrumpido destierro, de nuevo—para prestarle tu ayuda—en el seno de la patria que forcejeaba por romper las cadenas del coloniaje, el hado adverso que parece guiar perennemente tus pasos, te echa otra vez del amado terruño para llevarte por playas lejanas, a la orilla de extranjero río, huérfano de tu última esperanza, del supremo consuelo de cerrar

para siempre tus ojos en medio de los tuyos, en la distante tierra de tus amores y tus glorias. . . Hay mucho de doloroso y de sombrío en todo lo que se refiere a tu noble existencia. Tu infortunio excede en mucho a las comunes desdichas de la vida. El dolor, el desencanto, la desesperación fueron tu sino perdurable. De siervos inclinados sobre la gleba y desesperanzados de ser hombres un día, hiciste ciudadanos, formaste un pueblo libre, y eso fué para tu mal, para que te vejaran los mismos que habías sacado de la ergástula, para que cubrieran de espinas tu camino, para que la ingratitud más odiosa clavase en tu alma noble y sencilla su diente envenenado. Ríen tus veintiún años cuando, de regreso de Europa, la indignación hierve en tu pecho al contemplar la patria aherrojada, envilecida, convertida en vergonzoso latifundio de extranjeros señores. A despertarla de su pesadísimo sueño, de su esclavitud de algunos lustros, se encaminan sin desviarse ni un solo instante de la ruta

erizada de peligros todas las impulsiones de tu voluntad; todas las fulguraciones de tu inteligencia, todas las ardorosas manifestaciones del fuego sacro que, como en recóndito santuario, arde inextinguible en el fondo de tu alma generosa. . . Y cuando el sueño de toda tu vida se trueca en deslumbrante realidad, en la hora ansiada de las supremas satisfacciones, la copa que ponen en tus manos no contiene el filtro suave y dulce del reconocimiento popular, de la recompensa merecida, sino el tósigo del dolor que enfermará para siempre tu espíritu. El golpe del más horrible e inesperado desencanto te hiere alevosamente en mitad del pecho. . . ¡La prisión en infecto calabozo, el horrible, el interminable exilio, una sentencia de muerte gravitando sobre tu cabeza, he ahí lo que recojes como recompensa de tus salvadoras actividades patrióticas! Y ésto aún no transcurridos seis meses de libertada la patria principalmente por obra de tu inteligente y tesonero esfuerzo! . . .

En la inmensa desolación de tu vida fueron contadísimos los minutos de desbordantes satisfacciones. . . ¿Recordaste, acaso, al emprender por obra de desapoderada violencia la ruta de tu interminable ostracismo, aquel 15 de Marzo, aquel día grande, glorioso, magnífico, el único para tí de completo e inefable alborozo, en que, acabada de redimir la patria, al regresar de Curazao, encontraste un pueblo inmenso, agrupado en las orillas de tu río que, entusiasmado, delirante, te saludaba con exclamaciones triunfales llamándote *Padre de la Patria*? . . . Tronaba el cañón; a tu paso las tropas te presentaban armas, y de los balcones, desbordantes de damas, caía sobre tí lluvia de flores. . . Por las calles asoleadas, en gran profusión, las banderas nacionales, agitadas por la brisa, esparcían la pompa de sus tres simbólicos colores. . . ¡Qué inmensa satisfacción no inundaría tu grande alma cuando, gallardo, triunfante, hondamente emocionado, al cruzar el dintel del viejo hogar paterno, caiste en

brazos de la noble viejecita, de la madre amantísima que te esperaba inquieta, desolada, contando las horas! . . . Tales alardes del entusiasmo popular son precisa y desgraciadamente pasajeros. Son como exhibiciones pirotécnicas que solo por un instante nos deslumbran con sus vistosas irradiaciones policromas. Todo eso para presto, como la onda arrullante, como la ligera y caprichosa nubecilla, como las flores, como tantas cosas bellas y efímeras de la vida. Sobre el mar continuamente estremecido de la existencia individual escasas son las cosas que dejan luminosa y duradera huella. Después de disfrutar de muchas cosas que pródiga nos brindó la naturaleza terminamos por desvanecernos como ellas para por obra de misteriosa alquimia crear nuevas formas, nuevos aspectos de la realidad exterior en virtud del eterno dinamismo que caracteriza la vida. En nuestro pueril orgullo humano creemos que esas cosas tienen por obligado destino, por suprema finalidad, alumbrar y ameni-

zar la ruta de nuestra árida peregrinación al través del tiempo y del espacio. Pero somos tan fugaces como ellas. Apenas nuestro pensamiento se objetiva, toma forma precisa, concreta, cuando ya vemos que eso que suponemos durable se dilue en la instabilidad necesaria que forma, bajo apariencias más o menos estables, el ritmo de toda existencia. En ese ritmo, cuando se le observa sin prejuicios, palpita un continuo proceso de acción y de reacción, de flujo y de reflujo, de incesante movilidad que, muchas veces, en la vida social, no alcanza a descubrir nuestra percepción por más que lo desee tenazmente. En medio de ese vaivén, de esa instabilidad que caracteriza el permanente *devenir* del ser, hay espíritus que parecen como la excepción, que, por no se qué fuerza arcana muy íntima que predomina en ellos, atesoran un caudal de resistencia psíquica que imprime a ciertas modalidades de su pensamiento como algo de permanente o de inmutable. Duarte parece contarse en ese nú-

mero. Nada absolutamente de lo que deslumbra o seduce a la generalidad de los hombres, logró ni por un segundo borrar de su espíritu la visión de la patria más querida cuanto más infortunada y más ingrata.

Acaba de saborear las voluptuosidades del triunfo cuando el destino se le torna hosco y sombrío. Para él ya no habrá más verdaderas alegrías. Parecerá en lo adelante como el juguete de implacables hados encarnizados en amargarle la existencia. Su pensamiento y su sensibilidad no vibrarán ya de acuerdo con las placenteras realidades de la vida exterior. Mustio, entristecido, se le antojará el mundo. Lo verá todo al través de la melancolía que nubla su espíritu, de la decepción continua, implacable, que lo mantiene insomne mordiéndole las sienes, atenaceándole el alma. En medio de la calma augusta de las cosas, en el seno de la noche silente, bajo la claridad deslumbrante del sol o bajo el encanto del plenilunio, sólo él no experimentará

un momento de sosiego imposibilitado por la obsesión que tiraniza su espíritu de compenetrarse con la serenidad divina que lo circunda. El mar, el bosque, el valle, el río, la ciudad, todo lo que bulle, todo lo que fulgura, resbalará sobre su alma dolorida sin poder depositar en ella el almo goce que se desprende de una completa compenetración de nuestro espíritu con ciertas hermosas formas de la vida exterior. En él únicamente vivirá su pensamiento, dilatándose, derramando sobre la realidad circunstante efluvios del incurable desencanto que sin rival se enseñorea de su espíritu y que le será fiel hasta la muerte. Es cierto que casi siempre sentimos la influencia de aspectos muy acentuados y constantes de la realidad objetiva; pero cuando, en cierto modo, podemos resistir esa influencia, cuando bajo el dominio torturante de una idea llegamos a adquirir una visión unilateral de la vida, esa visión, resumiendo todo nuestro pensamiento, sintetizando toda nuestra potencia visual, ha-

ce muchísimas veces que veamos las cosas no como son realmente, no como están positivamente estructuradas, sino como las determina y colorea nuestro mundo instrospectivo. En éso quizás, en esa manera peculiarísima que poseen algunos de ver y asimilarse las cosas, radica probablemente lo que caracteriza la austera grandeza de algunos de ellos, como Duarte; su desprecio continuo de lo que juzgan accesorio o supérfluo aunque para muchos sea lo mejor de la existencia, para encerrados en el reducto de una idea luchar sin descanso por ella aún a riesgo de ser considerados por la mayoría como visionarios o como locos. . .

Duarte se ausentaba de momento de Santiago. . . ¿Cuándo y cómo volvería?, se preguntaba afanoso Fonso Ortiz. . . Cuando como un gladiador rendido por el pertinaz esfuerzo reposase en la lobreguez infinita de la muerte. . . Ya sólo volverían a la tierra dominicana sus yertos despojos. . . Otra vez surcará las azules ondas del Caribe, pero ya será ence-

rrado en una urna, sobre las crugientes tablas de un barco, arrullado por el viento y por la quejumbrosa sinfonía del oleaje. . . Y otra uez, como hacía cuarenta años, cuando envuelto en un resplandor de apoteosis pisaba el suelo de su ciudad natal orgullosa de ovacionarle como al más grande de sus hijos, otra vez la muchedumbre saldrá a recibirlo, pero ya no será a él, vivo, con la arrogancia de sus treintiún años, sino a sus restos gloriosos que cubre amorosamente el pabellón nacional para llevarlos presa de sublime emoción, en procesión solemne, a la histórica Catedral, a la capilla de los Próceres, para que en ella, por fin, pueda para siempre dormir en la tierra de su amor, ungido por el cariño de su pueblo, libre ya de las mezquindades e infamias que le hicieran cruzar por la vida con una corona de espinas en la frente y con una pesada cruz de dolores sobre sus hombros.

DE NUEVO EN CAMPAÑA.

Algo y aún algos había ocurrido en la familia de Rosario durante los meses de ausencia de Fonso Ortíz. En sus cartas habíale dejado traslucir la novia que enfermedades y censurables procederes de algunos de sus familiares la traían sumida en sufrimientos morales que mantenían en contínua excitación su delicado sistema nervioso. Pero en ninguna de sus cariñosas epístolas había contado el punto con todos sus pelos y señales, de modo que Fonso, aún barruntando algo serio, limitóse a conjeturas más o menos

razonables aplazando para su regreso a Santiago ponerse en autos de lo que sucedía. No quería forzar a Rosario a darle por escrito pormenores que quizás lastimarían su pudor o su amor propio. Tan pronto llegó a Santiago varios de sus amigos le informaron circunstanciadamente de cuanto había ocurrido en la familia Ordoñez. Sólo un mes había permanecido en Canca, pues el bueno de Don Matías con gran regocijo de su costilla y de las muchachas las había enviado a buscar tan pronto pudo llevar a cabo las reparaciones que necesitaba su casa en parte destruída por el incendio. Pero el buen catalán luchaba ahora con un cúmulo de dificultades económicas y domésticas. La porción mayor de su fortuna había volado. Quemados o robados habían desaparecido en aquel trágico 6 de Setiembre todos los efectos que contenía su tienda, una de las más acreditadas de Santiago. No había podido salvar casi nada. Sin lanzar una queja, estóicamente, como quien sólo ha nacido para

trabajar como un buey, entregóse de lleno, con la tenacidad que lo distinguía, a rehacer su fortuna echando manos a un regular número de peluconas que en los buenos tiempos llamaba expresivamente su reserva. Las cosas, sin embargo, habían variado muchísimo. La esperanza del lucro era escasa. La gente que batuteaba le cogía fiado como a otros comerciantes para vestir y sustentar la tropa dándole en cambio unos vales que sólo Dios sabía cuando podrían convertirse en moneda contante y sonante si es que ese milagro llegaba a verificarse. El consumo, por otra parte, había disminuido considerablemente. Con Puerto Plata estaban completamente interrumpidas las relaciones comerciales. Solo por Montecristy, amenazado de caer de momento en manos del enemigo, se traía algo, muy poca cosa. Por la frontera entraban con relativa frecuencia mercancías y provisiones; pero eso no bastaba para animar el negocio. Las transacciones languidecían. Don Matías miraba con espanto el

porvenir. Aquella maldita guerra no llevaba trazas de acabarse nunca. Aunque español no estaba mal visto, pues jamás se había enredado en la política y su larguísima permanencia en Santiago donde se había casado y formado familia le había permitido granjearse muchos amigos y relacionados. Ni aún en los momentos más aflictivos pasó por su magín la idea de que se quisiera molestarlo o causarle daño.

En el hogar pasaba también las de Caín el pobre Don Matías. Su consorte y sus dos hijas mayores le daban una vida de perros abrumándole con su permanente letanía de quejas y recriminaciones. Querían vivir con el boato y holganza de antes y le echaban al pobre hombre la culpa de la estrechez en que se encontraban por obra de las circunstancias. La única entrada de la casa era lo que se vendía diariamente en la tienda, ingreso que en días malos no bastaba para subvenir a las necesidades de la familia. Ni Doña Luisa, ni Julia ni Toña querían

bajar el lomo. Echaban pestes cada vez que el viejo, siempre tímidamente, les hacía la más leve insinuación en el sentido de reducir los gas-tos. Hablarles de barrer, cocinar, lavar, era como insultarlas. Rosario, resignada y resuelta, era la única que sin chistar aceptaba las imposiciones del hado adverso. Meses hacía que se había hecho cargo de la limpieza de la casa y vivía muy atareada cosiendo por paga, lo que motivaba que Julia y Toña la mirasen por encima del hombro, con gesto de menosprecio. . . Aquella casa se iba pareciendo cada vez más a un infierno. La situación hacíase día por día más insostenible. Don Matías se había resignado filosóficamente a aquella vida encontrando sólo leal y sincero cariño en Rosario. Al fin tiró el diablo de la manta. El presupuesto doméstico, cada vez más reducido, no daba para lujos, y Julia y Toña, cortando por lo sano, con sólo dos o tres semanas de intervalo, pájaros ansiosos de libertad, se escaparon de la jaula

del hogar para correr el mundo y dar satisfacción cumplida a sus inclinaciones pasionales. Julia se fué con un hombre casado, un comerciante de muchos mónises, que la cortejaba hacía tiempo y que para decidirla le regaló una casita coquetamente amueblada. Toña, sin encomendarse a nadie, se largó con el calavera de Paco Silva, ya en estado interesante, según afirmaban las comadres del barrio.

Doña Luisa, la madre, no tuvo la más leve palabra de reproche para las dos tórtolas escapadas. Muy al contrario. Eso era mejor, decía a su afligido consorte, que seguir llevando esta vida de perros. Y tímidamente al principio, y después con cierta desfachatez esbozaba la amenaza de dejar tambien la casa para irse a vivir con Julia. Ponía de contínuo en las nubes los teneres de ésta y el lujo en que vivía. Animosa y firme no temía Rosario las privaciones y los trabajos; pero la fuga de sus dos hermanas la acongojó bastante no sólo por lo que la avergonzaban sino principalmente por

si tales cosas contribuirían a amenguar el amor que Fonso la profesaba. Esta idea era su mayor tormento. Cuando el novio, ya de regreso, adiviuó en su primera entrevista el estado de ánimo de Rosario, apresuroso a devolverle la tranquilidad afirmándole que en nada ella había desmerecido de su cariño y que seguía abrigando el firme deseo de casarse con ella inmediatamente cesara la guerra. Y si no lo hacía antes era porque no se pertenecía mientras no triunfase la causa restauradora. Tenía sólo un mes de licencia; un solo, un solo mes, le había dicho el presidente Salcedo al concedérsela recalcando mucho sus palabras. El mozo se le había hecho indispensable. La simpatía que irradiaba de Fonso avasallaba a todos los que se ponían en contacto con él. . . Despues de tantos peligros, de lo que había sufrido en la vida azarosa de los campamentos, sentía como un anhelo vivísimo de vivir tranquilo en un hogar apacible sin apartarse un instante de la mujer amada.

Pasaba largas horas charlando con Rosario, forjando juntos planes de felicidad para el obscuro porvenir. . . Y cuidado que estaba hermosa e insteresante Rosario. Sonreían sus diecinueve primaveras. Todo un poema de amor parecía irradiar en la intensidad luminosa de sus ojos negros. Tenía atenciones y consuelos aún para su misma madre que tan mal la seguía tratando. Solo ella amaba a Don Matías procurando por todos los medios hacerle la vida más dulce y llevadera.

Conversaban plácidamente los dos amantes en la puerta de la casa una hermosa tarde de primavera cuando un soldado interrumpió la amorosa plática poniendo en manos de Fonso un oficio que tenía en el sobre la palabra urjente. Era una comunicación en que el general Salcedo le ordenaba ponerse inmediatamente en camino para una misión que debía desempeñar en San Cristóbal. . . Adios, adios hermoso y suave idilio! . . . A la guerra otra vez. Pero no tuvo una sola palabra de protesta. Rosario misma lo

estimula a cumplir su deber de dominicano. Volverás, pronto, le dice. . . Hay algo aquí, en el corazón, que me lo asegura. La milagrosa Virgen de las Mercedes velará por tí, agregó firmemente convencida. . .

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

DE LA GUERRA.

Amanece. Vago, trémulo, indeciso, un resplandor blanquecino comienza a despuntar en las obscuras lejanías del horizonte oriental luchando paso a paso, victoriosamente, con las postreras sombras de la noche que retroceden con lentitud avergonzadas y vencidas. Escúchanse intermitentemente relinchos de caballos y ladridos de canes. Los gallos entonan su cántico triunfal a la mañana que asoma alborozada. En el cielo parpadean todavía luminosamente algunas estrellas. . . Casi en mitad del camino de San Cristó-

bal a Santo Domingo, en el linde de una sabana, en unbohío de tosca apariencia se encuentra Fonso Ortiz acompañado de algunos hombres armados. Detrás del bohío, en una especie de amplio corral, dos o tres peones de la finca ordeñan afanosamente algunas vacas. Bajo la hábil presión de las manos el blanco e hirviente líquido cae en toscos recipientes de barro. . . La luz empieza a iluminar la vasta llanura. Hacía ya algún tiempo que Fonso residía en San Cristóbal en virtud de instrucciones muy detalladas y precisas del presidente Salcedo. Había ya en más de una ocasión congregado los jefes revolucionarios en la Comandancia de Armas para excitarlos a la unión en nombre de la patria, pues a su ver no tenían razón de ser en esos momentos conflictivos las diferencias, los antagonismos existentes entre algunos de ellos, lo que obstaculizaba el propósito de dar a las operaciones militares la unidad de miras que constituía la base de una campaña rápida y decisiva. Tales continuos

rozamientos perjudicaban mucho a la causa. Todo el tiempo lo pasaban algunos de esos jefes en dimes y diretes, en intrigas mezquinas para perjudicarse mutuamente. Dos o tres veces habían estado a punto de irse a las manos. Cada cual quería campar por sus respetos. Con el don de simpatía que emanaba de su persona, con su exquisito tacto, con el prestigio que le daban su carácter de comisionado especial y la gran amistad que sabían todos le profesaba el presidente Salcedo, con su innegable habilidad para suavizar asperezas, logrado había Fonso Ortiz en tiempo relativamente corto mejorar en mucho aquella situación incoherente y anárquica viéndose ya con viva satisfacción de los verdaderos patriotas que donde antes imperaba el desorden se acentuaba ahora un estado de cosas regular y estable. Diestramente tocó Fonso todos los resortes, halagando el amor propio de cada uno con frases encomiásticas y con el ofrecimiento de eficaces recomendaciones para el gene-

ral Salcedo a fin de que cada cual viese pronto atendidas sus aspiraciones de ascensos y de puestos. Y tambien, desde hacía algunas semanas, había conseguido relacionarse con dos o tres de sus antiguos conocidos de la Capital que cada vez que se podía le comunicaban valiosos pormenores que trasmitía seguidamente al gobierno provisional.

Justamente su presencia esa mañana en aquel sitio obedecía al propósito de encontrarse con un enviado de la Junta revolucionaria que debía comunicarle algo importante y que por no poder dilatar su regreso a la Capital no le era posible llegar hasta el mismo San Cristóbal. El enviado tenía todas las apariencias de un burdo campesino; pero bajo aquel rústico aspecto reconoció Fonso prontamente al más locuaz de los conspiradores que, hacía meses, había encontrado en la reunión efectuada en la casita cercana a la iglesia de San Miguel. Había venido desechando el camino real, por sendas extraviadas, para no toparse con algunas

de las guerrillas españolas que lo frecuentaban, pues si era conocido nadie lo salvaría de recibir el pasaporte para el otro mundo. A las primeras preguntas de Fonso rompió a hablar sin dar un solo momento de paz a la lengua.

Aunque ya tenían a Santana encima de la cabeza y muchos se alegraron de su muerte repentina, el caso es que todos dicen que muerto el perro se acabó la rabia. El edificio de la Anexión, que él levantó le ha caído encima aplastándolo. En la Capitanía General, en las oficinas, en donde quiera que se reunen empleados y militares, el tema de cuanto hablan es que la guerra se hace interminable, que este pedazo maldito de tierra le está costando a España mucha sangre y muchos cuartos sin ninguna perspectiva de compensación para tantos sacrificios. . . El quijotismo de Gándara ya no engaña a nadie. La ocupación de Montecristy ha venido a la larga a convertirse en un solemne fracaso. Lo que quieren todos es largarse de aquí cuanto antes. So

mantienen diciendo perrerías del país. . . En el Seybo se está batiendo bien el cobre. Algunos santanistas de pura copa se han pasado a los nuestros, entre ellos el coronel Virico García. . .

¡Virico García! Varias veces me dijo que mientras viviera Santana estaría a su lado. Y ha cumplido su palabra. Muerto su jefe y protector se ha ido donde lo llamaban su deber y sus sentimientos de dominicano. . .

Y las deserciones de generales y oficiales continuarán tal como van las cosas. . .

Al grano, al grano, dijo Fonso interrumpiendo el flujo de palabras que se le venía encima. Todas esas cosas aunque muy buenas, salvo lo del coronel Virico, son puras apreciaciones, generalidades. . . Creí que se trataba de algo más sensacional y concreto. . .

Pues vaya si lo es. La noticia no puede ser más morrocotuda. Un espía que tenemos en el mismo despacho de la Capitanía General, escondido detrás de una puerta, oyó una carta de Madrid que el

general Villar leía a Gándara y en la que un amigo comunicaba oficialmente al primero que era ya cosa resuelta que el Ministerio pidiera a las Cortes una ley disponiendo el abandono de Santo Domingo. Gándara estaba muy asombrado, pues no sabía ni jota de tal asunto. . . ¿Qué tal? No hay nada oficialmente todavía, pero todo parece indicar que la noticia es cierta. . . Lo que urge de momento es que nuestras guerrillas se acerquen lo más posible manteniendo la alarma en la ciudad con continuos tiroteos por Pajarito, Güibia y el mismo San Carlos si se pudiere. Hay que estrecharlos más y más, a fin de que gane terreno la idea de abandono en el más breve plazo posible. . .

La conversación languideció un momento. De pronto uno de los acompañantes de Fonso entró precipitadamente diciendo que se oían tiros, algo lejos, por el camino real, en dirección a Santo Domingo. En un decir Jesús todos estuvieron fuera del bohío. En el silencio

de la mañana oíanse ruídos lejanos que parecían como martillazos. Aquella gente, acostumbrada a ese ruído, no tuvo un segundo de vacilación. Eran tiros. Se peleaba seguramente por ese lado. Sin duda alguna tropa salida por la madrugada de la Capital se había tropezado con alguna de las guerillas revolucionarias que hacían frecuentes irrupciones por esos contornos. . . A caballo, a caballo, gritó Fonso. En un santiamén estuvieron todos montados dirigiéndose a escape hacia el sitio de donde procedían las denotaciones. . .

Ya al rebasar la llanura, el camino a poco andar se encajona entre bosques espesos. El terreno en algunas partes aparece bastante quebrado. Algunos zanjones y frecuentes cañadas cortan la línea sinuosa del camino. . . Engañada por falsos informes se había aventurado hasta allí una columna como de doscientos hombres destacada de San Carlos con el propósito de verificar un reconocimiento. Cuando el jefe, el comandante Ansurez,

que desconocía completamente el terreno, llamó al práctico para pedirle informes nadie supo darle razón de él. Había desaparecido como por encanto en un momento de descuido. El comandante comprendió pronto que había caído en una especie de emboscada. Tiroteada vigorosa e incesantemente en sus flancos y en su retaguardia la reducida columna había principiado a cejar iniciando un movimiento de retirada en que por medio de un rápido cambio la extrema vanguardia se había convertido en retaguardia. De los tupidos maniguales salía un fuego constante y mortífero. Los españoles seguían su movimiento de retroceso hacia la Capital con bastante orden contestando como podía el incesante tiroteo que salía de todas partes, que los tenía como encerrados en un círculo de fuego. Bien que mal, abandonando los heridos mas graves, la retirada proseguía en regulares condiciones y evidentemente parecía que iban a salir de aquella ratonera menos mal de lo que se habían figurado al

principio. Pero un movimiento rápido y desconcertante de un grupo de insurrectos que, de improviso, saliéndose del monte y colocándose en mitad del camino, había cortado en dos partes la columna española, fué causa de que un grupo de la retaguardia quedase aislado, sin contacto con el grueso de la fuerza que con inauditos trabajos continuaba lentamente su retirada sin percatarse de lo que acaba de pasar a una parte de ella. Por esa hábil maniobra un teniente y veinte o veinticinco soldados habían quedado en completo aislamiento, reducidos a rendirse o a morir combatiendo. Estaban puede decirse acorralados. Sólo tenían ante sí aparentemente sin contrarios, el camino que conducía a San Cristóbal, es decir, al enemigo, a la muerte infalible. Pero no se amilanaron. Sin titubeos aceptaron la sentencia del destino. Rendirse para que los mataran como habían hecho con otros, no, no valía la pena. Mejor era morir combatiendo. En ellos vibraba, en ese

momento supremo, el indomable corajo de la raza. . .

Reinó un momento de silencio solemne. Eran ya como las ocho de la mañana. Ríndanse, ríndanse, cacharros, les gritaban de todas partes. Ni uno va a quedar para contarlo. . . Mueran los cacharros! . . . El teniente, un joven alto, espigado, muy blanco, gallardo, de agradable fisonomía, de ojos azules, de finos bigotes rubios, sin perder la serenidad, continuaba dando órdenes, animando su gente. . . El grupo de insurrectos se había aumentado y avanzaba lentamente sobre los españoles que parecían dispuesto a vender caras sus vidas. El teniente no titubeó un momento para tomar su partido. Abrirse paso hasta reunirse a los suyos. . . Adelante, adelante, muchachos. Viva España, viva la Reina! . . . Bajo una lluvia de machetazos iban cayendo uno a uno. Ya no tenían municiones. No eran mas que diez o doce los que aún estaban en pié. Con los cañones de los fusiles procuraban parar los tremendos

golpes. El teniente, herido ya, chorreando sangre, hacía frente con su revólver a dos o tres, cuando un fuerte machetazo casi le cercenó la cabeza. . . Cayó cuan largo era a la vera de una cañada. En pié ya no quedaba ninguno. Muertos, muertos todos. . . Algunos se abalanzaron sobre el cuerpo del teniente para despojarlo de lo que llevaba encima: un reloj con su leontina, unas monedas, un cortaplumas de nácar. Parecían fieras salidas de no se qué antro pavoroso. . . En ese momento aparecía Fonso con su gente. De una mirada lo comprendió todo. . . Encarnizados en su obra, los despojadores seguían, manchadas de sangre las manos, esculcando en los bolsillos de la chaqueta del teniente. En uno muy oculto encontraron una cartera. Fonso estaba ya casi encima de ellos. . . A ver, a ver, ajo, déme éso, gritó impetuoso. Debe tener papeles importantes que, interesan al gobierno. . . Los que habían cojido los otros objetos, temiendo se los hicieran devolver, habíanse alejado internándose en

el monte. El soldado a quien se dirigía Fonso titubeó un momento, pero viendo el gesto resuelto de aquel hombre y de los que le acompañaban le alargó la cartera con expresión de marcado disgusto... Sobre los cadáveres esparcidos a ambos bordes de la cañada, sobre los charcos de sangre, sobre las armas destrozadas y esparcidas por el césped, el sol, indiferente a tantos horrores, derramaba la pompa magnífica de sus fulguraciones...

Esa noche, en su cuarto de San Cristóbal, a la luz de una vela, púsose Fonso Ortiz a examinar la cartera que había arrebatado esa mañana de manos del soldado. Sobre el fino tafilete lucían una R. y una S. de plata artísticamente enlazadas. Contenía varias tarjetas y dos o tres cartas. En una de las tarjetas leyó lo siguiente: Remigio Solis—Teniente de la 2ª compañía de Bailen... Abrió una de las cartas echando sobre lo escrito una mirada distraída. Poco a poco, sin embargo, pareció interesarle la lectura. Estaban escritas con una letra menudita

que a la legua se adivinaba que era de mujer. Fonso continuaba absorto en la lectura. . . Afuera, en la calle negra y desierta, proseguían los grillos su estridente serenata. Una inmensa paz descendía del estrellado firmamento. . . Las cartas eran de María Torres, la novia del teniente, y venían de muy lejos, de Granada, la histórica urbe cuya contemplación arrancó a Boabdil, el rey moro vencido; hondos sollozos al despedirse de ella para siempre. . . A medida que leía un sentimiento de inmensa piedad iba adueñándose de Fonso. . . Pobre, pobre María, pensaba. Y no sé que conexiones íntimas creía encontrar entre ella y Rosario. En esas amantes epístolas palpitaba un corazón sensible de mujer henchido de inmensa pasión. Cuánta ternura diluida en ellsa! Cuántos hermosos proyectos para lo porvenir! Evocaba recuerdos que debieron traer al pobre teniente, envueltos en aquellas frases de amor, rumores del Darro y del Genil, auras suaves de la Sierra Nevada, perfu-

mes y músicas de los rientes cármenes granadinos. Contenían todo un poema de amor. . . El, Remigio, su Remigio, regresaría pronto, terminada aquella maldita guerra, triunfante, ya con las tres estrellas de capitán, y entonces, ya no esperarían más, se casarían, realizarían por fin la esperanza de toda su vida, verían por último cumplido el anhelo que alimentaban desde niños cuando, jugando juntos, él le decía mi mujercita y ella mi maridito!. . . Y ahora, en ese momento, estaba él a poca distancia de allí, deshecho a machetazos, pudriéndose al aire libre, masa imforme de materia, de algo que fué un día cuerpo gentil en que llameó intensamente la vida, en que se albergó un noble espíritu que nutrió esperanzas y alimentó ideales; y ella, María, a miles de leguas, al otro lado del mar, soñando con él, quizás, insomne, escribiéndole en ese mismo momento para condensar en frases de viva ternura toda la desbordante pasión de su alma. . . Oh! la guerra, la guerra cruel e implacable!

EN SAN CRISTOBAL.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

San Cristóbal era en aquella época una especie de destartalado villorrio que solo tenía alguna importancia por su proximidad a Santo Domingo. Todos los domingos, días de mercado, una gran concurrencia procedente de los campos vecinos daba inusitada animación al pueblo. Dos prolongadas hileras de rústicos bohíos alineados con pintoresca irregularidad formaban la calle principal del poblado. En la parte opuesta del río, del rumuroso Nigua, que mansamente la acaricia, tupidos bosques dilataban la extensa

cortina de su vegetación exuberante. La iglesia, como dominando el caserío, exhibía las formas de su sencilla arquitectura. . . Pobre, de muy relativa importancia, este pueblo cuenta en su historia páginas de gloriosa resonancia patriótica. En él se reunió el primer Congreso Constituyente de la recién proclamada República; de allí salieron repetidamente contingentes numerosos de bizarros guerreros que, en muchas ocasiones, cosecharon copiosos laureles lidiando con singular denuedo con las huestes haitianas en las llanuras y serranías occidentales. Quinientos aguerridos soldados sacó Santana de esa laboriosa común para engrosar las filas de la columna con que pensaba dar el golpe de gracia al movimiento restaurador del Cibao; pero a los pocos días de estacionamiento en Guanuma, uno a uno primeramente y despues por grupos, fueron los de San Cristóbal desertando para incorporarse a los núcleos de patriotas que empezaban a formarse en el Sur contra la dominación española. . . Dos veces,

durante el bienio restaurador, adueñáronse de él las tropas peninsulares teniendo que abrirse paso a fuego y sangre para sólo permanecer en su recinto breves días, combatidos a todas horas por las guerrillas compuestas por todos los hombres que en la población y en sus campos estaban en estado de tomar las armas. En las dos ocasiones en que fué San Cristóbal ocupado, las tropas españolas lo encontraron desierto, abandonado, sin un alma en sus calles ni en sus casas herméticamente cerradas, especie de impresionantes tumbas de una lejana y fantástica necropolis. . .

A dos pasos de la Comandancia de Armas en un bohío amplio, de cierta apariencia, recién enjalbegado tenía Fonso Ortíz su alojamiento. Estaba allí puede decirse a sus anchas. Las dueñas de la vivienda, las Rosales, una viuda muy entrada en años y su hermana una fea solterona que desde que se levantaba hasta que se acostaba vivía rezando y comiéndose los santos, mantenían del

producto de la venta de dulces que confeccionaban cotidianamente y que tenían mucha demanda. Fonso era allí atendido a cuerpo de rey por un pequeño extipendio mensual. Entre el huésped y Doña Paula y Doña Francisca existía ya tanta confianza que Fonso podía creerse como si estuviera en su propia casa. Su menor indicación era como una orden para aquellas dos buenas mujeres. La solterona, Doña Francisca, ardiente patriota, hacía frecuentes novenas a no se qué santos milagrosos para que triunfaran presto los restauradores. Fonso bromeaba mucho con ellas. Fué para él una grandísima fortuna haber tropezado con gente tan servicial y buena. Cuando semanas después de su llegada a San Cristóbal cayó enfermo de suma gravedad, sin el cuidado esmeradísimo, sin la abnegación de aquellas dos nobles mujeres que se consagraron en cuerpo y alma a atenderlo, a cualquiera hora del día y de la noche en la cabecera del enfermo con el remedio en la mano, quizás se hu-

biera quedado Fonso allí para siempre en la melancólica paz del camposanto del pueblo. Su dolencia fué larga y hasta peligrosa. Vago malestar al principio caracterizado por frecuentes dolores de cabeza y por un molesto escalofrío que culebreaba a ratos por todos sus miembros, la enfermedad fué creciendo a ojos vistos, ganando terreno hasta asumir aspectos inquietantes que alarmaron grandemente a las dueñas de la casa y a mucha gente buena del vecindario. El Comandante de Armas envió volando un expreso a Santiago con la notica de la gravedad del comisionado del gobierno provisional. Interrumpida la comunicación con Santo Domingo los recursos facultativos eran poco menos que imposibles. Un poco de quinina pudo conseguirse y éso a costa de grandes sacrificios. . .

¿Cómo supo Rosario, en Santiago, que su novio, presa de cruel dolencia, estaba muiréndose en San Cristóbal? Sin duda por algún amigo de Fonso que estaba de servicio en el gobierno y que

oiría hablar del expreso llegado de aquella población. La noticia de la gravedad del bien quisto mozo se propagó pronto alarmando extraordinariamente a sus familiares y a sus numerosos amigos. Con esa rapidez de resolución que la distinguía, resolvió Rosorio en el acto, sin titubear ni un segundo, cueste lo que costare, dijera lo que se dijera, trasladarse inmediatamente a San Cristobal. Nadie pudo disuadirla de tan temerario empeño. Ante advertencias y consejos permaneció firme como una roca. Dijo que iría, que iría, así supiera que iban a matarla en el camino. No hubo manera de contrariar tal propósito. Se fué acompañada de una mujer de Gurabo que tenía un hijo de servicio en San Cristóbal y que se corría que estaba herido y de un peón de la entera confianza de Don Matías. . . Trepó por los abruptos repechos de la gigante cordillera, vadeó ríos caudalosos, cruzó dilatadas llanuras, sin pensar en riesgos, sin sentir cansancio, sin fijarse casi en los sitios por donde pasaba, im-

pulsada y sostenida por la fiebre de llegar pronto, sospechando a cada vuelta del camino que quizás arribaría tarde, que tal vez encontraría agonizante o enterrado ya al amante que idolatraba. Al tercer o cuarto día de viage, cayendo la tarde, alcanzó a divisar los primeros bohíos del pueblo. . . ¿Cómo estaría Fonso? Si lo encontraría sin vida? En vano al desmontarse en casa de las Rosales le aseguraran ambas hermanas que Fonso seguía lo mismo, que dormía en ese momento con un sueño muy agitado y que el curandero que lo asistía había recomendado muchísimo se hiciese el menor ruído posible. Fué inútil tratar de impedir que Rosario entrase al aposento. En puntillas, deslizándose sin ruído, penetró en el cuarto sumergido en una especie de semioscuridad que no permitía distinguir bien los objetos. En una mesita ardía una lamparilla de aceite ante una imagen de la Virgen de la Altagracia. Ese lado de la pared estaba materialmente lleno de estampas de santos.

Poco a poco fué Rosario distinguiendo con precisión los objetos. . . Fonso yacía en un catre muy limpio hundido en los limbos de un sueño sobresaltado, murmurando retazos de frases, palabras sin conexión, ideas incoherentes. Bajo el ala ardiente de la fiebre vagaba su imaginación, negro corcel desbocado, por mundos quiméricos creados por su desbordante delirio. . .

Rosario, conmovida hasta lo más hondo de su ser, de pie ante el catre, lo contemplaba ansiosa con los ojos anegados en lágrimas. La enfermedad había hecho en Fonso visibles estragos. Por su tez lívida, por sus hundidas mejillas, por sus miembros enflaquecidos, parecía estar ya pisando los dinteles del sepulcro. Doña Paula y su hermana, consolándola, la hablaban casi al oído con voz tenuísima que semejaba suave murmullo de blando céfiro. Rosario salió de la estancia sollozando. Las dos hermanas y algunas vecinas caritativas procuraban darle ánimo. El médico, un curandero de

mucha practica y muchos aciertos, abrigaba esperanzas. A otros peores había levantado. No había para que desesperarse. La Virgen de la Altagracia lo salvaría, aseguraba con firme convicción Doña Francisca. Rosario, en el camino, había hecho ya la promesa de ir a Higüey, a pie, al venerado santuario, si Fonso no se moría. Sólo dedicaba breves horas al sueño. Pasaba todo su tiempo á la cabecera del lecho en que Fonso luchaba entre la vida y la muerte. Ya hacía días que había perdido el conocimiento. Deliraba de continuo y en las explosiones de su extravío nombraba con frecuencia a Rosario. . . . Y ella allí, tan cerca, pegada a él, pasando con frecuencia su pañuelo sobre la frente sudorososa del enfermo. . . ¡Cuántas, cuantas horas pasó así, velándolo, esperando ansiosa el menor asomo de mejoría, mientras tenaz, espantable, revoloteaba sobre Fonso la mariposa negra de la muerte! . . Al fin lentamente fueron presentándose y acentuándose signos de que la intensi-

dad del mal decrecía. Una mañana, al despertar, notaron todos, con inmenso júbilo, que el enfermo recobraba el conocimiento. Cuando vió a Rosario ante él una mirada y una sonrisa iluminaron su rostro enflaquecido, exángüe, macilento, parecido al de un Cristo moribundo. . .

POLITIQUEO DE CAMPANARIO.

Con suma lentitud iba Fonso Ortiz recobrando la salud, volviendo a su anterior estado de vigor y lozanía. En su rostro espresivo llameaba nuevamente la vida. En sus negros ojos comenzaba a lucir el acostumbrado brillo. Por consejos del curandero que en el caso de Fonso demostró tener el acierto que cualquier sapiente facultativo habíase ido el mozo a pasar la convalecencia en el campo, a una estancia muy cerca de La Toma, propiedad de un pariente muy cercano de las Rosales. Ejercicio moderado y me-

tódico y leche en abundancia acabada de ordeñar fué cuanto le recetó el curandero quien sabía bien lo que traía entre manos, Pocos meses de aquella existencia metódica, al aire libre, sin mayores preocupaciones, completaron muy satisfactoriamente el restablecimiento de Fonso. Era ya el mismo mozo alegre y robusto de antes. Tan pronto como estuvo fuera de peligro, regresó Rosario a Santiago comprendiendo que estaba allí demás, que su presencia podía dar lugar a habladas que quería evitar, que su deber la llamaba ya al lado de sus padres. Espíritu de cierta superioridad, en ella el deber, lo que entendía por tal, no era el concepto de acatamiento a tales o cuales convencionalismos de la vida social, sino producto de algo muy íntimo que en el fondo de su conciencia aparecía siempre como revestido de caracteres luminosos que le marcaban un rumbo seguro y fijo. No era buena porque así se lo ordenasen normas de conducta generalmente acatadas. Lo era porque en su espíritu vi-

braba con fuerza un sentimiento muy personal que la hacía odiar casi instintivamente, sin mayor fuerza de raciocinio, lo que a primera vista se le antojaba mezquino o repugnante. A pesar de tal instintivo conocimiento de las cosas raras veces incurría en error. Tenía una lucidez admirable para discernir lo benéfico o nocivo de las cosas. . . Era ya cosa decidida su matrimonio. Se casaría con Fonso tan pronto regresase éste a Santiago. Asunto de pocos meses más.

La guerra había virtualmente cesado. Ya no se daban combates mortíferos. Ligeras escaramuzas era cuanto en materia de guerra habíase registrado en los últimos meses. Había sido una excepción el combate de La Canela tan favorable para los restauradores. Despues de cruentas peleas, las tropas peninsulares habían abandonado el Seybo convencidas de su impotencia para pacificar aquella extensa provincia. Y se afirmaba ya que harían lo mismo con Baní y el Maniel y los tres o cuatro puntos fortificados que aún po-

seían en las costas. Todo el mundo, chicos y grandes, estaba bien enterado de que a esas horas debía haberse presentado a las Cortes españolas una ley ordenando el desalojo de la colonia cuya reciente reincorporación había resultado tan desastroso para la vieja Metropoli... El hórrido choque de las armas no resonaba ya en montañas y llanuras. El país continuaba en pie de guerra, anémica la agricultura, paralizado el comercio, extinta o poco menos la actividad dignificadora del trabajo. Se deseaba ardientemente salir de aquel triste estado de cosas. Una solución definitiva se imponía. Y primero con pretexto del cange de prisioneros y despues por solicitaciones directas, buscábase por medios diplomáticos llegar a un acuerdo que permitiese a España retirarse en las mejores y más honrosas condiciones para ella.

Cuando Fonso Ortiz, rebosante de salud, efectuó su regreso del campo donde tan buenas horas había pasado para hospedarse nuevamente en casa de sus ex-

celentes amigas las Rosales, sucesos que desconocía completamente ocurridos durante su enfermedad y su permanencia en la finca impresionaron honda y dolorosamente su espíritu. Había estado mucho tiempo materialmente imposibilitado de ocuparse de nada que oliese a política. Al volver del campo no sabía nada de acontecimientos recientes. Fué como si ante sus ojos se descorriese una cortina de improviso permitiéndole ver muchas cosas de distintas formas revueltas confusamente. . . Se quedó turulato, asombrado, creyó soñar, cuando le contaron con muchos pormenores el trágico fin de su gran amigo el general Salcedo, derribado del poder y asesinado después impíamente, en una playa desierta, en una tarde sollozante de Noviembre. . . Se resistía a dar crédito a tal estupenda noticia. . . ¿Eso, éso, eso era cierto?, repetía. ¿Era verdad que habían fusilado así, sin más ni más, al más gallardo y arrojado de los paladines restauradores? Una turbación extraña invadió su ánimo pasadas

las primeras impresiones de su inmenso dolor. ¿Era posible que aún profanado el territorio nacional, ambiciosos vulgares, a los ojos mismos de los españoles, levantasen su fatídica cabeza para desencadenar sobre el país los horrores de sangrientas luchas intestinas?

El tambien empezaba a sufrir las consecuencias de esos sucesos. Durante su ausencia, las nuevas autoridades, los polanquistas, haciendo gala de su exagerado celo personalista, habían registrado su cuarto llevándose sus armas y todos sus papeles. . . Se le consideraba como salcedista neto, como desafecto al nuevo orden de cosas y se procedía en consecuencia acatando cánones nunca envejecidos del politiqueo partidarista. A él, que siempre había sentido asco por esa política nauseabunda de campanario. Pronto comenzó a notar que a su lado se hacía el vacío, que gentes que antes le rodeaban haciéndole la corte por suponerle gran influencia con el general Salcedo, ahora, juzgándole como caído, le pasaban

por el lado como si tal cosa, saludándolo apenas, como si hablando con él temieran comprometerse ante los flamantes y engreídos caciquillos conductores del hato. Sí, estaba *abajo*, como se dice en la jerga partidarista. Se le suponían ambiciones políticas y él en realidad no tenía ninguna. Su sueño dorado era ver terminada la guerra con el abandono por los españoles del territorio, para que ya libre la patria, cumplido lo que juzgó su deber, pudiera él tornar a su ciudad natal, casarse con Rosario y dedicar toda su inteligencia y todas sus actividades a rehacer la mermada fortuna de su padre... Pero cada vez que delante de él, en las conversaciones, se traía a colación el nombre del general Salcedo, no podía Fonso contenerse. Sin miedo a nada ni a nadie echaba afuera su indignación apostrofando sin contemplaciones a los autores de la muerte del generoso guerrero. Su indignación subía de punto cuando algunos pretendían atenuar aquel hecho considerándolo como exigencia ine-

ludible de las circunstancias del momento. Fonso no entendía de tales componendas. Eso no era más, decía, que un asesinato, un infame asesinato. A las cosas había que llamarlas por su nombre. Lo demás era cobardía o cosa peor. No se mordía la lengua para decir cuatro claridades al mismo lucero del alba. Tales imprudencias lo hacían naturalmente más sospechoso. En el Correo abrían su correspondencia para ver si contenía algo subversivo. Al fin comprendió que debía recoger velas. Tales conversaciones trasmitidas, comentadas y exageradas, al gobierno de Santiago por algunos chismosos empecatados, fueron causa de que se diera la orden de meterlo en chirona y remitirlo a Santiago para darle seguro hospedaje en un calabozo del fuerte de San Luis. A tiempo lo supo por un empleado de la Comandancia que le debía un gran servicio, y con muy buen acuerdo prefirió ocultarse mientras pasase la racha, pensando como dice la gente del pueblo que «el monte es más grande que la iglesia.»

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

DESDE SAN CARLOS.

Fonso Ortiz ocultóse en la misma estancia en que hacía poco había pasado una temporada con el objeto de restablecer su salud. Monte adentro, en las fragosidades del bosque, entre breñales, moraba en una rústica choza en que un peón de confianza que dormía allí le llevaba cotidianamente el alimento. Como por lo general sucede, en los primeros días se le persiguió con ardor, pero poco a poco fué enfriándose el celo del caciquillo comunal al extremo de que dos semanas después nadie se acordaba ya del fugiti-

vo. Bien es verdad que dos o tres que bien lo apreciaban en San Cristóbal habían hecho correr la voz de que le habían visto pasar por un campo de Baní, rumbo a la frontera. . . Pero la reacción vino más presto de lo que se creía. La tortilla se había vuelto. El movimiento encabezado por el general Pimentel para derribar el gobierno de Polanco encontró propicia atmósfera en la opinión de la mayoría. Engrosado por las mismas fuerzas destinadas a combatirla, el triunfo más completo había coronado, sin efusión de sangre, los pasos de aquella insurrección. Una de las primeras medidas de la nueva situación fué dictar un decreto ordenando la persecución por las vías judiciales de los causantes del fusilamiento injustificable del general Salcedo. Los salcedistas estaban, pues, ya en el candelero. A vuelta de poco más de tres meses los salcedistas, los de *abajo*, se habían convertido en los de *arriba*, cosas por demás muy frecuentes en estas flamantes y levantiscas democracias. Fonso

Ortiz salió de su escondite regresando a San Cristóbal con aires de vencedor. Todas las manos, aún las de los mismos que hacía poco temían su contacto, se tendieron placenteramente al encuentro de las suyas. Todos los rostros lo sonrieron. . . Todos, en gemebundo coro, lamentaron y censuraron las persecuciones de que había sido objeto. . . Triunfe usted y échese a dormir, que lo demás viene solo, le decía con cierta filosofía barata la dueña de la casa, que por lo que le había pasado a su difunto esposo sabía algo de las andanzas y altibajas de la política partidarista. . . La casa se le llenó de gente. Fonso sonreía con gesto de mal disimulado desprecio. Aquellas manifestaciones del rebaño en lugar de regocijarlo o envanecerlo le causaban en el fondo profundo disgusto. Escribió a Santiago anunciando su regreso para principios del próximo mes.

Pero iba a tener forzosamente que demorar ese viaje. De hacía algún tiempo habíanse entablado negociaciones entre

la Capitanía General y el gobierno de Santiago para estipular los términos de un convenio que fuera, según se decía, honroso y satisfactorio para ambas partes. El gobierno creyó que Fonso podía ser de alguna utilidad en aquellas negociaciones y decidióse que acompañara a la Comisión ya nombrada para tratar en nombre del país con el carácter de secretario de ella o cosa por el estilo. Recibió varias cartas de personas importantes encareciéndole mucho su aceptación. El mismo general Pimentel le escribió una carta llena de expresiones lisonjeras para Fonso. No tuvo más remedio que acceder. Se le hablaba en nombre de la patria y no podía negarse a prestarle este último servicio. La Comisión había salido ya de Santiago para Santo Domingo y las instrucciones de Fonso le prescribían unirse a ella tan pronto se designare el sitio para celebrar las conferencias. La quinta del Carmelo, en las afueras de la ciudad, fué el sitio escogido para las negociaciones. Oportunamente adverti-

do por dos de sus viejos amigos capitaleños, siempre bien enterados, conocía Fonso con todos sus pelos y señales lo que Gándara se proponía pedir como bases principales del proyectado convenio. Esas bases eran en extremo desdorosas para el país. Así se lo dijo a los comisionados tan pronto pudo entrevistarse con ellos; pero, desde las primeras palabras, comprendió con dolor que en ellos predominaba la idea de acabar pronto, aún por medio de los mayores sacrificios, de terminar inmediatamente aquella guerra ruinosa, cueste lo que costare. . . No podía Gándara encontrar terreno más abonado para sus exigencias desmesuradas. Despues de mas o menos discutidos, los comisionados dominicanos aceptaron todos los puntos en que Gándara hacía principalmente hincapié, firmando un convenio que satisfizo por completo al irascible Capitán General. . . Con frases destempladas, rebosantes de amargura, Fonso Ortiz se pronunció abiertamente contra aquel pacto que calificaba de omi-

noso. Las cosas, repetía, habría que llamarlas por su nombre. Aquello era pura y simplemente una capitulación. ¡Qué cosa más peregrina, argüía Fonso excitado hasta el colmo, los vencedores capitulando!. . . Fué acaso más que imprudente en el desahogo de la indignación que hervía en su pecho. Ciertamente que por lo subalterno de su cargo él no asumía en aquel asunto la menor responsabilidad, pero como dominicano sentía aquel desenlace como algo bochornoso que en mucha parte malograba los sacrificios y abnegaciones de un bienio de lucha sangrienta y porfiada. Sin decir nada a nadie montó en su mula picando hacia San Cristóbal desde donde, por medio de un expreso despachado a la carrera, escribió a sus amigos del gobierno dándoles circunstanciados pormenores de lo que se había hecho y manifestando sin ambajes su completa inconformidad con aquel pacto humillante.

Su indignación encontró eco prolongado en la heróica urbe en que tenía su

asiento el gobierno. Una ola de hirviente desaprobación corrió por calles yplazas, penetró en los hogares y rugiente e impetuosa alcanzó las alturas en que actuaban los supremos directores de la cosa pública. No había quien no considerase inconvenientes y denigrantes para el país las estipulaciones del convenio del Carmelo. El gobierno, sin vacilar ni un segundo, dió la más rotunda desaprobación a aquel pacto fundándose principalmente en que los comisionados se habían por completo excedido de las instrucciones precisas y completas que llevaban. Y con el fin de probar que quería sinceramente llegar a un acuerdo equitativo que conciliase satisfactoriamente las dificultades que se presentaban, nombró otra Comisión compuesta de dos altas personalidades políticas para alcanzar lo más brevemente posible eso anhelado desenlace. . . Pero Gándara, violento y rabioso, rompió con toda negociación declarando colérico que no aceptaría nada que no fuese llana y sim-

plemente la completa aceptación del convenio firmado. Se desfogaba en amenazas que sonaban a hueco, en alardes de desesperada impotencia. Era para él como el triste despertar de un sueño agradable. Había abrigado la fundada esperanza de retirarse de la perdida colonia con humos de triunfador, como quien ha impuesto su voluntad cual ley suprema, y se marchaba ahora constreñido por el hado representando el papel de un vencido, lo que realmente era, acibarado intensamente su altivo y orgulloso espíritu por los desencantos y tristezas de su ruidoso fracaso. En el desbordamiento de su despecho, inutilizó piezas de artillería, arrojó al mar armamentos, y decidió llevarse como rehenes grupo numeroso de personas distinguidas de la sociedad capitaleña. . . Furor inútil. . . El destino había ya hablado. Las guarniciones de diversos puntos del país habían sido ya concentradas en el amplio recinto de La Fuerza. El 10 de Julio las fuerzas acantonadas en San Carlos desocuparon el

pueblo. Quedaba sólo en poder de los españoles la gloriosa Santo Domingo de Guzmán. El 11 de Julio, en las primeras horas de la mañana, en perfecto orden militar, transportáronse a los buques surtos en la ría y en el Placer de los Estudios todas las fuerzas que componían la guarnición de la plaza. . .

En San Cristóbal supo Fonso la desocupación de San Carlos y que se había fijado el día siguiente 11, para el embarque definitivo de las tropas. No quiso dejar de presenciar ese acto de tanta trascendencia para el país. Era la ardiante coronación de la magna obra a que hacía más de dos años había consagrado todos los esfuerzos de su inteligencia y de su voluntad resuelta y tesonera. Algunos amigos se brindaron a acompañarlo. La noche anterior se acostó Fonso tarde, durmiendo con un sueño agitado, frecuentemente interrumpido, devorado por la impaciencia, presa de la espera. . . Desde muy temprano, un ruidoso grupo de varios amigos, galopaba

en dirección de San Carlos. . . Era una mañana estival, cálida y luminosa. Los caballos, lanzados a escape, dejaban tras sí nubes espesas de polvo. En el verde obscuro de la vegetación ponían los flamboyanes la intensa coloración roja de sus flores. Al encontrarse en San Carlos buscó cuidadosamente el punto desde donde se pudiese contemplar mejor la escena emocionante de la partida. Pintiparado para observatorio le pareció el campanario de la iglesia. Desde allí podía contemplar el espectáculo a sus anchas. Subió a la torre nervioso, excitado, impaciente. No pudo contener un grito de admiración ante el vasto paisaje que se desarrollaba ante sus ojos. Desde el sitio en que se había colocado dominaba una vastísima extensión de terreno. Una gran porción de la ciudad, los mástiles que emergían de la ría, parte de Pajarito, la rada entera, la torre del Homenaje, masas obscuras de vegeteción, el mar, el mar inmenso dilatándose hasta confundirse en el firmamento azulado, todas

estas cosas veíanse clara y distintamente formando un conjunto de bellezas; un maravilloso espectáculo que surgía pleno de vida en aquella espléndida mañana de Julio, serena, apacible, pletórica de sol... Fonso, absorto, deslumbrado, hundía sus miradas en la porción del horizonte que formaba el maravilloso fondo del cuadro, en la ancha faja azul del mar Caribe encrespado y rugiente que extendía la cinta blanquecina de la espuma de sus olas a todo lo largo de la línea sinuosa de la costa... Vistas a esa distancia, semejaban manchitas albas las velas latinas de los balandros que rasgando velozmente la sabana cerúlea buscaban la entrada de la ría. De las chimeneas de los grandes vapores de ruedas que empezaban a alejarse lentamente salían espesas nubes de un humo muy negro. Fonso seguía con ansiedad los vapores que iban alejándose, alejándose... Uno tras otro fueron poco a poco perdiéndose de vista, ocultándose en las lejanías del horizonte iluminado. Pron-

to, manchitas de humo cada vez menos perceptibles, eran lo único que se columbraba de ellos. . . Fonso respiró con fuerza como si hasta ese momento hubiera dudado. . . ¡Se fueron! . . Somos ya los dueños absolutos del amado terruño, pensaba Fonso. . . ¿Serían ellos, los que se acababan de ir, los últimos dominadores extranjeros? . . . ¿Vendrían otros, en el misterioso porvenir, quizás menos hidalgos, tal vez más rapaces, a posar su planta invasora en esta tierra quisqueyana, noble y rica, que en medio del riente archipiélago antillano recibe los besos ardorosos del sol que la fecunda e inflama la sangre de sus hijos prestos siempre a defender hasta morir el nativo territorio? De qué paraje, cercano o remoto, vendrían los nuevos argonautas? . . .

AL REGRESAR.

Símbolo hermoso de restaurado señorío la bandera dominicana, prestigiada por el reciente y resonante triunfo, flameaba orgullosamente sobre los muros almenados del histórico torreon del Homenaje. La patria era otra vez independiente y libre. La obra liberticida del 18 de Marzo, de efímera duración, había servido principalmente para de manera cruenta y ruidosa patentizar a la faz del mundo la indomable decisión del pueblo dominicano de sepultarse entre ruinas antes que continuar soportando vida

torpe o ignominiosa de esclavo. Lo acababa de poner brillantemente de relieve una lucha porfiada y sangrienta en que ambas partes habían rivalizado en milagros de constancia y de heroismo. Ciudades y aldeas reducidas a cenizas, grandes charcos de sangre, ruinas y desolación por todas partes, evidenciaban de modo inconcuso hasta donde es capaz un pueblo, así sea poco numeroso y pobre como el dominicano, cuando se revuelve airado en defensa de sus derechos autonómicos conculcados. . . Fonso Ortiz deambulaba por las vetustas calles de la primada de América con el ánimo exento de inquietudes y con la íntima satisfacción de quien cree haber rendido incondicional acatamiento a un deber de serena y consciente excelsitud patriótica. En ese momento veía ya cristalizada en deslumbrante concreción la obra en que desde hacía tiempo tenía empeñadas todas sus energías volitivas. Con muy distintos pensamientos que los que le preocupaban cuando vino por vez prime-

ra a Santo Domingo recorría ahora las calles de la vieja urbe ya elegantemente trajeado como corespondía a su distinguida posición social. En nada se parecía al insignificante *vale*, al pobre campesino huraño y como atortolado que había sido portador de unos pliegos del general Santana. . . Cumplido su deber de patriota daba ya por terminada su vida política. Rendida la jornada, dando la espalda a solicitaciones y halagos, iba ahora a crear su hogar y a consagrarse definitivamente al trabajo. . . Sentía profundo despego por el personalismo político tan pródigo en bajezas e infamias. En ese instante encontrábase en situación favorabilísima por su mérito intrínseco y por sus valiosos servicios a la causa restauradora de conseguir lo que hubiera querido; pero era muy meditada, de incontrastable firmeza su decisión de apartarse para siempre del politiqueo partidarista amamantado de continuo en un ambiente de chismes, de suspicacias y recelos con que la noble rectitud de su carácter

no podía avenirse de ninguna manera. Ya había, en más de una ocasión, paladeado algo de las amarguras que hace apurar de continuo ese malhadado aferramiento al poder que constituye, en estas repúblicas sobre todo, la síntesis culminante de toda política personalista. Atropellar *arriba* y ser atropellado *abajo* es el obligado destino del politiqueo de campanario, de escaleras abajo, que predomina en casi todos estos países levantiscos e incoherentes de rudimentaria o nula educación cívica. Le repugnaba instintivamente, ése de llegar a la cumbre por una vía obscura y sangrienta para convertirse en supremo dispensador de cargos y prebendeas como asi todos nuestros estultos caudillos. Estaba firmemente resuelto a que el personalismo político, corruptor y disolvente, no lo agarrase de nuevo con sus formidables tentáculos. . .

Su permanencia en la Capital obedecía al propósito de comprar en sus tiendas ciertos objetos para su próxima boda con Rosario que pensaba que en Santia-

go no podrían conseguirse por la larga incomunicación comercial de aquella ciudad con el extranjero. Consecuente con sus viejas amistades residía en su antiguo alojamiento de Santa Bárbara, muy bien tratado por Doña Petra y Regina, que siempre hablaban de él con efusiones de sincero y vivo cariño. Víctor, el atolondrado hermano de Regina, había hecho con gloria toda la campaña y vuelto a la casa pavoneándose de lo lindo con su grado de capitán honrosamente conquistado. Por más que querían disimularlo, la madre y la hermana estaban más orondas y orgullosos que el mismo señor capitán que tenían en casa. Fonso y él hablaban mucho de cosas de la guerra pasada. Víctor parecía una ardilla. No estaba quieto ni un segundo. Su incesante trajinar parecía como la realización del movimiento continuo... Estaba ya listo Fonso para emprender su viaje de regreso cuando de improviso le hizo Víctor el ofrecimiento de acompañarlo. Quería conocer el Cibao donde

no había estado nunca. Estaba seguro de que incontinente le concederían la licencia que necesitaba para realizar ese proyecto... En una mañana cálida de Julio, caballero Fonso en su mula y Víctor espoleando un caballejo de regular apariencia, salieron ambos por la gloriosa Puerta del Conde, rumbo a las distantes comarcas cibaeñas. Mientras subían por la calle principal de San Carlos vínole a Fonso a las mientes un singular capricho que comunicó seguidamente a su compañero. Este, con una explosión de juvenil entusiasmo, aplaudió con calor la idea por más que allá en el fondo de su magín le pareciese la cosa una simpleza o algo por el estilo. Pero en fin no había ningun mal con ello. Algunas horas perdidas de camino y nada más... Comprimido durante algunos meses por las realidades diarias e inflexibles de su vida azarosa, sintió Fonso Ortiz que el fondo de soñador romántico que había en su espíritu y que sólo en contados momentos subía a la superficie, se agitaba

de nuevo, vibraba con fuerza impulsándole a una idea que necesitaba satisfacer a todo trance. Antes de alejarse definitivamente de los lugares donde había estado durante los días angustiosos de la pasada guerra quiso contemplar de nuevo el más importante de ellos: el sitio en que estuvo el nefasto campamento de Guanuma. . .

Era ya pasado mediodía. Picaba el sol como si derramara por todas partes chorros de fuego. . . Bajo una javilla de largas y pobladas ramas echaron pié a tierra para satisfacer el apetito comiendo algo de lo que llevaban en las alforjas. Victor apuraba con frecuencia tragos de un rom añejo de sabor exquisito. En el silencio de la hora, escuchábase, algo distante, el sordo murmullo de las aguas, del Guanuma corriendo impetuosas. . . Poco despues cruzaban ambos amigos la histórica sabana de Juan Alvarez. Agobiados por el achicharrante calor detuviéronse bajo un arbolillo anémico, de ralo follaje, que a duras penas se mantenía,

en pié, parecido a un enfermo agonizante. . . Como colocado en el centro de un círculo, Fonso dirigía sus miradas a todos lados cual si buscara cosas conocidas que se admiraba de no encontrar ahora. El sitio le parecía como cambiado, como si fuera otro. El tiempo no había transcurrido en vano. Los trillos, los innumerables trillos que cruzaban la sabana en todas direcciones abiertos por el incesante ir y venir de los miles de hombres y cabalgaduras que durante largos meses llenaron de ruído aquellos sitios, habían desaparecido por completo cubiertos enteramente por una vegetación exuberante. Los horcones que sostenían las barracas, derrumbados unos, medio cayéndose otros, entrecruzados en formas extrañas, aparecían vestidos con enredaderas y parietarias que les daban apariencias como de ejemplares de una flora rezagada perteneciente a épocas prehistóricas. La vegetación, cubriéndolo todo, semejaba un manto de verdura que se extendía con suaves ondulaciones y sobre el cual como

bordados por la mano de una hada primorosa florecillas silvestres esparcían el encanto de sus variadas formas y colores. Una brisa juguetona, a ratos, hacía oscilar con frecuencia los tallos flexibles de los arbustos, el abanico de las hojas, la yerba en que pacían algunas vacas extenuadas por el hálito abrasador de aquella atmósfera enervante. . . En un confín de la sabana, en el rústico y olvidado cementerio, los montículos de tierra coronados de toscas cruces que señalaban las tumbas de tantos soldados olvidados habían casi perdido sus formas cubiertas de hierbas, de flexibles plantas trepadoras que servían de florida vestidura a las cruces desvencijadas o caídas. . . ¡Ah, los miserandos, las infelices víctimas de la guerra cruel y asoladora! . . . Allí dormían, allí dormían para siempre, por toda una eternidad, aquellos pobres soldados venidos desde tan lejos, caídos a destiempo en una tierra que no conocían, que no los devolvería ya más a la suya! En el laboratorio de la naturaleza siem-

pre en proceso de elaboración sus cuerpos iban a servir para nutrir y fertilizar la tierra que avara los guardaba en su seno. Con sus músculos, con sus huesos contribuirían a la renovación incesante de las cosas. . . Fonso Ortiz parecía sumergido en una especie de *reverie*, como soñando despierto. El sol, incompasivo, continuaba derramando torrentes de calor sobre la tierra aletargada. . . Y en su ensueño, queriendo penetrar hasta el alma de las cosas, pensaba Fonso Ortiz, como quien tropieza con un muro infranqueable, en esa fuerza íntima, incoercible, eterna, que en múltiples formas, en infinita variedad de aspectos, hace florecer incesantemente sobre el arcano insondable de la muerte el divino misterio de la vida!

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

INDICE.

Párrafos	Página	7
Al Cibao	-	39
En Santiago	-	53
Fonso Ortiz	-	67
Rosario Ordoñez	-	83
En marcha	-	99
La cita	-	111
Guanuma	-	125
Ocaso de un astro	-	135
A Monte Plata	-	151
Por entre sombras	-	163
En Santo Domingo de Guzman	-	175
Entre enemigos	-	197
Laborando	-	211
Entre conspiradores	-	221
Camino de Guanuma	-	231
En el campamento	-	243
San Pedro	-	255
El combate	-	269
Calle de amargura	-	283
De nuevo en campaña	-	303
De la guerra	-	315
En San Cristóbal	-	333
Politiqueo de campanario		345
Desde San Carlos	-	355
Al regresar	-	369